APRENDER ES VIVIR

Cartas a las Escuelas

J. KRISHNAMURTI



APRENDER ES VIVIR

CARTAS A LAS ESCUELAS

J. KRISHNAMURTI



Índice

Pág.

Pág.

Pág.

Nota de la nueva edición de las *Cartas a las escuelas* en inglés

Esta nueva edición de la correspondencia que J. Krishnamurti mantuvo con sus escuelas reúne las cartas que inicialmente se publicaron en el volumen I (1981) y en el volumen II (1985) de *Cartas a las escuelas*, además de otras diecisiete cartas no publicadas anteriormente que habían sido escritas en años anteriores. Las cartas del volumen I, numeradas de la 1 a la 37 en esta edición conjunta, fueron fechadas cada quince días entre el 1 de septiembre de 1978 y el 1 de marzo de 1980. Las cartas del volumen II, numeradas de la 38 a la 55, fueron fechadas de la siguiente manera: cuatro de ellas, mensualmente, entre noviembre de 1981 y febrero de 1982; diez, cada quince días desde el 1 de octubre de 1982 al 15 de febrero de 1983, y cuatro, cada quince días entre octubre y noviembre de 1983.

Las cartas nuevas que se han añadido están numeradas de la 56 a la 72 y fueron fechadas entre enero y mayo de 1968 (números 56 a 64), y cada quince días entre el 1 de marzo y el 1 de julio de 1973 (números 65 a 72). Estas cartas adicionales, aunque fueron escritas con anterioridad a las otras, se incluyen al final de esta edición.

Las cartas le fueron inicialmente dictadas a una secretaria, quien las pasó a máquina, enviando posteriormente copias mimeografiadas a cada una de las escuelas.

Se agradece al Sr. K. Krishnamurthy las detalladas y valiosas sugerencias editoriales.

RAY MCCOY

Nota para la edición en lengua española

Los volúmenes I y II de estas *Cartas a las escuelas* se publicaron en lengua española en los años 1984 y 1986, respectivamente. Se han añadido a estos dos volúmenes diecisiete nuevas cartas. El orden numérico de las cartas es el mismo que figura en la edición original en inglés.

Prólogo

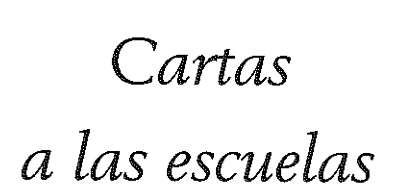
Como quisiera mantenerme en contacto con las escuelas de la India, la escuela de Brockwood Park, en Inglaterra, y la Oak Grove de Ojai, California, Estados Unidos, me propongo escribirles y enviarles quincenalmente una carta durante todo el tiempo que eso fuese posible. Es naturalmente difícil mantener el contacto personal con todas ellas; por eso, si me permiten, me gustaría mucho escribir estas cartas con el fin de comunicar lo que las escuelas deberían ser y de transmitirles a todas las personas responsables de las mismas que estas escuelas no sólo han de ser excelentes desde el punto de vista académico, sino mucho más: su propósito es el cultivo de la totalidad del ser humano. Estos centros educativos deben ayudar al estudiante y al educador a florecer con naturalidad. El florecimiento es realmente muy importante, de lo contrario la educación se convierte en un proceso meramente mecánico orientado a una carrera, a alguna clase de profesión. Tal como la sociedad es actualmente, la carrera y la profesión son inevitables, pero si nosotros ponemos todo el énfasis en eso, entonces la libertad para florecer se disipará paulatinamente. Hemos puesto demasiado énfasis en los exámenes y en la obtención de buenas titulaciones. Ése no es el propósito primordial para el que estas escuelas fueron fundadas, lo cual no quiere decir que el estudiante vaya a ser académicamente inferior. Por el contrario, con el florecimiento tanto del maestro como del es-

tudiante, la carrera y la profesión pasarán a ocupar el lugar que les corresponde.

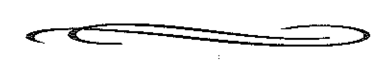
* * *

Estas cartas no han sido escritas para ser leídas superficialmente cuando uno disponga de un poco de ocio, libre de otras ocupaciones, ni deben ser consideradas como un entretenimiento. Estas cartas han sido escritas con seriedad y si usted tiene interés en leerlas, léalas con la intención de estudiar lo que en ellas se dice, como si estudiara una flor, observando meticulosamente sus pétalos, su tallo, su colorido, su fragancia y su belleza. Estas cartas deberían ser estudiadas de la misma manera, no leídas por la mañana y olvidadas durante el resto del día. Uno debe dedicarles tiempo, experimentar con ellas, cuestionarlas, indagar en su contenido sin asentimiento. Viva con ese contenido durante un tiempo y digiéralo, de manera que sea suyo y no de quien las escribe.

J. KRISHNAMURTI



Cartas a las escuelas



1

La educación integral

Estas escuelas deben cultivar la totalidad del ser humano

La sociedad, la cultura en que vivimos, exige que el estudiante se oriente hacia la consecución de un empleo y de seguridad física. Ésta ha sido la presión constante de todas las sociedades: primero la carrera y luego todo lo demás. O sea, primero el dinero, y luego los complejos aspectos de nuestra vida diaria. Nosotros estamos tratando de invertir este proceso porque el hombre no puede ser feliz solamente con dinero. Cuando el dinero se convierte en el factor dominante de la vida, existe un desequilibrio en nuestra actividad cotidiana. Quisiera que todos los educadores comprendieran esto muy seriamente y vieran su plena significación. Si el educador comprende la importancia de esto y en su propia vida lo pone en el lugar que le corresponde, entonces puede ayudarle al estudiante, a quien los padres y la sociedad obligan a convertir la carrera en lo más importante. Quisiera recalcar este punto: que en estas escuelas se debe mantener en todo momento un modo de vida que cultive la integridad del ser humano.

Como la mayor parte de nuestra educación consiste en la adquisición de conocimientos, nos está volviendo cada vez más mecánicos; nuestras mentes funcionan siguiendo cauces estrechos, ya estemos adquiriendo conocimientos científicos, filosóficos, religiosos, empresariales o tecnológicos. Nuestra forma de vida, tanto en el hogar como fuera de él, y nuestra especialización en una carrera específica, están volviendo nuestras mentes cada vez más estrechas, limitadas e incompletas. Todo esto con-

duce a un estilo mecánico de vida, a una estandarización mental; y así, poco a poco el Estado, incluso un Estado democrático, dicta e impone lo que deberíamos ser. Naturalmente, la mayoría de las personas reflexivas se da cuenta de esto, pero por desgracia parece aceptarlo y soportarlo. Esto se ha convertido en un peligro para la libertad.

La libertad es una cuestión muy compleja, y comprender su complejidad precisa del florecimiento de la mente. Dependiendo de su cultura, de su educación, experiencia y superstición religiosa —o sea, de su condicionamiento—, cada cual definirá dicho florecimiento de forma diferente. Aquí nosotros no estamos tratando con opiniones o prejuicios, sino con una comprensión no verbal de las implicaciones y consecuencias del florecimiento de la mente. Este florecimiento consiste en el desarrollo y cultivo integral de nuestras mentes, corazones y bienestar físico; o sea, en poseer una armonía completa desprovista de toda oposición y contradicción. El florecimiento de la mente sólo puede tener lugar cuando hay una percepción clara, objetiva e impersonal, cuando sobre la mente no pesa ninguna imposición. No es una cuestión de lo que hay que pensar, sino de cómo pensar claramente. A lo largo de los siglos, mediante la propaganda y demás se nos ha alentado en el qué pensar. En eso consiste la mayor parte de la educación moderna y no en la investigación de toda la dinámica del pensamiento. El florecimiento implica libertad. Una planta requiere libertad para crecer.

En cada carta trataremos sobre el despertar del corazón, que no es algo sentimental, romántico o imaginario, sino la bondad que nace del afecto y del amor; y sobre el cultivo del cuerpo, la alimentación correcta y el ejercicio adecuado, todo lo cual acabará generando una sensibilidad profunda. Cuando la mente, el corazón y el cuerpo se hallan en completa armonía, entonces el florecimiento adviene de forma natural, con facilidad y excelencia. Ésta es nuestra labor y responsabilidad como educadores. La docencia es la mayor de las profesiones que hay en la vida.

2

La bondad

La libertad es esencial para la belleza de la bondad

La bondad sólo puede florecer en libertad. No puede hacerlo en el terreno de la persuasión en ninguna de sus formas o bajo compulsión, ni tampoco es el resultado de la recompensa. No se manifiesta cuando hay alguna clase de imitación o conformismo y no puede existir cuando hay temor. La bondad se muestra en la conducta, la cual se basa en la sensibilidad. La bondad se expresa en la acción. La totalidad del movimiento del pensar no es bondad. El pensamiento, que es muy complejo, debe ser comprendido; esta misma comprensión hace que el pensamiento se dé cuenta de su propia limitación.

La bondad no tiene opuesto. La mayoría de nosotros considera la bondad como lo opuesto de la maldad o del mal y, por eso, a lo largo de la historia y en toda cultura la bondad se ha visto como la otra cara de lo brutal. El género humano ha luchado siempre contra el mal para ser bueno; pero la bondad nunca puede aflorar si existe forma alguna de violencia o lucha. La bondad se pone de manifiesto en la conducta, en la acción y en la relación. Por lo general, nuestra conducta diaria se basa o bien en el seguimiento de determinadas pautas, las cuales son mecánicas y, por ende, superficiales, o bien en motivaciones muy cuidadosamente elucubradas cuyo fundamento es el premio o el castigo. De modo que, consciente o inconscientemente, nuestra conducta es calculada. Ésta no es buena conducta. Cuando nos damos cuenta de ello, no meramente de manera intelectual o en-

sartando palabras, entonces la buena conducta surge de la negación de lo que no lo es.

La buena conducta es esencialmente la ausencia del ego, del yo. Se demuestra en la cortesía, en la consideración hacia los demás, en ceder sin perder la integridad. La conducta es extraordinariamente importante; no es una cuestión momentánea que pueda pasarse por alto o el juguete de una mente sofisticada. Esa conducta brota de la profundidad del propio ser y forma parte de nuestra existencia cotidiana.

La bondad se muestra en la acción. Actuar correctamente es una de las cosas más difíciles de hacer. Es algo muy complejo y debe ser examinado muy detenidamente, sin impaciencia y sin sacar ninguna conclusión precipitada. En nuestra vida diaria la acción es un flujo continuado del pasado, a veces interrumpido por una nueva serie de conclusiones. Estas conclusiones se convierten a su vez en el pasado, de manera que uno actúa de acuerdo con ideas o ideales preconcebidos. Uno siempre está actuando o bien desde la acumulación de conocimientos, que son el pasado, o bien de cara a un futuro idealista, a una utopía. Nosotros aceptamos dicha acción como algo normal. ¿Pero lo es? La cuestionamos después de que haya ocurrido o antes de realizarla, pero dicho cuestionamiento se basa en conclusiones previas o en expectativas de premio o castigo futuros: «Si yo hago esto, obtendré aquello».

Ahora estamos cuestionando todo el concepto aceptado de la acción. La acción tiene lugar después de que hayamos acumulado conocimientos o experiencia; o actuamos y aprendemos, con agrado o desagrado, de esa acción y este aprendizaje se convierte a su vez en acumulación de conocimientos. Por tanto, ambas acciones se basan en el conocimiento y no son diferentes. El conocimiento es siempre el pasado y, por consiguiente, nuestras acciones son siempre mecánicas.

¿Existe una acción que no sea mecánica, repetitiva, rutinaria y, por tanto, sin pesar? Es realmente muy importante que

comprendamos esto, porque donde haya libertad y la bondad florezca, la acción no podrá ser nunca mecánica. Escribir, aprender un idioma, conducir un automóvil, adquirir cualquier clase de conocimiento técnico y actuar conforme a ese conocimiento son actividades mecánicas. Esta actividad mecánica puede suspenderse y en esa suspensión puede formarse una nueva conclusión, la que a su vez se vuelve mecánica. Uno debe tener en cuenta constantemente que la libertad es esencial para la belleza de la bondad. Existe una acción no mecánica, pero usted tiene que descubrirla. Nadie le puede enseñar o instruir al respecto; usted no la puede aprender de ejemplos, porque eso se convierte en conformismo e imitación y entonces usted ha perdido por completo la libertad y la bondad no existe.

3

El ocio

La mente sólo puede aprender en el ocio

La relación con otro ser humano es una de las cosas más importantes de la vida. La mayoría de nosotros no somos muy serios en nuestras relaciones porque nos interesamos primordialmente en nosotros mismos y en la otra persona cuando nos resulta conveniente, satisfactorio o sensualmente gratificante. Tratamos la relación, por así decir, a distancia y no como algo en lo que estamos metidos de lleno.

Rara es la vez que nos mostramos a otra persona porque no somos plenamente conscientes de nosotros mismos; y lo que le revelamos al otro en la relación es o bien posesivo, dominante o servil. Ahí estamos el otro y yo, dos entes separados, cada cual preocupado consigo mismo, y que durante toda su vida mantienen una división permanente hasta que llega la muerte. Por supuesto que uno da muestras de simpatía, afecto y de ánimo en general, pero el proceso divisorio continúa. De ahí surgen la incompatibilidad, la afirmación de los temperamentos y de los deseos, y en consecuencia hay temor y aplacamiento. Puede que haya unión sexual, pero la relación peculiar, casi estática entre el 'usted' y el 'yo' se mantiene, con sus peleas, injurias, celos y demás tribulaciones de costumbre. En general todo esto se considera como buena relación.

Ahora bien, ¿puede la bondad florecer en medio de todo esto?

La relación es vida; no se puede existir sin alguna clase de

relación. Por más que puedan apartarse del mundo, el ermitaño y el monje llevan el mundo consigo. Podrán negarlo, reprimirlo, torturarse a sí mismos, pero siguen manteniendo alguna clase de relación con el mundo porque son el resultado de la tradición, la superstición y de todo el saber que el hombre ha acumulado durante milenios. De manera que no hay escapatoria de todo esto.

El educador y el estudiante están relacionados. ¿Mantiene el maestro, ya sea consciente o inconscientemente, una actitud de superioridad, siempre subido en un pedestal, haciéndole sentir al estudiante que es inferior y que tiene que ser instruido? Es obvio que en eso no hay relación alguna. De ahí surge el temor por parte del estudiante, una sensación de presión y tensión. El estudiante aprende desde su juventud acerca de esta actitud de superioridad. Se le hace sentir menospreciado y, en consecuencia, a lo largo de su vida o bien se convierte en el agresor, o bien es continuamente acomodadizo y servil.

Una escuela es un lugar de ocio donde tanto el educador como el educando están aprendiendo. Éste es el hecho fundamental de la escuela: aprender. Por ocio no entendemos tener tiempo para uno mismo, aunque eso también es necesario; no significa tomar un libro, sentarse bajo un árbol o en el dormitorio y leer distraídamente. No significa tener placidez mental. Y desde luego no significa estar inactivo o emplear el tiempo para soñar despierto. Ocio se refiere a la cualidad de una mente que no está constantemente ocupada con algo: con un problema, con algún deleite, con algún placer sensorial. Ocio quiere decir que la mente dispone de infinidad de tiempo para observar, para escuchar y ver claramente lo que ocurre tanto alrededor como dentro de sí. Implica libertad, la cual generalmente se interpreta como hacer lo que uno quiera, que es lo que de todos modos están haciendo los seres humanos, ocasionando muchísimo daño, desdicha y confusión. El ocio supone tener una mente quieta, sin motivo y, por tanto, sin dirección. Únicamente en este esta-

do de ocio puede la mente aprender no sólo ciencia, historia y matemáticas, sino también acerca de sí misma. Y uno puede aprender sobre sí mismo en la relación.

¿Puede todo esto enseñarse en nuestras escuelas o es algo acerca de lo que ustedes leen y o bien memorizan u olvidan? Cuando el maestro y el alumno están realmente comprometidos con la comprensión de la extraordinaria importancia de la relación, entonces están estableciendo en la escuela una buena relación entre sí. Esto forma parte de la educación, una parte mucho más importante que la mera enseñanza de asignaturas académicas.

La relación requiere una gran dosis de inteligencia. Ésta no puede enseñarse ni adquirirse de un libro. No es el resultado cumulativo de una amplia experiencia. El conocimiento no es inteligencia. El conocimiento puede ser agudo, brillante y utilitario, pero eso no es inteligencia. La inteligencia puede hacer uso del conocimiento. La inteligencia adviene de forma natural y con facilidad cuando se ve toda la naturaleza y estructura de la relación. Por eso es importante disponer de ocio para que el hombre o la mujer, el profesor o el estudiante puedan conversar tranquila y seriamente sobre su relación, de manera que se vean sus reacciones, susceptibilidades y barreras tal como son, sin imaginarlas ni tergiversarlas para complacerse mutuamente, ni reprimirlas con el fin de aplacarse el uno al otro.

Ésta es, desde luego, la función de una escuela: ayudar al estudiante a despertar su inteligencia y a aprender la gran importancia de la verdadera relación.

4

El temor

La bondad no puede florecer en el terreno del temor

Al parecer la mayoría de las personas pasa muchísimo tiempo discutiendo en pos de meras aclaraciones verbales; no parece captar la profundidad y el contenido más allá de las palabras. En su intento de encontrar claridad verbal, esas personas vuelven sus mentes mecánicas, sus vidas superficiales y, con frecuencia, contradictorias. En estas cartas lo que nos importa no es la comprensión verbal, sino los hechos cotidianos de nuestras vidas. El punto fundamental de todas estas cartas no es la explicación verbal del hecho sino el hecho en sí. Cuando lo que nos interesa es la claridad verbal y, por ende, la claridad de ideas, nuestra vida es conceptual y no fáctica. Todas las teorías, los principios y los ideales son conceptuales. Los conceptos pueden ser fraudulentos, hipócritas e ilusorios. Uno puede tener cantidad de conceptos e ideales, pero éstos no tienen nada que ver con los acontecimientos cotidianos de nuestra vida. La gente se nutre de ideales; cuanto más fantásticos sean, más nobles se les considera; pero la comprensión de los sucesos cotidianos es mucho más importante que los ideales. Si la mente está atiborrada de conceptos, ideales, etcétera, no se puede encarar nunca el hecho, el acontecimiento real. El concepto se convierte en una traba. Cuando todo esto se comprende muy claramente, no de forma intelectual o conceptual, entonces la gran importancia de afrontar un hecho, lo real, el ahora, se convierte en el aspecto central de nuestra educación.

La política es una especie de enfermedad universal basada en conceptos y la religión es emocionalismo romántico e imaginario. Cuando se observa lo que realmente está pasando, todo es señal del pensamiento conceptual y una escapatoria de la desdicha, la confusión y el dolor cotidianos de nuestra vida.

La bondad no puede florecer en el terreno del temor. En este campo hay una gran variedad de temores, los temores inmediatos y los de multitud de futuros. El temor no es un concepto, pero las explicaciones del temor son conceptuales y varían de un experto a otro, o de un intelectual a otro. La explicación no es lo importante; lo que sí importa es afrontar el hecho del temor.

En todas nuestras escuelas el educador y los que están a cargo de los estudiantes, ya sea en la clase, en el campo de deportes o en sus dormitorios, tienen la responsabilidad de asegurarse de que no hay ninguna clase de temor. El educador no debe despertar temor en el estudiante. Esto no es conceptual, porque el propio educador comprende, no sólo verbalmente, que el temor en cualquiera de sus formas incapacita la mente, destruye la sensibilidad y merma los sentidos. El temor es la pesadumbre con la que el hombre ha cargado desde siempre. De este temor surgen diversas formas de superstición religiosa, científica e imaginaria. Uno vive en un mundo de artificio, y el mundo conceptual nace esencialmente del temor.

Dijimos anteriormente que el hombre no puede vivir sin relación y que esta relación no se limita a su propia vida privada, sino que, de ser un educador, como tal tiene una relación directa con el estudiante. Si en esta relación existe alguna clase de temor, entonces el maestro no puede ayudar al estudiante a liberarse del temor. El estudiante viene de un ambiente de miedo, de autoridad, con toda clase de impresiones y apremios reales o imaginarios. El educador también tiene sus propios temores y tensiones y no podrá generar la comprensión de la na-

turaleza del temor si no ha descubierto la raíz de sus propios miedos. No es que primero deba liberarse de sus temores con el fin de ayudar al estudiante a ser libre, sino que en la relación diaria entre ellos, en la conversación, en clase, el maestro señalará que él mismo tiene miedo, como también lo tiene el estudiante, y así podrán explorar juntos toda la naturaleza y estructura del temor.

Se debe notar que ésta no es una confesión por parte del maestro. Él sólo está enunciando un hecho, sin ningún énfasis emocional o personal. Es como tener una conversación entre dos buenos amigos, lo cual requiere cierta sinceridad y humildad. La humildad no es servilismo, no es un sentimiento derrotista; la humildad no conoce ni la arrogancia ni el orgullo. De modo que el maestro tiene una inmensa responsabilidad.

La docencia es la más noble de todas las profesiones. El profesor tiene que formar una nueva generación en el mundo, lo cual es un hecho y no un concepto. Usted podrá conceptualizar un hecho y así extraviarse entre conceptos, pero lo real permanece siempre. Encarar lo real, el ahora y el temor es la función suprema del educador; o sea, no sólo producir excelencia académica sino, lo que es mucho más importante, su propia libertad psicológica y la del estudiante.

Cuando se comprende la naturaleza de la libertad, entonces se elimina toda competitividad en el campo de deportes y en el aula. ¿Es posible eliminar por completo la evaluación comparativa tanto académica como ética? ¿Se le puede ayudar al estudiante a dejar de pensar competitivamente en el ámbito académico y que, no obstante, sea excelente en sus estudios, en sus acciones y en su vida de todos los días? Por favor, tenga en cuenta que lo que nos importa es el florecimiento de la bondad, el cual no puede existir donde haya cualquier tipo de rivalidad. La rivalidad existe solamente donde hay comparación, y la comparación no conduce a la excelencia. Estas escuelas existen fundamentalmente para ayudar tanto al estudiante como al maestro

a florecer en la bondad. Esto exige excelencia en la conducta, en la acción y en las relaciones. Éste es nuestro propósito; ésta es la razón por la que se han creado estas escuelas: no para producir meramente profesionales de carrera sino para dar origen a la excelencia del espíritu.

5

El conocimiento

La acumulación de conocimientos no conduce a la inteligencia

El conocimiento no conducirá a la inteligencia. Nosotros acumulamos muchísimo conocimiento acerca de infinidad de cosas, pero actuar inteligentemente con respecto a lo que uno ha aprendido parece casi imposible. Las escuelas, los institutos y las universidades cultivan el conocimiento acerca de nuestra conducta, acerca del universo, de la ciencia y de toda clase de tecnologías, pero dichos centros educativos raramente le ayudan al ser humano a llevar una vida diaria de excelencia. Los eruditos sostienen que los seres humanos solamente pueden evolucionar mediante acumulaciones ingentes de información y saber. La humanidad ha pasado por miles y miles de guerras; ha acumulado cantidad de conocimiento sobre cómo matar; sin embargo, ese mismo conocimiento está impidiendo que acabemos con todas las guerras. Aceptamos la guerra como una forma de vida y todas las brutalidades, la violencia y el asesinato como ingredientes normales de nuestra existencia. Sabemos que no debemos matar al prójimo. Este conocimiento no guarda relación alguna con el hecho de matar; dicho conocimiento no nos impide matar a los animales y destruir la Tierra. El conocimiento no puede funcionar a través de la inteligencia, pero la inteligencia puede operar con el conocimiento. Conocer es ignorar; la comprensión del hecho de que el conocimiento jamás podrá resolver nuestros problemas humanos es inteligencia.

En nuestras escuelas la educación no consiste solamente en

adquirir conocimientos, sino en algo que es mucho más importante: el despertar de la inteligencia que luego hará uso del conocimiento. Nunca es a la inversa. El despertar de la inteligencia es nuestro interés principal en todas estas escuelas. Entonces se plantea la pregunta inevitable sobre cómo se despierta dicha inteligencia. ¿Cuál es el sistema, el método o la práctica? Esta misma pregunta indica que uno todavía está funcionando dentro del campo del conocimiento. Darse cuenta de que ésta es una pregunta equivocada es el comienzo del despertar de la inteligencia. La práctica, el método y el sistema en nuestras vidas cotidianas conducen a la rutina, a una acción repetitiva y, en consecuencia, a una mente mecánica. El movimiento continuo del saber, por muy especializado que sea, encarrila la mente en una vía estrecha, en una forma angosta de vida. Aprender a observar y a comprender toda esta estructura del conocimiento es comenzar a despertar la inteligencia.

Nuestras mentes viven en la tradición. El propio significado de esa palabra, que es traspasar, niega la inteligencia. Es fácil y cómodo seguir la tradición, ya sea ésta política, religiosa o inventada por uno mismo. Entonces uno no tiene que pensar al respecto, no la cuestiona; parte de la tradición es aceptar y obedecer. Cuanto más antigua es la cultura, tanto más atada está la mente al pasado y en él vive. A la ruptura de una tradición le seguirá inevitablemente la implantación de otra. Una mente respaldada por muchos siglos de cierta tradición se niega a desprenderse de lo viejo mientras no haya otra tradición igualmente satisfactoria y segura. La tradición en todas sus múltiples formas, desde la religiosa a la académica, debe forzosamente negar la inteligencia. La inteligencia es infinita. El conocimiento, por vasto que sea, es finito, como lo es la tradición. En nuestras escuelas debe observarse el mecanismo mental de formación de hábitos. En esta observación se aviva la inteligencia.

Un aspecto de la tradición humana es la aceptación del miedo. Ambas generaciones, la de los mayores y la de los jóvenes,

viven con miedo. La mayoría no nos damos cuenta de que vivimos en el temor. Sólo tomamos conciencia de este miedo persistente ante una crisis llevadera o un suceso demoledor. Está ahí. Algunos lo advierten, otros lo rehúyen. La tradición dice que debemos controlar el temor, escapar de él, reprimirlo, analizarlo, cambiarlo o aceptarlo. Hemos convivido durante milenios con el temor y de alguna manera nos las arreglamos para soportarlo. La naturaleza de la tradición es modificarlo, huir de él o aceptarlo sentimentalmente y confiarle su resolución a algún agente externo. De este temor surgen las religiones y brota el ansia compulsiva de poder de los políticos. La naturaleza del temor consiste en cualquier forma de dominio sobre otro ser humano. Cuando un hombre o una mujer se poseen el uno al otro, hay miedo de fondo y este miedo destruye cualquier forma de relación.

La función del educador es ayudar al estudiante a que encare este temor, ya sea el temor a los padres, al maestro o a un alumno mayor, el temor a estar solo o el miedo de la naturaleza. La cuestión central en la comprensión de la índole y estructura del temor es afrontarlo, no a través de la pantalla de las palabras, sino observando el acontecimiento del temor sin ningún movimiento de desvío. Desviarse del hecho es tergiversarlo. Nuestra tradición y nuestra educación fomentan el control, la aceptación, el rechazo o la más ingeniosa racionalización.

Como maestro, ¿puede usted ayudar al estudiante y ayudarse a sí mismo a encarar cada uno de los problemas que se presentan en la vida? En el aprendizaje no existen ni el que enseña ni el enseñado, sino sólo el aprender. Para aprender acerca de todo el movimiento del temor debemos abordarlo con curiosidad, la cual posee su propia vitalidad. En dicha curiosidad hay intensidad, como cuando un niño es muy curioso. La actitud tradicional hacia lo que no comprendemos es conquistarlo, abatirlo, pisotearlo o rendirle culto. La tradición es conocimiento y el fin del conocimiento es el principio de la inteligencia.

Ahora bien, comprendiendo que no existen ni el que enseña ni el enseñado, sino solamente el acto de aprender por parte del adulto y del estudiante, ¿puede usted, mediante la percepción directa de lo que está pasando, aprender acerca de este temor? Puede hacerlo si deja que el temor cuente su antigua historia. Escúchelo atentamente, sin interferencia alguna, porque le está contando la historia de su propio temor. Cuando escuche de esa manera, descubrirá que el temor no es algo aparte de usted. Usted es ese mismísimo temor, esa reacción misma que lleva una palabra asociada. La palabra no es importante. La palabra es el conocimiento, la tradición; pero la actualidad que está ocurriendo ahora es algo totalmente nuevo, es el descubrimiento de la novedad de su propio temor. Afrontar el hecho del temor sin ningún movimiento del pensar le pone fin al temor. Lo que se desintegra en dicha observación no es ningún miedo específico sino la propia raíz del temor. No hay observador, sólo observación.

El temor es un asunto muy complejo, tan antiguo como el mundo, como la humanidad, y tiene una historia extraordinaria que contar. Pero uno debe conocer el arte de escucharlo, escucha que posee una gran belleza. La escucha es lo único que hay y la historia no existe.

6

La responsabilidad

Un ser humano es la humanidad entera

La palabra *responsabilidad* debe ser comprendida en toda su significación. Proviene de 'responder', responder no de forma parcial sino íntegramente. La palabra también supone responder apelando al propio acervo; o sea, remitiéndose al condicionamiento personal. Tal como se entiende generalmente, la responsabilidad es la acción del propio condicionamiento humano. Es natural que nuestra cultura, la sociedad en que vivimos, condicione la mente, ya se trate de una cultura autóctona o foránea. Uno responde a partir de ese condicionamiento y dicha respuesta limita nuestra responsabilidad. Si uno ha nacido en la India, en Europa, en América o donde fuere, su respuesta se corresponderá con la superstición religiosa —todas las religiones son estructuras supersticiosas—, con el nacionalismo o con las teorías científicas. Estas cosas condicionan nuestra respuesta y, como son siempre limitadas y finitas, siempre hay contradicción, conflicto y la creación de confusión. Esto es inevitable y ocasiona división entre los seres humanos. Cualquier forma de división tiene que conducir no sólo al conflicto y la violencia sino, en última instancia, a la guerra.

Si uno comprende el verdadero significado de la palabra *responsable* y lo que está pasando actualmente en el mundo, ve que la responsabilidad se ha vuelto irresponsable. En la comprensión de lo que es irresponsable comenzaremos a comprender qué es la responsabilidad. La responsabilidad, tal como la palabra indi-

ca, es para con la totalidad, no para consigo mismo ni con su familia, no en relación a ciertos conceptos o creencias, sino para con la humanidad entera.

Nuestras diversas culturas han puesto el énfasis en la separatividad, a la que se le da el nombre de individualismo, la cual ha tenido como resultado que cada cual hace lo que quiere o se compromete con su pequeño talento particular, por muy provechoso o útil que ese talento sea para la sociedad. Esto no significa lo que los totalitarios quieren hacerle creer a uno: que los únicos que importan son el Estado y las autoridades que lo representan, no los seres humanos. El Estado es un concepto, pero un ser humano, aunque viva en el Estado, no es un concepto. El miedo es una realidad, no un concepto.

Psicológicamente un ser humano es la humanidad entera. No sólo la representa sino que es la totalidad de la raza humana. Un ser humano es, en esencia, la totalidad de la psiquis de la humanidad. Sobre esta realidad diversas culturas han impuesto la ilusión de que cada ser humano es diferente. La humanidad lleva siglos atrapada en esta ilusión, la cual ha acabado convirtiéndose en una realidad. Si observa muy detenidamente toda su propia estructura psicológica, descubrirá que al igual que uno sufre también sufre, en distintas medidas, toda la humanidad. Si uno se siente solo, la humanidad entera conoce esa soledad. La agonía, los celos, la envidia y el miedo son conocidos por todos. De modo que, psicológica e internamente, uno es idéntico a otro ser humano. Puede haber diferencias físicas, biológicas, que uno es alto o bajo, etcétera, pero básicamente uno es el representante de toda la humanidad.

Así que psicológicamente usted es el mundo. Usted es responsable de toda la humanidad, no de sí mismo como persona aparte, lo cual es una ilusión psicológica. Como representante de toda la raza humana, su respuesta es total, no parcial. De manera que la responsabilidad tiene un significado totalmente distinto. Uno tiene que aprender el arte de esta responsabilidad. Si

capta plenamente el significado del hecho de que psicológicamente usted es el mundo, entonces esa responsabilidad se convierte en un sentimiento desbordante de amor. Entonces uno cuidará del niño, y no sólo en su más tierna edad sino que se cerciorará de que comprenda la significación de la responsabilidad a lo largo de toda su vida. Este arte incluye la conducta, las formas de pensar y la importancia de la acción correcta. En estas escuelas la responsabilidad para con la Tierra, la naturaleza y el prójimo forman parte de nuestra educación y no sólo el énfasis en las materias académicas, aunque éstas sean necesarias.

Entonces podemos preguntar: ¿qué es lo que el maestro enseña y qué es lo que el alumno recibe? Y más ampliamente: ¿qué significa aprender? ¿Cuál es la función del educador? ¿Consiste meramente en enseñar álgebra y física, o en despertar en el estudiante, y por tanto en sí mismo, un sentimiento inmenso de responsabilidad? ¿Pueden ir juntas ambas cosas, o sea las asignaturas que contribuirán a sacar una carrera y la responsabilidad para con la totalidad de la humanidad y de la vida, o deben mantenerse separadas? Si se mantienen aparte, entonces habrá contradicción en la vida del estudiante; éste se volverá un hipócrita e inconsciente o deliberadamente repartirá su vida entre dos compartimentos estancos. La humanidad vive en esta división. En casa será de una manera y en la fábrica o en la oficina se pondrá otro antifaz. ¿Pueden caminar juntas esas dos cosas?

Cuando se formula una pregunta de esta clase, uno debe investigar lo que la pregunta implica y no si es o no es posible. Así que su modo de abordar esta pregunta es sumamente importante. Si la aborda desde su condicionamiento limitado —y todo condicionamiento es limitado—, entonces sólo obtendrá una comprensión parcial de las implicaciones que esto supone. Usted debe abordar esta pregunta como por primera vez. Entonces descubrirá la inutilidad de la propia pregunta, porque al abordarla de ese modo verá que ambas cosas confluyen como

dos corrientes para formar el río formidable que es su vida, su vida diaria de responsabilidad total.

¿Es eso lo que usted está enseñando, comprendiendo que el magisterio es la más noble de todas las profesiones? Éstas no son meras palabras sino una realidad perdurable que no se debe pasar por alto. Si no siente la verdad de esto, entonces en realidad usted debería tener otra profesión, pues vivirá en las ilusiones que la humanidad se ha inventado.

Así que podemos preguntar nuevamente: ¿Qué está usted enseñando y qué es lo que aprende el estudiante? ¿Está usted creando ese ambiente peculiar en el que se da el verdadero aprender? Si ha comprendido lo tremenda que es la responsabilidad y su belleza, entonces usted es totalmente responsable del estudiante: de lo que viste, de lo que come, de su forma de hablar, etcétera.

De esta pregunta surge otra: ¿Qué significa aprender? Probablemente la mayoría de nosotros ni siquiera se haya formulado esta pregunta, o si nos la hemos planteado nuestra respuesta se ha basado en la tradición, que es conocimiento acumulado, conocimiento que empleamos con destreza o sin destreza para ganarnos el pan de cada día. Esto es lo que le han enseñado a uno y para lo que existen todos los colegios, institutos y universidades normales. Lo que predomina es el conocimiento, que es uno de nuestros mayores condicionamientos, y de ese modo el cerebro nunca está libre de lo conocido. Siempre está añadiendo a lo que ya se conoce y así el cerebro se pone la camisa de fuerza de lo conocido y nunca tiene libertad para descubrir un modo de vida que acaso no se base para nada en lo conocido. Lo conocido tiende a crear una rutina de mayor o menor envergadura y uno se mantiene en esa rutina pensando que en ella hay seguridad; pero esa seguridad es destruida por la propia finitud de lo conocido. Ésta ha sido la forma de vida de la humanidad hasta la fecha.

¿Existe, pues, una manera de aprender que no convierta la

vida en una rutina, en un cauce estrecho? ¿Qué es, entonces, el aprender? Debemos tener muy claro lo que son las modalidades del conocimiento. Adquirimos conocimientos técnicos y psicológicos y luego actuamos partiendo de esos conocimientos; o actuamos y adquirimos conocimientos en base a esa acción. Ambas formas son adquisiciones de conocimiento. El conocimiento es siempre el pasado. ¿Hay un modo de actuar sin el peso enorme del conocimiento que el hombre ha acumulado? Lo hay. No es el aprender tal como lo conocemos; es observación pura. No es una observación continua y que luego se convierte en memoria, sino la observación de instante en instante. El observador es la esencia del conocimiento y él le sobrepone a lo que observa lo que ha adquirido mediante la experiencia y diversas clases de reacción sensorial. El observador siempre está manipulando lo que observa y lo que observa siempre es reducido a conocimiento. De manera que él está siempre atrapado en la vieja tradición de la formación de hábitos.

Por tanto, aprender es observación pura, no sólo de las cosas externas sino también de lo que ocurre internamente. Es observación sin el observador.

7

El aprendizaje

La totalidad de la vida es un movimiento de aprendizaje

Todo el movimiento de la vida es aprendizaje. No hay momento alguno en que no se esté aprendiendo. Toda acción es un movimiento de aprendizaje, como lo es toda relación. La acumulación de conocimientos, a la que llamamos aprender y a la que estamos tan acostumbrados, es necesaria hasta cierto punto, pero esa limitación nos impide comprendernos a nosotros mismos. El conocimiento es más o menos mensurable, pero en el aprendizaje no hay medida. Es realmente muy importante comprender esto, en especial si se quiere captar el pleno significado de una vida religiosa. El conocimiento es memoria pero, si lo ha observado, la actualidad, el ahora no es memoria. La memoria no tiene cabida en la observación. La actualidad es lo que está sucediendo ahora mismo. El siguiente segundo es mensurable y ése es el ámbito de la memoria.

Si usted quiere observar el movimiento de un insecto o de lo que sea que le interese, eso requiere atención. Dicha atención tampoco es mensurable. La responsabilidad del educador es comprender la naturaleza y estructura de la memoria en su totalidad, observar su limitación y ayudar al estudiante a verla. Nosotros aprendemos de los libros o de un maestro que posee cantidad de información acerca de una materia y nuestros cerebros se llenan de esa información. Dicha información es relativa a las cosas, a la naturaleza, a todo lo que es exterior a nosotros; y cuando queremos aprender sobre nosotros mismos,

recurrimos a los libros para que nos enseñen al respecto. Este proceso continúa indefinidamente y poco a poco nos convertimos en seres de segunda mano. Éste es un hecho observable en todo el mundo. Y en eso consiste nuestra educación moderna.

Como ya lo hemos señalado, el acto de aprender es el acto de la observación pura y esta observación no está contenida dentro de la limitación de la memoria. Nosotros aprendemos a ganarnos la vida pero nunca vivimos. La capacidad de ganarnos la vida nos ocupa durante la mayor parte de nuestra existencia; apenas tenemos tiempo para otras cosas. Encontramos tiempo para cotillear, para entretenernos, para jugar, pero esto no es vivir. Existe todo un campo que es el verdadero vivir, campo que está completamente abandonado.

Para aprender el arte de vivir uno debe disponer de ocio. Hay un gran malentendido sobre la palabra *ocio*. Generalmente significa no estar ocupados con las cosas que ordinariamente tenemos que hacer, como ganarnos la vida, ir a la oficina, a la fábrica, etcétera. Sólo entonces, una vez que eso termina, hay ocio. Durante ese 'ocio' queremos estar entretenidos, queremos relajarnos, hacer las cosas que realmente nos gustan o que exigen nuestra capacidad máxima. Ganarnos la vida con la ocupación que sea se contrapone a lo que llamamos ocio. De modo que siempre hay tirantez, tensión y esfuerzo por escapar de esa tensión. Así pues, hay ocio cuando no tenemos tensión. Durante ese período de ocio tomamos un periódico, abrimos una novela, charlamos, jugamos, etcétera. Esto es lo que ocurre en todas partes. Ganarse la vida es la negación de vivir. Tal como se entiende actualmente, el ocio es un descanso de la presión de ganarse la vida. En general consideramos que la presión de ganarnos la vida o cualquier presión a la que estamos sometidos constituye una ausencia de ocio. Hay una presión mucho mayor, consciente o inconscientemente, en nosotros, que es el deseo.

La escuela es un lugar de ocio. Uno sólo puede aprender cuando dispone de ocio. O sea que el aprendizaje sólo se da cuan-

do no hay presión de ninguna clase. Cuando nos encontramos ante un peligro, por ejemplo una serpiente, cierta clase de aprendizaje resulta de la presión que ejerce la realidad de ese peligro. El aprendizaje bajo esa presión supone el cultivo de la memoria, la cual nos ayudará a reconocer el peligro en el futuro, o sea que se convierte en una respuesta mecánica.

El ocio significa que la mente no está ocupada. Sólo entonces existe un estado de aprendizaje. La escuela es un lugar para aprender y no meramente para acumular conocimientos. Es realmente muy importante que se comprenda esto. Como dijimos, el conocimiento es necesario y tiene su propio ámbito limitado en la vida. Por desgracia, esta limitación ha devorado la totalidad de nuestras vidas y no tenemos espacio para aprender. Estamos tan ocupados con ganarnos la vida que eso consume toda la energía del mecanismo del pensamiento, de tal modo que al acabar el día estamos exhaustos y necesitamos estimulación. Nos recuperamos de este agotamiento mediante el entretenimiento, ya sea religioso o de otra clase. Ésta es la vida de la humanidad. Los seres humanos han creado una sociedad que les exige todo su tiempo, todas sus energías, su vida entera. No hay ocio para aprender y así la vida se vuelve mecánica, casi falta de sentido. Por consiguiente, debemos tener muy claro lo que entendemos por la palabra *ocio:* es un período de tiempo, un intervalo en el que la mente no está ocupada con cosa alguna; es el tiempo de la observación. Sólo la mente desocupada puede observar. La observación libre es el movimiento del aprendizaje. Esto libera la mente de su condición mecánica.

¿Puede el maestro, el educador, ayudar al estudiante a comprender toda esta cuestión de ganarse la vida, con todas sus presiones, el aprendizaje que le ayuda a conseguir un empleo, con todos los temores, ansiedades y miedo al mañana que lo acompañan? Puesto que ha comprendido la naturaleza del ocio y de la observación pura, ¿puede el maestro ayudar al estudiante a poseer una mente que no sea mecánica, de manera que ganarse

la vida no se convierta en una tortura, en una gran tribulación a lo largo de toda la vida?

La responsabilidad absoluta del maestro es cultivar el florecimiento de la bondad en el ocio. Ésa es la razón de ser de las escuelas. El maestro tiene la responsabilidad de crear una nueva generación, de cambiar la estructura social alejándola de su preocupación total con ganarse la vida. Entonces enseñar se convierte en un acto sagrado.

8

El cambio radical

La educación es el cultivo de la responsabilidad total

En cartas anteriores dijimos que la responsabilidad total es amor. Esta responsabilidad no es relativa a una nación, grupo o comunidad particular, a una determinada deidad, a alguna clase de programa político o al propio gurú, sino para con toda la humanidad. Que esto se entienda y se sienta profundamente es la responsabilidad del educador.

Casi todos nosotros nos sentimos responsables de nuestras familias e hijos, pero no tenemos el sentimiento de estar totalmente implicados y comprometidos con nuestra circunstancia, con la naturaleza, ni de ser totalmente responsables de nuestros actos. Ese compromiso absoluto es amor. Sin este amor no puede haber ningún cambio en la sociedad. Los idealistas, por mucho que amen su ideal o su concepto, no han creado una sociedad radicalmente distinta. Los revolucionarios, los terroristas, no han transformado de manera fundamental el modelo de nuestras sociedades. Los revolucionarios que han recurrido a la violencia física han hablado de libertad para todos los hombres, de formar una nueva sociedad, pero lo único que todas esas consignas y terminologías han conseguido es torturar todavía más el espíritu y la existencia. Ellos han tergiversado las palabras para adaptarlas a sus perspectivas limitadas. Ninguna clase de violencia ha transformado los cimientos de la sociedad. Grandes dirigentes, a través de la autoridad de unos cuantos, han creado cierto orden social. Incluso los totalitarios han establecido una

apariencia superficial de orden mediante la violencia y la tortura. No estamos hablando de semejante orden en la sociedad.

Estamos afirmando de forma rotunda y del modo más enfático que sólo el sentimiento de responsabilidad total para con toda la humanidad, que es amor, puede transformar las bases del actual estado de la sociedad. Los sistemas que actualmente existen en diversas partes del mundo son corruptos, degenerados y totalmente inmorales. No tenemos más que echar un vistazo a nuestro alrededor para constatar este hecho. En todo el mundo se gastan millones y millones en armamento; los políticos hablan de paz mientras se preparan para la guerra. Las religiones han proclamado una y otra vez la santidad de la paz, pero han fomentado guerras y formas sutiles de violencia y tortura. Hay innumerables divisiones y sectas, con sus rituales y todas esas tonterías, que se hacen en nombre de Dios y de la religión. Donde hay división tiene que haber desorden, lucha y conflicto, ya se trate de una división religiosa, política o económica. Nuestra sociedad moderna está basada en la codicia, la envidia y el poder.

Cuando uno considera la realidad de todo esto, el actual mercantilismo abrumador es una señal de degeneración y de inmoralidad básica. Para nuestra gratificación estamos destruyendo la Tierra y todo lo que hay en ella. La responsabilidad del educador consiste en cambiar radicalmente esta pauta de nuestra vida, la cual forma los cimientos de toda sociedad.

La educación no consiste meramente en enseñar varias materias académicas, sino que además supone cultivar la responsabilidad total en el estudiante. La gente no se da cuenta de que un educador está creando una nueva generación. La mayoría de las escuelas tienen como único fin impartir conocimientos; no les interesa para nada la transformación del hombre y de su vida diaria. Usted, el educador en estas escuelas, necesita tener este interés profundo y el compromiso de esta responsabilidad total.

¿De qué manera puede usted ayudar al estudiante para que sienta esta clase de amor en toda su excelencia? Si usted

mismo no lo siente profundamente, no tiene sentido que hable de responsabilidad. ¿Puede usted, como educador, sentir la verdad de esto? La percepción de esa verdad despertará naturalmente este amor y su responsabilidad total. Usted tiene que ponderarlo, observarlo diariamente en su vida, en la relación con su esposa, sus amigos y sus alumnos. Y en su relación con los estudiantes usted hablará de esto con el corazón, no persiguiendo una claridad meramente verbal. El sentimiento de esta realidad es el mayor don que pueda poseer el hombre. Una vez esté ardiendo en su interior, usted encontrará la palabra exacta, la acción apropiada y la conducta correcta. Cuando considere al estudiante, verá que éste le viene sin la menor preparación para todo esto. Llega atemorizado, nervioso, ansioso por agradar o a la defensiva, condicionado por sus padres y por la sociedad en la que ha vivido los pocos años de su vida. Usted tiene que ver su condicionamiento; lo que debe importarle es la realidad de su ser y no imponerle sus propias opiniones, conclusiones y juicios. La consideración de lo que él es le revelará lo que es usted, y así descubrirá que usted es el estudiante.

Ahora bien, ¿puede usted, en la enseñanza de las matemáticas, de la física, etcétera —materias que él debe conocer porque ésa es la forma de ganarse la vida—, transmitirle al estudiante que él es responsable de toda la humanidad? De manera que aunque trabaje con el fin de conseguir su propia carrera, su propio modo de vida, eso no estreche su mente y que vea el peligro de la especialización con todas sus limitaciones y su extraña brutalidad. Usted tiene que ayudarle a ver todo esto. El florecimiento de la bondad no radica en el conocimiento de las matemáticas y la biología o en aprobar exámenes y tener una carrera exitosa. Es independiente de estas cosas. Cuando este florecimiento existe, la carrera y demás actividades necesarias son afectadas por su belleza. Actualmente ponemos el énfasis en un aspecto y descuidamos el florecimiento por completo.

En estas escuelas tratamos de aunar ambas cosas, no artifi-

cialmente, no a modo de un principio o una pauta que usted deba seguir, sino porque ve la verdad absoluta de que estas cosas deben confluir para la regeneración del hombre. ¿Puede hacerlo usted? No porque todos estén de acuerdo en hacerlo después de haberlo discutido y llegado a una conclusión, sino porque ve con el ojo interior, ve por sí mismo la extraordinaria gravedad de esto. Entonces lo que diga tendrá sentido. Entonces usted se convierte en un foco de luz no encendido por otro. Puesto que usted es la humanidad entera —lo cual es un hecho, no una afirmación verbal—, es totalmente responsable del futuro del hombre.

Por favor, no considere esto como una carga. Si lo hace, lo dicho no es más que una sarta de palabras sin realidad alguna; es una ilusión. Esta responsabilidad tiene su propia alegría, su propio humor, su movimiento propio sin el peso del pensamiento.

9

La diligencia

El desprendimiento de la ocupación egocéntrica libera una energía abundante

Dado que lo que nos concierne es la educación, hay dos factores que debemos tener presentes en todo momento: uno es la diligencia y el otro es la negligencia. En su mayoría las religiones han hablado de la necesidad de que la actividad de la mente sea controlada o dirigida por la voluntad de Dios o por algún agente externo. La devoción a alguna deidad creada por la mano o por la mente requiere cierta cualidad de atención en la que están implicados la emoción, el sentimiento y la imaginación romántica. Ésta es la actividad de la mente, que es pensamiento. La palabra *diligencia* implica cuidado, vigilancia, observación y un profundo sentido de libertad. La devoción a un objeto, persona o principio niega esta libertad. La diligencia es atención que naturalmente produce una infinita solicitud, interés y la frescura del afecto. Todo esto exige una gran sensibilidad. Uno es sensible a los propios deseos o heridas psicológicas, o es sensible a una persona en particular, atendiendo a sus deseos y respondiendo rápidamente a sus necesidades; pero esa clase de sensibilidad es limitada y apenas se puede calificar de sensible. La cualidad de sensibilidad de la que estamos hablando surge de forma natural cuando existe la responsabilidad total, que es amor. La diligencia posee esta cualidad.

La negligencia es pereza e indiferencia: indiferencia hacia el organismo físico, hacia el estado psicológico y hacia los demás. En la indiferencia hay insensibilidad. En este estado la mente se

vuelve indolente, se ralentiza la actividad del pensamiento, se ve impedida la agilidad de la percepción y la sensibilidad es algo incomprensible. La mayoría de nosotros a veces es diligente pero más a menudo negligente. No son realmente opuestos; si lo fueran, la diligencia seguiría siendo negligencia.

Casi todo el mundo es 'diligente' cuando se trata de su propio interés, ya se identifique éste con la familia, con un grupo, una secta o nación específicos. En este interés propio, y a pesar de la continua preocupación consigo mismo, está la semilla de la negligencia. Esta preocupación es limitada y, por consiguiente, es negligencia. Esta preocupación es energía contenida dentro de un marco muy estrecho. La diligencia es libertad con respecto a la ocupación egocéntrica y libera una energía abundante. Cuando uno comprende la naturaleza de la negligencia, lo otro surge sin ninguna dificultad. Cuando esto se comprende por completo y no solamente las definiciones verbales de negligencia y diligencia, entonces en nuestro pensamiento, en nuestra acción y conducta se manifiesta la más alta condición de excelencia.

Pero, por desgracia, nosotros nunca nos exigimos la máxima calidad de pensamiento, acción y conducta. Casi nunca nos retamos a nosotros mismos, y si alguna vez lo hacemos tenemos múltiples excusas para no responder plenamente. ¿No indica esto una indolencia mental, una actividad endeble del pensamiento? El cuerpo puede ser perezoso, pero jamás puede serlo la mente, con su agilidad de pensamiento y su sutileza. La pereza del cuerpo puede ser fácilmente entendida. Puede tener su origen en que uno ha trabajado demasiado o se ha excedido en sus apetitos o ha estado jugando con demasiada intensidad. Por consiguiente, el cuerpo requiere descanso, lo cual puede confundirse con la pereza, aunque no lo sea. La mente atenta, que está alerta y es sensible, sabe cuándo el organismo necesita descanso y cuidado.

En nuestras escuelas es importante comprender que la cua-

lidad de energía que es diligencia exige la clase adecuada de comida y de ejercicio, así como el descanso suficiente. El hábito o rutina, ya sea de pensamiento, de acción o conducta, es el enemigo de la diligencia. El pensamiento mismo crea y vive dentro de su propia pauta. Cuando esta pauta es puesta en entredicho, o bien se ignora el reto , o bien el pensamiento crea otra pauta de seguridad. Éste es el movimiento del pensamiento: de una pauta a otra, de una conclusión o creencia a otra. Ésta es la negligencia propia del pensamiento. La mente diligente no tiene hábitos, carece de un modelo de respuesta; es un movimiento incesante que jamás se aglutina en un hábito y nunca es presa de conclusiones. Esa corriente posee una profundidad y un caudal enormes cuando no tiene límites creados por la negligencia del pensamiento.

Como lo que ahora nos ocupa es la educación, ¿de qué manera puede el maestro comunicar esta diligencia con su sensibilidad, con su abundante solicitud, en la cual no tiene cabida la indolencia del espíritu? Se entiende, por supuesto, que el educador está interesado en esta cuestión y que ve la importancia de la diligencia en todos los días de su vida. Si así es, entonces, ¿cómo se propone cultivar esta flor de la diligencia? ¿Está profundamente interesado en el estudiante? ¿Asume realmente su responsabilidad total para con estos jóvenes que están a su cargo? ¿O el educador está ahí meramente para ganarse la vida? Como hemos señalado en cartas anteriores, la docencia es la capacidad suprema del hombre. Usted está ahí y tiene ante sí a los estudiantes. ¿Acaso es usted indiferente? ¿Es que sus propias dificultades domésticas están consumiendo sus energías?

Cargar con problemas psicológicos un día tras otro es una pérdida total de tiempo y energía, lo que indica negligencia. Una mente diligente encara el problema cuando se presenta, observa su naturaleza y lo resuelve de inmediato. Posponer un problema psicológico no lo resuelve; es una pérdida de energía y de espíritu. Si usted resuelve los problemas tan pronto

como se plantean, entonces descubre que no hay problemas en absoluto.

De manera que, como educador en estas o en cualquier otra escuela, ¿puede usted cultivar esta diligencia? Sólo así se da el florecimiento de la bondad. Ésa es su total e irrevocable responsabilidad y en ella reside el amor que naturalmente encontrará el modo de ayudar al estudiante.

10

La seguridad

La escuela es el hogar del estudiante

Es importante que en estas escuelas el maestro se sienta tanto económica como psicológicamente seguro. Puede que algunos maestros estén dispuestos a enseñar sin preocuparse demasiado por su situación económica; puede que hayan venido por las enseñanzas y por razones psicológicas, pero todo maestro debería sentirse seguro en el sentido de que está en su casa, que sus necesidades están cubiertas y que no tiene preocupaciones económicas. Si el maestro no se siente seguro y, por consiguiente, no está libre para dedicarle su atención al estudiante y su seguridad, entonces no podrá ser totalmente responsable. Si el maestro no es feliz, su atención estará dividida y será incapaz de ejercer su plena capacidad.

Es importante, pues, seleccionar a los maestros adecuados, invitando a cada uno a permanecer durante algún tiempo en nuestras escuelas para descubrir si él o ella pueden incorporarse felizmente a lo que se está haciendo. Esto debe ser mutuamente compartido. Entonces el maestro, al sentirse contento, seguro y en su casa, puede crear en el estudiante esta misma sensación de seguridad, el sentimiento de que la escuela es su hogar.

Que el estudiante se sienta como en su propia casa significa que no siente ningún temor, que se siente protegido físicamente, que cuidan de él y que es libre. Aunque el estudiante pueda oponerse a la idea de ser protegido y custodiado, dicha protección

no significa que se le mantenga prisionero, recluido y vigilado con mirada crítica. La libertad, obviamente, no significa hacer lo que uno quiera y es igualmente obvio que nunca se puede hacer plenamente lo que a uno se le antoje. El intento de hacer lo que a uno le plazca, llamado libertad individual y que consiste en elegir una línea de acción conforme al propio deseo, ha producido confusión social y económica en el mundo, y la reacción en contra de esta confusión ha sido el totalitarismo.

La libertad es una cuestión muy compleja. Uno debe abordarla con máxima atención, porque la libertad no es lo opuesto de la esclavitud ni es una escapatoria de las circunstancias en las que uno está aprisionado. No es libertad en relación con algo, ni consiste en evitar restricciones. La libertad no tiene opuesto; tiene su propia existencia. La comprensión de la naturaleza de la libertad es el despertar de la inteligencia. No consiste en adaptarse a *lo que es*, sino en comprender *lo que es* y, por tanto, trascenderlo. Si el maestro no comprende la naturaleza de la libertad, se limitará a imponerle sus prejuicios, sus limitaciones y sus conclusiones al estudiante. El estudiante, como es natural, ofrecerá resistencia o aceptará por temor, convirtiéndose así en un ser humano convencional, ya sea tímido o agresivo. Sólo en la comprensión de esta libertad del vivir, no en su idea o en su aceptación verbal, la cual se convierte en un eslogan, es la mente libre para aprender.

Una escuela, después de todo, es un lugar donde el estudiante es básicamente feliz, donde no es acosado, donde no le asustan los exámenes, donde no se le obliga a actuar conforme a una pauta o sistema. Es un lugar donde se enseña el arte de aprender. Si el estudiante no es feliz, no es capaz de aprender este arte.

Se considera que aprender es memorizar, registrar información. Esto produce una mente limitada y, por ende, fuertemente condicionada. El arte de aprender consiste en asignarle a la información el lugar que le corresponde, en actuar diestramente de acuerdo con lo que se aprende y a la vez no estar psicoló-

gicamente atado por las limitaciones del conocimiento y las imágenes o símbolos que el pensamiento crea. Arte significa ponerlo todo en su sitio, pero no conforme a algún ideal. Aprender el arte de la observación es comprender el mecanismo de los ideales y de las conclusiones. Un concepto fabricado por el pensamiento, ya sea para el futuro o de acuerdo con el pasado, es un ideal, una idea proyectada o un recuerdo. Es una representación de sombras chinescas que convierte lo real en una abstracción. Dicha abstracción es una evasión de lo que está ocurriendo ahora. Esta huida de los hechos es infelicidad.

Ahora bien, como maestros, ¿podemos ayudar al estudiante a ser feliz en el verdadero sentido de la palabra? ¿Podemos ayudarle a que se interese en lo que realmente está pasando? Esto es atención. El estudiante que observa una hoja que se agita trémula al sol está atento. Obligarlo en ese momento a que se concentre en el libro es desalentar la atención; mientras que ayudarle a observar plenamente la hoja le hace comprender la profundidad de la atención en la que no hay distracción alguna. Porque acaba de ver lo que significa la atención, el estudiante podrá del mismo modo volver la vista al libro o a lo que se le esté enseñando. En dicha atención no hay compulsión ni conformismo alguno. Es la libertad en la que hay observación total. ¿Puede el propio maestro tener esta cualidad de atención? Sólo entonces podrá ayudarle al otro.

Por lo general nosotros luchamos contra las distracciones, pero las distracciones no existen. Supongamos que usted sueña despierto o que su mente está divagando; ésa es la actualidad de lo que está pasando. Obsérvelo. Ese observar es atención y, por consiguiente, no hay distracción.

¿Se les puede enseñar esto a los estudiantes? ¿Puede aprenderse este arte? Usted es totalmente responsable del estudiante. Usted debe crear este ambiente de aprendizaje, una seriedad en la que hay un sentido de libertad y dicha.

11

La comparación

La imitación corrompe la mente

Como ya señalamos varias veces en estas cartas, las escuelas existen fundamentalmente para efectuar una transformación profunda en los seres humanos. El educador es totalmente responsable de esto. A menos que comprenda este factor central, el profesor estará meramente instruyendo al estudiante para que se convierta en un hombre de negocios, en un ingeniero, un abogado o un político. Hay muchísimos de estos profesionales y, a lo que parece, son incapaces tanto de transformarse a sí mismos como de transformar su sociedad. Puede que en la actual estructura social los abogados y los comerciantes sean necesarios, pero cuando se fundaron estas escuelas la intención era y sigue siendo transformar profundamente al hombre. Los maestros en estas escuelas deberían comprender esto de verdad, no de manera intelectual, no como una idea, sino porque ven con todo su ser todas sus repercusiones. Lo que nos importa es el desarrollo total del ser humano, no la mera acumulación de conocimientos.

Las ideas y los ideales son una cosa, y el hecho, el suceso real, es otra. Estas dos cosas jamás pueden unirse. Los ideales han sido impuestos sobre los hechos y deforman lo que ocurre para acomodarlo a lo que debería ser, al ideal. La utopía es una conclusión que se deriva de lo que está ocurriendo y que sacrifica lo real para conformarlo a aquello que hemos idealizado. Éste ha sido el proceso durante milenios y todos los estudiantes e in-

telectuales se complacen en ideaciones. Eludir *lo que es* constituye el principio de la corrupción de la mente. Esta corrupción permea todas las religiones, la política, la educación y toda relación humana. Nuestro propósito es comprender este proceso de evasión y trascenderlo.

Los ideales corrompen la mente; nacen de las ideas, de los juicios y la esperanza. Las ideas son abstracciones de *lo que es* y cualquier idea o conclusión acerca de lo que realmente está sucediendo deforma esa actualidad y así se genera la corrupción. Eso aparta la atención del hecho, de *lo que es*, y la orienta hacia la fantasía. Este movimiento de desvío de los hechos conduce a la formación de símbolos e imágenes, los cuales en consecuencia, adquieren una importancia abrumadora. Este movimiento es la corrupción de la mente. Los seres humanos se complacen con este movimiento en su conversación, en sus relaciones, en casi todo lo que hacen. El hecho es instantáneamente convertido en una idea o conclusión, la cual entonces determina nuestras reacciones. Cuando vemos algo, el pensamiento establece inmediatamente una equivalencia y ésta se convierte en lo real. Usted ve un perro y al instante el pensamiento lo refiere a la imagen que sea que tenga de los perros y de ese modo usted nunca ve al perro.

¿Se les puede enseñar a los estudiantes a permanecer con el hecho, con la actualidad del momento, ya sea psicológica o exterior? El conocimiento no es el hecho sino que versa sobre él; eso tiene su función correspondiente, pero el conocimiento impide la percepción de lo que efectivamente es. Entonces se genera la corrupción. Es realmente muy importante que se comprenda esto. A los ideales se les considera nobles, excelsos, de gran valor instrumental, y lo que realmente está pasando se considera meramente sensorial, mundano y de menor valía. Las escuelas del mundo entero tienen algún propósito sublime o ideal y, por consiguiente, están educando a los estudiantes en la corrupción.

¿Qué es lo que corrompe la mente? Estamos empleando la palabra *mente* para referirnos a los sentidos, a la capacidad de pensar y al cerebro que almacena todos los recuerdos y experiencias como conocimiento. Este movimiento total es la mente. La totalidad de la mente incluye tanto el consciente como el inconsciente, lo que llaman la superconsciencia. Estamos preguntándonos cuáles son los factores, las semillas de la corrupción en todo esto. Dijimos que los ideales corrompen. El conocimiento también corrompe la mente. El conocimiento, especializado o general, es el movimiento del pasado y cuando el pasado arroja su sombra sobre lo real, se produce la corrupción. El conocimiento que se proyecta hacia el futuro y dirige lo que ocurre ahora es corrupción. Estamos empleando la palabra *corrupción* para referirnos a lo que está siendo fragmentado, lo que no se abarca en su totalidad. El hecho jamás puede fragmentarse; el hecho nunca puede ser limitado por el conocimiento. La integridad del hecho abre la puerta al infinito. La integridad no puede ser fragmentada; no es autocontradictoria ni puede dividirse a sí misma. La integridad, la totalidad, es movimiento infinito.

La imitación y el conformismo son uno de los grandes factores de corrupción de la mente. El ejemplo, el héroe, el salvador, el gurú, es el factor de corrupción más destructivo. Acatar, obedecer y acomodarse niegan la libertad. La libertad es desde el principio y no al final; no significa conformarse, imitar, aceptar primero y encontrar la libertad después, al cabo de un tiempo. Ése es el espíritu del totalitarismo, la crueldad, la actitud despiadada del dictador, de la autoridad, del gurú o del sumo sacerdote.

De modo que la autoridad es corrupción. La autoridad es la ruptura de la integridad, de lo total, lo completo, ya se trate de la autoridad del maestro en una escuela, la autoridad de aquel que dice saber, de una institución o de un propósito o ideal. La presión de la autoridad en cualquiera de sus formas es el factor deformante de la corrupción. Básicamente la autoridad niega la

libertad. La función de un maestro de verdad es instruir, señalar e informar sin la influencia corruptora de la autoridad.

La autoridad de la comparación destruye. Cuando un estudiante es comparado con otro, ambos son lastimados. Vivir sin comparación es tener integridad. Usted, el maestro, ¿lo hará?

12

Las heridas psicológicas

Educar consiste en liberar la mente de la energía limitada del 'yo'

Al parecer los seres humanos poseen cantidades enormes de energía. Han ido a la Luna y escalado los picos más altos de la Tierra. Han tenido energías prodigiosas para las guerras, para los instrumentos bélicos y para el desarrollo tecnológico. La humanidad ha tenido energía para acumular un conocimiento ingente, para construir las pirámides, para explorar el átomo y trabajar todos los días. Cuando uno toma todo esto en consideración, es impresionante comprobar la cantidad de energía que se ha consumido. Esta energía ha sido empleada en la investigación de las cosas externas, pero el hombre ha puesto muy poca energía en investigar toda su propia estructura psicológica. Se necesita energía, tanto por dentro como por fuera, para actuar o estar totalmente en silencio.

La acción y la no-acción requieren gran energía. Hemos usado la energía 'positiva' en las guerras, en escribir libros, en operaciones quirúrgicas y para trabajar en el fondo de los mares. La no-acción requiere mucho más que la acción llamada 'positiva'. La acción positiva consiste en controlar, apoyar o escapar. La no-acción es la atención total de la observación. En esta observación lo que es observado experimenta una transformación. Esta observación silenciosa no sólo requiere energía física sino también una profunda energía psicológica. Estamos habituados a la primera y este condicionamiento limita nuestra energía. En una observación completa y silenciosa, que

es inacción, no hay desgaste de energía y, en consecuencia, la energía es ilimitada.

La no-acción no es lo opuesto de la acción. Ir a trabajar todos los días, un año tras otro, durante muchísimos años, lo cual puede ser necesario tal como están las cosas, efectivamente limita las energías, pero el no trabajar no significa que uno vaya a disponer de una energía ilimitada. La propia indolencia de la mente es un desgaste de energía, como lo es la pereza del cuerpo. Nuestra educación en todas sus ramas disminuye esta energía. Nuestra manera de vivir, que es una lucha constante por ser o no ser, es la disipación de la energía.

La energía es intemporal y no puede ser medida. Pero nuestras acciones son mensurables y así reducimos esta energía ilimitada al estrecho círculo del 'yo'. Y habiéndola confinado, procedemos a buscar lo inconmensurable. Esta búsqueda forma parte de la acción positiva y, por tanto, es un desgaste de energía psicológica. En consecuencia, hay un movimiento incesante dentro de los archivos del 'yo'.

Lo que nos importa en la educación es liberar la mente del 'yo'. Como dijimos en diversas ocasiones en estas cartas, nuestra función es dar origen a una nueva generación libre de esta energía limitada que se llama el 'yo'. Hay que reiterar una vez más que estas escuelas existen para llevar esto a cabo.

En nuestra carta anterior hemos hablado de la corrupción de la mente. La raíz de esta corrupción es el 'yo'. El 'yo' es la imagen, el concepto, la palabra que se transmite de generación en generación, y uno tiene que habérselas con la carga de tradición del 'yo'. Lo que hay que observar es el hecho, no la consecuencia del hecho ni cómo se ha producido; esto último es bastante fácil de explicar, pero observar el hecho con todas sus reacciones, observarlo sin intención que lo tergiverse, es acción negativa. Esto es lo que entonces transforma el hecho. Es importante que se comprenda muy a fondo que no se trata de actuar sobre el hecho sino de observar *lo que es*.

Todo ser humano está tanto psicológica como físicamente lastimado. Es relativamente fácil tratar el dolor físico, pero el dolor psicológico permanece oculto. La consecuencia de la herida psicológica es levantar un muro alrededor de uno mismo y resistirse a experimentar más dolor y, de ese modo, amedrentarse o recluirse en el aislamiento. La herida la ha causado la imagen del 'yo' con su energía limitada: es lastimada porque es limitada. Lo que no es mensurable jamás puede ser dañado o corrompido. Todo lo que sea limitado puede ser lastimado, pero lo que es totalmente íntegro está fuera del alcance del pensamiento.

¿Puede el educador ayudar al estudiante para que jamás reciba heridas psicológicas, no sólo mientras forme parte de la escuela sino a lo largo de toda su vida? Si el educador ve el enorme daño que resulta de esta herida, ¿cómo educará entonces al estudiante? ¿Qué es lo que va a hacer concretamente de tal manera que el estudiante nunca sea lastimado en toda su vida? El estudiante llega ya lastimado a la escuela. Probablemente no es consciente de esa herida. El maestro, al observar las reacciones, temores y agresividad del alumno, descubrirá el daño que ya ha sido causado. De manera que el maestro tiene dos problemas: liberar al estudiante de las lesiones del pasado e impedir que se lastime en el futuro.

¿A usted le importa esto o se limita a leer esta carta, la comprende intelectualmente, que no es comprensión ninguna, y en consecuencia el estudiante le trae sin cuidado? Pero si le preocupa, como debería ser, ¿qué hará con el hecho de que el estudiante está lastimado y usted debe evitar a toda costa cualquier daño posterior? ¿Cómo aborda usted este problema? ¿Cuál es el estado de su mente cuando encara este problema? El problema es también suyo y no sólo del estudiante. Usted está lastimado y también lo está el estudiante, así que les atañe a ambos; no es un problema unilateral, pues usted está tan metido en él como el estudiante. Esta participación conjunta es el factor central que usted debe afrontar y observar. Limitarse a desear desprenderse

de las heridas del pasado y abrigar la esperanza de no ser lastimado nunca más, es un desperdicio de energía. La atención completa, la observación de este hecho no sólo le contará la historia de la herida en sí, sino que esa misma atención disipará o eliminará la herida. O sea, que la atención es la inmensa energía que jamás puede ser lastimada o corrompida.

Por favor, no acepte lo que se dice en estas cartas. La aceptación es la destrucción de la verdad. Póngalo a prueba, no en alguna fecha futura sino ahora, mientras lee esta carta. Cuando lo ponga a prueba, no descuidadamente sino con todo su corazón y ser, descubrirá por sí mismo la verdad de la cuestión. Y sólo entonces podrá ayudar al estudiante a borrar el pasado y a tener una mente que no puede ser lastimada.

13

El hábito

El hábito insensibiliza la mente

Estas cartas se escriben con un espíritu amistoso. No tienen el propósito de ejercer dominio sobre su manera de pensar, ni de persuadirle para que adopte la forma de pensar o de sentir de quien las escribe. No constituyen propaganda alguna. Son realmente un diálogo entre usted y el autor, que como dos amigos conversan sobre sus problemas; y en una buena amistad nunca hay sentimiento alguno de rivalidad o de dominación. También usted debe de haber observado la condición del mundo y de nuestra sociedad, y habrá visto que es indispensable que haya una transformación radical en el modo de vivir de los seres humanos, en la relación que establecen entre sí, en su relación con el mundo entero y en todos los aspectos posibles. Estamos hablando entre nosotros, ambos profundamente comprometidos no sólo con lo que respecta a nuestras propias personas, sino también con los estudiantes de los que usted es totalmente responsable.

El maestro es la persona más importante de la escuela, porque de él o de ella dependen el futuro bienestar de la humanidad. Esta no es una mera declaración verbal; es un hecho absoluto e irrevocable. Sólo cuando el propio educador sienta la dignidad y el respeto implícitos en su labor se dará cuenta de que la docencia es la vocación suprema, más grande que la del político o la de los príncipes del mundo. El autor escribe cada una de estas palabras en serio, así que, por favor, no las desesti-

me como si se tratara de una exageración o de un intento de infundirle una falsa importancia. Usted y los estudiantes deben florecer juntos en la bondad.

Hemos estado señalando los factores que corrompen y degeneran la mente. Como la sociedad está desintegrándose, estas escuelas deben ser centros para la regeneración de la mente, no del pensamiento. El pensamiento nunca puede regenerarse porque siempre es limitado, pero la regeneración de la totalidad de la mente sí es posible. Esta posibilidad no es conceptual, sino real cuando uno ha examinado a fondo las formas de la degeneración. Algunas de estas formas han sido exploradas en cartas anteriores.

Ahora debemos investigar la naturaleza destructiva de la tradición, del hábito y de los procesos repetitivos del pensamiento. Seguir o aceptar la tradición parece proporcionarle cierta seguridad a nuestra vida, tanto a la externa como a la interna. La búsqueda de seguridad por todos los medios ha sido la motivación, la fuerza impulsora de la mayoría de nuestras acciones. La exigencia de seguridad psicológica eclipsa la exigencia de seguridad física y en consecuencia la vuelve incierta. Esta seguridad psicológica constituye la base de la tradición que se transmite de generación en generación mediante las palabras, los rituales y las creencias, ya sean éstas de carácter religioso, político o sociológico. Raramente cuestionamos la norma establecida, pero cuando lo hacemos invariablemente caemos en la trampa de un nuevo patrón. Éste ha sido nuestro modo de vida: rechazar una cosa y aceptar otra. Lo nuevo es más tentador y lo viejo se deja para la generación de los mayores. Pero ambas generaciones están atrapadas en pautas, en sistemas. Éste es el movimiento de la tradición. La palabra *tradición* implica conformismo, ya se trate de una tradición antigua o moderna. No hay tradiciones buenas o malas; sólo hay tradición, la vana repetición de rituales en todas las iglesias, templos y mezquitas. Estos rituales no tienen ningún sentido, pero la emoción, el sentimiento, el romanticis-

mo y la imaginación les dan colorido e ilusión. Ésta es la naturaleza de la superstición, alentada por todos los sacerdotes del mundo. Este proceso de complacerse en cosas que no tienen sentido, o de valorar cosas que no tienen ningún valor, es un desperdicio de energía que degenera la mente. Uno debe ser profundamente consciente de estos hechos. Esa atención disuelve todas las ilusiones.

Luego está el hábito. No hay buenos hábitos o malos hábitos, sólo hay hábito. Hábito significa una acción repetitiva que surge de no estar atento. Uno cae en los hábitos deliberadamente o es persuadido por la propaganda; o, si está asustado, cae en ciertos reflejos de autodefensa. Lo mismo sucede con el placer. El seguimiento de una rutina, por muy efectivo o necesario que sea en la vida cotidiana, generalmente conduce a una forma mecánica de vida. Cuando hay una percepción atenta de lo que se está haciendo, uno puede hacer lo mismo a la misma hora todos los días sin que ello se convierta en un hábito. La atención disipa el hábito. Los hábitos sólo se forman cuando no hay atención. Usted puede levantarse a la misma hora todas las mañanas y sabe por qué se levanta. A otra persona esta atención puede parecerle un hábito bueno o malo, pero en realidad para el que se da cuenta y está atento el hábito no existe. Caemos en hábitos psicológicos o en la rutina porque pensamos que es el modo más cómodo de vivir. Cuando uno observa detenidamente, ve que incluso en los hábitos que se forman en la relación, ya sea ésta personal o de otra índole, hay cierta cualidad de indolencia, negligencia y descuido. Todo esto proporciona una falsa sensación de intimidad y seguridad, y conduce a una crueldad distraída.

Todo hábito encierra un peligro, ya sea el hábito de fumar, la acción repetitiva en el uso de las palabras, en el pensamiento o en la conducta. Esto insensibiliza la mente por completo y el proceso degenerativo consiste en encontrar alguna forma ilusoria de seguridad, como una nación, una creencia o ideal al que aferrarse. Todos estos factores son muy destructivos de la verda-

dera seguridad. Vivimos en un mundo de artificio que se ha vuelto una realidad. El cuestionamiento de esta ilusión lleva o bien a convertirse en revolucionario, o bien a adoptar la permisividad. Estas dos cosas son factores de degeneración.

Después de todo, el cerebro, con sus extraordinarias capacidades, ha sido condicionado de generación en generación a aceptar esta engañosa seguridad, que ahora se ha vuelto un hábito profundamente arraigado. Para romper con este hábito pasamos por diversas formas de tortura, múltiples evasiones, o nos comprometemos de lleno con alguna utopía idealista. El problema del educador es investigar y su capacidad creadora radica en observar detenidamente su condicionamiento profundamente arraigado y el del estudiante. Éste es un proceso mutuo; no se trata de que usted investigue primero su propio condicionamiento y luego le informe al otro de sus descubrimientos. Ustedes exploran juntos y descubren la verdad de esta cuestión. Esto exige cierta cualidad de paciencia, no la paciencia del tiempo sino la perseverancia, y la atención diligente de la responsabilidad total.

14

La belleza

El movimiento del pensamiento no es belleza

Nos hemos vuelto demasiado listos. Nuestros cerebros han sido formados para ser muy brillantes tanto verbal como intelectualmente. Están atestados con una cantidad ingente de información que utilizamos para conseguir carreras provechosas. A una persona lista, intelectual, se la alaba y se le rinden honores. Esa gente parece copar todos los puestos importantes del mundo; tienen poder, posición y prestigio, pero su ingenio termina por traicionarlos. En sus corazones nunca saben lo que es el amor ni la caridad y la generosidad profundas, porque están encerrados en su propia vanidad y arrogancia. Este modelo es el que han adoptado todas las escuelas mejor dotadas. En una escuela convencional, un muchacho o una muchacha acaban atrapados en la civilización moderna y se pierden toda la belleza de la vida.

Cuando uno se pasea por los bosques, con su densidad de sombras y sus luces moteadas, y súbitamente se encuentra en un claro, en un prado verde rodeado de árboles majestuosos, o junto a un arroyo centelleante, se pregunta por qué el hombre ha perdido su relación con la naturaleza y con la belleza de la Tierra, con la hoja caída y la rama rota. Si usted ha perdido el contacto con la naturaleza, entonces perderá inevitablemente la relación con otro ser humano. La naturaleza no la constituyen solamente las flores, el agradable césped verde o las aguas que fluyen en su pequeño jardín, sino que es la Tierra toda con todo

lo que hay en ella. Consideramos que la naturaleza existe para nuestro uso, para nuestra conveniencia, y así perdemos la comunión con la Tierra. Es mucho más importante ser sensible a la hoja caída y al árbol alto sobre la colina que aprobar todos los exámenes o tener una carrera brillante. Estas cosas no son la totalidad de la vida. La vida es como un río inmenso con un gran caudal de agua que no tiene principio ni fin. De esa vertiginosa corriente extraemos un cubo de agua y esa agua estancada se convierte en nuestra vida. Éste es nuestro condicionamiento y nuestra infinita pena.

El movimiento del pensamiento no es belleza. El pensamiento puede crear la apariencia de belleza en la pintura, la figura de mármol o en un poema precioso, pero eso no es belleza. La belleza es la sensibilidad suprema, no a la sensación de las propias penas y ansiedades, sino la que abarca toda la existencia de la humanidad. Sólo hay belleza cuando la corriente del 'yo' se ha secado por completo. La belleza existe cuando el 'yo' está ausente. Con el abandono del ego, surge la pasión de la belleza.

En estas cartas hemos estado considerando juntos la degeneración de la mente. Hemos señalado para su examen e investigación algunas de las vías de este deterioro. Una de sus actividades básicas es el pensamiento. El pensamiento es una fragmentación de la totalidad de la mente. El todo contiene a la parte, pero la parte jamás puede ser lo que es completo en sí. El pensamiento es la parte más activa de nuestra vida; el sentimiento acompaña al pensamiento. Son esencialmente lo mismo, aunque tenemos tendencia a separarlos. Habiéndolos separado, le concedemos gran importancia al sentimiento, a la emoción, al romanticismo y a la devoción; pero el pensamiento, oculto, vivo, lo entreteje todo, controlando y dando forma como el hilo de un collar. Está siempre ahí, aunque nos guste pensar que nuestras emociones profundas son esencialmente distintas. Hay en esto una gran ilusión, un engaño que está muy bien visto y que conduce a la deshonestidad.

Como dijimos, el pensamiento es la realidad de nuestra vida cotidiana. Todos los libros que se dicen sagrados son producto del pensamiento. Pueden ser venerados como una revelación, pero son esencialmente pensamientos. El pensamiento ha producido la turbina y los grandes templos de la Tierra, el cohete espacial y la enemistad entre los hombres. El pensamiento ha sido el responsable de las guerras, del lenguaje que uno emplea y de la imagen hecha manual o mentalmente. El pensamiento domina la relación. El pensamiento ha descrito lo que es el amor, los cielos y el dolor del infortunio. El hombre le rinde culto al pensamiento; admira sus sutilezas, su astucia, su violencia, sus crueldades en nombre de una causa. El pensamiento ha producido grandes avances en tecnología y, junto con ellos, una capacidad de destrucción. Ésta ha sido la historia del pensamiento repetida a lo largo de los siglos.

¿Por qué la humanidad le ha concedido una importancia tan grande al pensamiento? ¿Porque es lo único que tenemos, aun cuando se activa mediante los sentidos? ¿Porque el pensamiento ha podido dominar la naturaleza, su entorno y ha producido cierta seguridad física? ¿Porque es el instrumento principal mediante cuyo uso el hombre actúa, vive y se beneficia? ¿Porque el pensamiento ha creado los dioses, los salvadores y la conciencia superior, olvidándose así de la ansiedad, el miedo, el dolor, la envidia y la culpa? ¿Porque aglutina a la gente en naciones, grupos y sectas? ¿Porque les da esperanza a vidas aciagas? ¿Porque proporciona una abertura por donde evadirnos del aburrimiento asiduo de nuestra forma de vida? ¿Porque, desconociendo el futuro, y en su arrogante insistencia en la experiencia, nos ofrece la seguridad del pasado? ¿Porque hay estabilidad en el saber y la certidumbre de lo conocido nos permite evitar el temor? ¿Porque el pensamiento como tal ha asumido una posición invulnerable y adoptado una postura contraria a lo desconocido? ¿O será porque el amor es algo inexplicable e inconmensurable, mientras que el pensamiento se mide y se resiste a la corriente inmutable del amor?

Nosotros jamás hemos cuestionado la naturaleza del pensamiento como tal. Hemos aceptado el pensamiento como algo tan inevitable como nuestros ojos y nuestras piernas. Nunca hemos profundizado hasta el fondo del pensamiento; y porque jamás lo hemos cuestionado, ha adquirido preeminencia. Es el tirano de nuestra vida y a los tiranos raramente se les desafía.

Entonces, como educadores, vamos a exponerlo a la intensa luz de la observación. La luz de la observación no sólo disipa instantáneamente la ilusión, sino que su claridad revela el más mínimo detalle de lo que se observa. Como dijimos, la observación no se realiza desde un punto fijo, desde una creencia, prejuicio o conclusión. La opinión es una cosa muy superficial, como también lo es la experiencia. El hombre de experiencia es una persona peligrosa porque está preso en la cárcel de su propio saber.

Por tanto, ¿puede usted observar con extraordinaria claridad todo el flujo del pensamiento? Esa luz es libertad. Esto no significa que usted la haya apresado y empleado para su conveniencia y beneficio. La propia observación del pensamiento es la observación de todo su ser, y este mismo ser es la creación del pensamiento. Como el pensamiento es finito y limitado, eso mismo es usted.

15

La capacidad

El deseo limita la capacidad

Seguimos ocupándonos de la integridad de la mente. La mente incluye los sentidos, las volátiles emociones, la capacidad cerebral y el siempre inquieto pensamiento. Todo esto es la mente, incluidos diversos atributos de la conciencia. Cuando está activa en su totalidad, la mente es ilimitada, tiene una gran energía y actúa sin la sombra del remordimiento o la promesa de la recompensa. Esta cualidad de la mente, esta integridad, es inteligencia. ¿Se le puede comunicar esto al estudiante y se le puede ayudar a él o ella a que capten rápidamente su significado? Sin duda alguna la responsabilidad del educador es hacer que esto ocurra.

El deseo perfila y controla la capacidad del pensamiento y de ese modo la disminuye. El movimiento del deseo limita dicha capacidad. El deseo es la esencia de la sensación. La ambición limita la capacidad del cerebro, que es pensamiento. Esta capacidad es restringida por las exigencias sociales y económicas o por la experiencia y motivación personales. Es reducida por el ideal, por las sanciones de diversas creencias religiosas y por el miedo interminable. El miedo no es independiente del placer.

El deseo, la esencia de la sensación, es configurado por el ambiente, por la tradición, por nuestras inclinaciones y temperamentos personales. De este modo, la capacidad o la acción que requiere una energía total es condicionada de acuerdo con nuestra comodidad y placer. El deseo es un factor compulsivo en

nuestra vida; la cuestión no es reprimirlo, evitarlo, camelarlo o hacer que entre en razón, sino que hay que comprenderlo. Esta comprensión sólo puede darse mediante la investigación del deseo y la observación de su dinámica. Conociendo el ardor apremiante del deseo, casi todas las prohibiciones sectarias y religiosas lo han convertido en algo que se debe reprimir, controlar, someter o, como si dijéramos, poner en manos de una deidad o principio. Los votos incontables que la gente ha hecho para negar totalmente el deseo en modo alguno han conseguido apagarlo. Ahí está todavía.

Debemos, pues, abordarlo de otra manera, teniendo presente que el deseo no despierta la inteligencia. El deseo de ir a la Luna genera un conocimiento tecnológico ingente, pero ese conocimiento es inteligencia limitada. El conocimiento es siempre especializado y, por tanto, es incompleto; pero nosotros estamos hablando de la inteligencia, que es el movimiento de la totalidad de la mente. Lo que nos interesa es esta inteligencia y su despertar tanto en el educador como en el estudiante.

Como dijimos anteriormente, el deseo limita la capacidad. El deseo es sensación: la sensación de nuevas experiencias, de nuevas formas de emoción; la sensación de escalar los picos más altos de la Tierra; la sensación de poder, de estatus. Todo esto limita la energía del cerebro. El deseo crea la ilusión de seguridad y el cerebro, que necesita seguridad, fomenta y sostiene toda clase de deseo. Si no comprendemos el lugar que le corresponde al deseo, éste ocasiona la degeneración de la mente. Es muy importante comprender esto. El pensamiento es el movimiento del deseo. La curiosidad de descubrir es impulsada por el deseo de mayores sensaciones y la ilusoria certidumbre de seguridad. La curiosidad ha producido la enorme magnitud del conocimiento, el cual tiene su importancia en nuestra vida diaria. La curiosidad es valiosa en la observación.

El pensamiento puede ser el factor fundamental en la degeneración de la mente, mientras que la percepción directa e in-

mediata[1] de los hechos abre la puerta a la totalidad de la acción. Examinaremos el pleno significado de la percepción directa en otra carta, pero por ahora debemos considerar si el pensamiento es destructivo en cuanto a la integridad de la mente. Nosotros hemos afirmado que sí lo es, pero no lo acepte hasta que usted lo haya examinado libre y detenidamente.

Lo que entendemos por totalidad o integridad de la mente es una capacidad infinita y un vacío total en el que hay una energía inconmensurable. Siendo por propia naturaleza limitado, el pensamiento impone su estrechez en todo y así se sitúa siempre en primer plano. El pensamiento es limitado porque es la respuesta de la memoria y del conocimiento acumulados mediante la experiencia. El conocimiento es el pasado y lo que ya ha sido es siempre limitado. El recuerdo puede proyectar un futuro, pero ese futuro está ligado al pasado. De modo que el pensamiento es siempre limitado. El pensamiento es mensurable: el más y el menos, lo mayor y lo menor. Esta medida es el movimiento del tiempo: he sido, seré. Cuando el pensamiento predomina, por muy sutil, agudo y vital que sea, pervierte la integridad del todo. No obstante, le hemos concedido al pensamiento la máxima importancia.

Si se me permite la pregunta: «¿Ha captado usted, después de leer esta carta, el significado de la naturaleza del pensamiento y de la totalidad de la mente?» Si lo ha captado, ¿se lo puede transmitir al estudiante, el cual es de su total responsabilidad? Ésta es una cuestión difícil. Si usted no tiene luz no puede ayudar a otro a tenerla. Puede que explique esto con mucha claridad o que lo defina en términos precisos, pero eso no poseerá la pasión de la verdad.

---

[1] El término inglés *insight* se traduce en este texto como «percepción directa o percepción inmediata» por ser éstas definiciones que el propio K le daba a esa palabra. En este contexto significa la captación instantánea de la verdad de algo sin la mediación de ningún elemento ya conocido. De ahí que se trate de una percepción directa o inmediata, o sea, no mediatizada por el pensamiento o el saber. [*N. del R.*]

16

La percepción directa y la honestidad

¿Cuál es el deseo o pensamiento honesto y cuál no?

Cualquier forma de conflicto o lucha corrompe la mente, siendo ésta la totalidad o integridad de nuestra existencia. Esta cualidad se destruye cuando hay cualquier clase de fricción o de contradicción. Como la mayoría de nosotros vive en un perpetuo estado de contradicción y conflicto, esta falta de integridad conduce a la degeneración. Lo que aquí nos concierne es descubrir por nosotros mismos si de algún modo se les puede poner fin a estos factores degenerativos.

Tal vez la mayoría de nosotros no hayamos pensado nunca acerca de esto; lo hemos aceptado como un modo de vida normal. Nos hemos convencido de que el conflicto, al igual que la competitividad, trae crecimiento. Y contamos con diversas explicaciones del tema: el árbol en el bosque lucha por alcanzar la luz, la madre se esfuerza en el parto y el bebé recién nacido pelea por respirar. Estamos condicionados a aceptar esto y a vivir de esa manera. Así hemos vivido durante generaciones y toda sugerencia en el sentido de que quizá pudiera haber un modo de vivir sin conflicto alguno parece completamente increíble. Usted puede escuchar esto como si se tratara de alguna tontería idealista o descartarlo de antemano, pero nunca considera si tiene algún sentido afirmar que es posible llevar una vida sin asomo de conflicto. Como lo que nos interesa es la integridad y responsabilidad de originar una nueva generación, que es nuestra única función como educadores, ¿puede usted investigar ese he-

cho? Y en el proceso mismo de educar, ¿puede comunicarle al estudiante lo que usted está descubriendo por su cuenta?

El conflicto en cualquiera de sus formas es una señal de resistencia. Un río de corriente rápida no encuentra resistencia a su paso: fluye salvando peñascos y atravesando aldeas y pueblos. El hombre lo controla para sus propios fines. Después de todo, ¿no supone la libertad que está ausente la resistencia que el pensamiento ha implantado a su alrededor?

La honestidad es una cuestión muy compleja. Cuando uno se dice a sí mismo que debe ser honesto, ¿puede serlo? ¿Con respecto a qué es usted honesto y por qué razón? ¿Puede ser honesto consigo mismo y así ser justo con el prójimo? ¿Es la honestidad una cuestión de ideales? ¿Puede el idealista ser honesto? El idealista está viviendo en un futuro que ha sido elaborado en base al pasado; está atrapado entre lo que ha sido y lo que debería ser, y por eso nunca puede ser honesto. Usted es el centro de diversas actividades que a veces son contradictorias, de múltiples pensamientos, sentimientos y deseos que siempre están enfrentados entre sí. ¿Cuál es el deseo o pensamiento honesto y cuál no? Éstas no son preguntas meramente retóricas o argumentos ingeniosos. Es muy importante descubrir qué significa ser totalmente honesto, porque vamos a abordar la cuestión de la percepción directa y de la acción inmediata. Si queremos captar el significado profundo de la percepción directa, es de absoluta importancia poseer la cualidad de absoluta integridad, esa integridad que es la honestidad de la totalidad.

Uno puede ser honesto con respecto a un ideal, un principio o una creencia arraigada. Esto no tiene nada que ver con la honestidad. Sólo puede haber honestidad cuando no existe el conflicto de la dualidad, cuando no existe el opuesto. Hay luz y oscuridad, noche y día; hay hombre y mujer, lo alto y lo bajo, etcétera, pero el pensamiento es el que los convierte en opuestos, el que les hace entrar en contradicción. Estamos hablando de la contradicción psicológica que la humanidad ha cultivado. El amor

no es lo opuesto del odio o de los celos. Si lo fuera, no sería amor. La humildad no es lo opuesto de la vanidad, el orgullo y la arrogancia. Si lo fuera, seguiría formando parte de la arrogancia y del orgullo; por tanto, no podría ser humildad. La humildad es absolutamente independiente de todo esto. Una mente humilde no tiene conciencia de su humildad. De modo que la honestidad no es lo opuesto de la deshonestidad.

Uno puede ser sincero en lo que respecta a su creencia o concepto, pero esa sinceridad genera conflicto; y donde hay conflicto no hay honestidad. Así que preguntamos si se puede ser honesto consigo mismo. La propia personalidad es una mezcla de muchas corrientes que se entrecruzan, imponiéndose unas a otras y confluyendo en muy contadas ocasiones. Cuando todas estas corrientes confluyen, entonces hay honestidad. Por otra parte, hay una separación entre el consciente y el inconsciente, entre Dios y el diablo; el pensamiento ha producido estas divisiones y el conflicto existente entre ellas. La bondad no tiene opuesto.

Con esta nueva comprensión de lo que es la honestidad podemos proseguir con la investigación de lo que es la percepción directa. Esto es de suma importancia porque ése tal vez sea el factor que revolucione nuestra acción y produzca una transformación en el propio cerebro. Hemos dicho que nuestra forma de vida se ha vuelto mecánica porque el pasado, que con toda su experiencia y conocimiento acumulados es la fuente del pensamiento, está dirigiendo y determinando toda nuestra acción. El pasado y el futuro están interrelacionados y son inseparables, y en esto es en lo que se basa el propio proceso del pensamiento. El pensamiento es siempre limitado, finito. Aunque pretenda alcanzar el cielo, ese mismo cielo está dentro del marco del pensamiento. La memoria es mensurable, como lo es el tiempo. Este movimiento del pensar jamás puede ser fresco, nuevo, original. Por tanto, la acción que se basa en el pensamiento tiene que ser siempre fragmentaria, incompleta y contradictoria. Todo

este movimiento del pensamiento debe ser profundamente comprendido, incluyendo su papel relativo a las necesidades de la vida y a las cosas que hay que recordar. ¿Cuál es, entonces, la acción que no es una continuidad del recuerdo? Esa acción es la percepción directa.

La percepción directa no es la cuidadosa deducción o el proceso analítico del pensamiento ni participa del carácter temporal de la memoria; es percepción instantánea sin el percibidor. De esta percepción directa surge la acción. A partir de dicha percepción la explicación de cualquier problema es exacta, terminante y verdadera. No hay remordimientos ni reacciones. Es absoluta. No puede haber percepción directa sin la cualidad del amor. No es una cuestión intelectual sobre la que haya que debatir. Ese amor es la forma más elevada de sensibilidad cuando todos los sentidos están floreciendo a la vez. Sin esta sensibilidad, que no es relativa a los propios deseos, problemas y todas las nimiedades de la vida, es evidente que la percepción directa es totalmente imposible.

La percepción directa es holística. 'Holística' se refiere al todo, a la totalidad de la mente. La mente es toda la experiencia de la humanidad, que incluye la ingente acumulación de conocimientos, con sus habilidades técnicas, sus sufrimientos, su ansiedad, dolor, tristeza y soledad. Pero la percepción directa trasciende todo esto. Para que haya percepción directa es esencial liberarse del dolor, de la tristeza y de la soledad. La percepción directa no es un movimiento continuo; no puede ser aprehendida por el pensamiento. La percepción directa es inteligencia suprema y esta inteligencia utiliza el pensamiento como una herramienta. La percepción directa es inteligencia, con su amor y belleza; son realmente inseparables; de hecho, son una sola cosa. Esto es la totalidad, que es lo más sagrado.

17

El deseo y el desorden

¿Pueden los sentidos estar plenamente activos sin que intervenga el deseo?

La escuela es donde uno aprende no sólo los conocimientos que se requieren para la vida diaria, sino también el arte de vivir, con todas sus complejidades y sutilezas. Pareciera que olvidáramos esto y que quedáramos totalmente atrapados en la superficialidad del conocimiento. El conocimiento es siempre superficial. No se estima necesario aprender el arte de vivir; vivir no se considera un arte.

Cuando abandona la escuela, uno deja de aprender y continúa viviendo del conocimiento que ha acumulado. Nunca consideramos que la vida es un proceso íntegro de aprendizaje. Como se puede observar, la vida diaria es un movimiento y cambio constantes, y la propia mente no es lo bastante ágil y sensible como para percibir sus sutilezas. Uno la aborda con reacciones y fijaciones preconcebidas. ¿Puede evitarse eso en estas escuelas? Lo cual no quiere decir que se deba tener una mente 'abierta'. En general, la mente 'abierta' es como un tamiz que retiene poco o nada. Lo que se necesita es una mente capaz de percepción y acción rápidas. Por eso hemos examinado la cuestión de la percepción directa con su inmediatez de acción. La percepción directa no deja la cicatriz del recuerdo. La experiencia, tal como generalmente se entiende, deja su residuo de memoria y uno actúa a partir de dicho residuo. La acción fortalece el residuo y de ese modo se vuelve mecánica. La percepción directa no es una actividad mecánica.

Sin reforzar el residuo que es la memoria, ¿puede enseñarse en la escuela que la vida diaria es un proceso constante de aprendizaje y acción en la relación? Para la mayoría de nosotros la cicatriz del residuo adquiere suma importancia y nos perdemos la corriente rápida de la vida.

Tanto el estudiante como el educador viven en un estado de confusión y desorden por dentro y por fuera. Uno puede no advertir este hecho y, si lo advierte, rápidamente pone orden en las cosas externas; pero rara es la vez que uno se da cuenta de su confusión y desorden internos.

Dios es desorden. Considere los innumerables dioses que el hombre ha inventado, o el Dios, el Salvador único, y observe la confusión que esto ha causado en el mundo, las guerras que ha ocasionado, las incontables divisiones, las creencias, los símbolos y las imágenes que crean separación. ¿No es esto confusión y desorden? Nos hemos acostumbrado a ello; lo aceptamos fácilmente porque nuestra vida está tan abrumada de aburrimiento y dolor que buscamos consuelo en los dioses que ha ideado el pensamiento. Éste ha sido nuestro modo de vida durante miles de años. Toda civilización ha inventado dioses y éstos han sido el origen de grandes tiranías, de guerras y destrucción. Los edificios de esos dioses pueden ser extraordinariamente hermosos, pero en su interior se encuentran las tinieblas y la fuente de la confusión.

¿Puede uno dejar de lado a estos dioses? Debe hacerlo si va a considerar por qué la mente humana acepta y vive en el desorden político, religioso y económico. ¿Cuál es el origen de ese desorden, su realidad actual, no la razón teológica? ¿Puede uno descartar los conceptos del desorden y tener libertad para investigar no lo que es el orden, sino la verdadera fuente diaria de nuestro desorden? Sólo podremos descubrir lo que es el orden absoluto cuando hayamos investigado a fondo el desorden y su origen. Estamos tan ansiosos por descubrir lo que es el orden, somos tan impacientes con el desorden, que solemos reprimir-

lo, pensando que de ese modo generaremos orden. Aquí no sólo nos preguntamos si puede haber orden absoluto en nuestra vida diaria, sino también si la confusión puede terminar. De modo que nuestra prioridad es el desorden y su origen. ¿Cuál es ese origen? ¿Es el pensamiento? ¿Son los deseos contradictorios? ¿Es el temor y la búsqueda de seguridad? ¿Es la constante exigencia de placer? ¿Es el pensamiento una de las fuentes o la causa principal del desorden?

Estas preguntas no las formula solamente quien escribe sino también usted. Por favor, tenga esto presente en todo momento. Usted debe descubrir el origen del desorden, no dejar que le digan cuál es para luego repetirlo.

El pensamiento, como ya señalamos, es finito, limitado; y todo lo que es limitado, por extensas que sean sus actividades, inevitablemente genera confusión. Lo limitado es divisorio y, por consiguiente, es destructivo y desconcertante. Hemos examinado suficientemente la naturaleza y estructura del pensamiento. Tener una percepción directa de la naturaleza del pensamiento es recordarle el lugar que le corresponde, de manera que pierda su prepotencia.

¿Es el deseo, con sus variables objetos, una de las causas de nuestro desorden? Reprimir el deseo es suprimir toda sensación, lo cual supone paralizar la mente. Pensamos que éste es el modo más fácil y rápido de acabar con el deseo, pero no se puede reprimir; es demasiado fuerte, demasiado sutil. Usted no puede asirlo con la mano y doblegarlo según su voluntad, la cual es otro deseo. Hemos hablado del deseo en una carta anterior. El deseo jamás puede ser suprimido, transmutado o corrompido en deseo bueno y malo; haga lo que haga al respecto, eso siempre será sensación y deseo. El deseo de iluminación y el deseo de dinero son el mismo deseo, aunque tengan distintos objetivos.

¿Puede uno vivir sin deseo? O, expresado de otra manera, ¿pueden los sentidos estar plenamente activos sin que intervenga el deseo? Hay actividades sensoriales tanto psicológicas como

físicas. El cuerpo busca calor, comida y sexo; hay dolor físico y todo eso. Estas sensaciones son naturales, pero cuando penetran en el campo psicológico comienzan las dificultades. En eso radica nuestra confusión. Es importante que comprendamos esto, en especial cuando somos jóvenes, y que observemos las sensaciones físicas sin reprimirlas ni exagerarlas, que estemos alerta y vigilantes para que no se filtren dentro del dominio psicológico interior, donde no deben estar.

Ésa es nuestra dificultad; todo el proceso ocurre con tanta rapidez porque no vemos, no hemos comprendido, nunca hemos examinado lo que realmente sucede. Hay una respuesta sensorial inmediata al reto. Esta respuesta es natural y no está bajo el dominio del pensamiento, del deseo. Nuestra dificultad comienza cuando estas respuestas sensoriales penetran en el ámbito psicológico. El reto puede ser una mujer o un hombre, algo agradable o apetitoso, o un precioso jardín. La respuesta a esto es sensación y cuando esta sensación penetra en el campo psicológico comienza el deseo y el pensamiento, con sus imágenes, procura satisfacerlo.

Nuestro problema es cómo impedir que las reacciones físicas naturales penetren en el ámbito psicológico. ¿Es eso posible? Sólo lo es cuando usted observa la naturaleza del reto con gran atención y observa cuidadosamente sus propias respuestas. Esta atención total evitará que las reacciones físicas penetren en el interior de la psiquis.

Lo que nos importa es el deseo y su comprensión, no el factor embrutecedor de la represión, la fuga o la sublimación. Usted no puede vivir sin deseo. Cuando tiene hambre necesita comida. Pero comprender, que significa investigar toda la actividad del deseo, es asignarle su justo lugar. Entonces no será una fuente de desorden en nuestra vida diaria.

18

La integridad

La cualidad de la integridad existe cuando no hay medida

Lo que el hombre le ha hecho al hombre no tiene límites. Lo ha torturado, quemado, matado y explotado de todas las maneras posibles en los ámbitos religioso, político y económico. Ésta ha sido la historia del conflicto entre los hombres: el listo explota al tonto, al ignorante. Todas las filosofías son intelectuales y, por consiguiente, no son algo íntegro. Estas filosofías han esclavizado al hombre. Han inventado conceptos de lo que la sociedad debería ser y han sacrificado al hombre a sus conceptos; los ideales de los llamados pensadores han deshumanizado al hombre. La explotación del prójimo, ya sea hombre o mujer, parece ser nuestra forma cotidiana de vida. Nos utilizamos el uno al otro y ambos lo aceptamos. De esta relación peculiar surge la dependencia, con toda su desdicha, confusión y agonía inherentes. Tanto en el ámbito interior como en el externo, el hombre ha sido sumamente pérfido para consigo mismo y para con los demás. ¿Cómo puede haber amor en tales circunstancias?

De modo que se vuelve muy importante para el educador sentir total responsabilidad no sólo en su relación personal con el estudiante, sino con toda la humanidad. El educador es la humanidad. Si no se siente totalmente responsable de sí mismo, entonces será incapaz de sentir la pasión de la responsabilidad total que es el amor. ¿Siente usted, como educador, esta responsabilidad? Si no la siente, ¿por qué no? Usted puede sentirse responsable de su propia esposa, de su marido o de sus hijos, y pue-

de desatender o no sentir ninguna responsabilidad para con ninguna otra persona. Pero si en sí mismo se siente completamente responsable, no puede dejar de responsabilizarse de toda la humanidad.

La cuestión de por qué no se siente responsable de otra persona es muy importante. La responsabilidad no es una reacción emocional, ni algo que uno se imponga a sí mismo para sentirse responsable. En tal caso se convierte en un deber y el deber ha perdido el perfume o la belleza de la cualidad interior de la responsabilidad total. Esto no es algo que usted invoque como principio o ideal al que atenerse, como si se tratara de poseer una silla o un reloj. Una madre puede sentirse responsable de su hijo, sentir que el hijo forma parte de su sangre y de su carne, y así darle todo el cariño y atención a ese bebé durante algunos años. ¿Es este instinto maternal responsabilidad? Puede que este apego peculiar al hijo lo hayamos heredado de los primeros animales. Existe en toda la naturaleza, desde el pájaro más diminuto al majestuoso elefante. Nos estamos preguntando si este instinto es responsabilidad. Si lo fuera, los padres se sentirían responsables de establecer una clase de educación como es debido y un modelo totalmente distinto de sociedad. Se asegurarían de que no hubiera guerras y de que ellos mismos florecieran en la bondad.

Parece, pues, que a un ser humano le trae sin cuidado lo que le pase a su prójimo y que su único compromiso es para consigo mismo. Este compromiso es irresponsabilidad total: sus propias emociones, deseos y apegos personales, su éxito y progreso inevitablemente generarán crueldad, tanto explícita como sutil. ¿Es éste el modo en que obra la verdadera responsabilidad?

En estas escuelas, tanto el que da como el que recibe son responsables, de manera que jamás pueden complacerse en esta característica peculiar de la separatividad. La separatividad egoísta acaso sea la verdadera raíz de la degeneración de la integridad mental, integridad que es el objeto de nuestro profundo in-

terés. Esto no quiere decir que no haya relación personal, con su afecto, ternura, aliento y apoyo; pero cuando la relación personal adquiere máxima importancia y sólo se responsabiliza de unos cuantos, entonces ha comenzado la debacle. Todos los seres humanos son conocedores de esta realidad. Esta fragmentación en las relaciones es el factor degenerativo de nuestra vida. Hemos dividido la relación de tal manera que es íntima, con un grupo, con una nación, con determinados conceptos, etc.

Lo que está fragmentado jamás puede abarcar la totalidad de la responsabilidad. Siempre estamos tratando de captar lo más grande desde lo pequeño. Lo mejor no es lo bueno y todo nuestro pensamiento se basa en lo mejor, en el más: pasar los exámenes con mejores notas, conseguir empleos mejores, un estatus superior, mejores dioses e ideas más nobles. Lo mejor resulta de la comparación. Los conceptos de la mejor pintura, la mejor técnica, del músico más grande, del de mayor talento, del más hermoso y el más inteligente dependen de dicha comparación. Rara es la vez que contemplamos un cuadro por lo que en sí representa, o a un hombre o a una mujer por lo que son como tales. Siempre está presente esa cualidad de la comparación.

¿Es el amor comparación? ¿Puede uno decir alguna vez que ama a esta persona más que a aquélla? Cuando esta comparación existe, ¿es eso amor? Cuando existe este sentimiento del más, que es medida, entonces está operando el pensamiento. El amor no es el movimiento del pensar. Esta medida es comparación. Durante toda la vida se nos incita a comparar. Cuando en su escuela usted compara a B con A, los está destruyendo a ambos. ¿Es posible, entonces, educar sin sentido alguno de comparación?

¿Por qué comparamos? Comparamos por la sencilla razón de que medir es la actividad propia del pensamiento y nuestra forma de vivir. Se nos educa en esta corrupción. Lo mejor es siempre más noble que *lo que es*, que lo que realmente ocurre. La observación de *lo que es* sin comparación, sin medida, significa trascender *lo que es*.

Cuando no hay comparación, hay integridad. No se trata de que usted sea fiel a sí mismo, lo cual es una forma de medida, sino que cuando no hay medida en absoluto existe la cualidad de la integridad. La esencia del ego, del yo, es la medida. Cuando se mide hay fragmentación. Esto debe comprenderse a fondo, no como una idea sino como una realidad. Cuando usted lee esta declaración, puede convertirla en una abstracción, en una idea o un concepto, y esa abstracción es otra forma de medida. *Lo que es* carece de medida.

Por favor, entréguese de corazón a la comprensión de esto. Cuando usted haya captado la totalidad de su significado, la relación que tiene con el estudiante y con su propia familia se habrá convertido en algo muy diferente. Si usted pregunta si esa diferencia será 'mejor', entonces está preso en el engranaje de la medida. En ese caso está perdido. La diferencia la encontrará cuando realmente ponga esto a prueba. La palabra *diferencia* implica medida, pero nosotros la estamos usando de manera no comparativa. Casi todas las palabras que empleamos contienen este sentido de medida, de este modo las palabras influyen en nuestras reacciones y éstas ahondan el sentido de comparación. La palabra y la reacción están relacionadas entre sí y el arte radica en no dejarse condicionar por la palabra, lo que significa que el lenguaje no nos determina. Use la palabra sin las reacciones psicológicas que suscita.

Como dijimos, lo que nos interesa es comunicarnos entre nosotros respecto a la naturaleza de la degeneración de nuestras mentes y, por ende, de nuestras formas de vida. El entusiasmo no es pasión. Uno puede entusiasmarse con algo un día y perder ese entusiasmo al día siguiente. Puede entusiasmarle jugar al fútbol y perder el interés cuando deje de entretenerle. Pero la pasión es algo totalmente distinto. No contiene ningún intervalo de tiempo.

19

Los problemas

Los problemas físicos y psicológicos son una pérdida de energía

Por lo general, los padres tienen muy poco tiempo para sus hijos, excepto cuando éstos son bebés. Los mandan a las escuelas locales o a los internados, o dejan que otros cuiden de ellos. Puede que no tengan tiempo o la paciencia necesaria para educarlos en casa. Están ocupados con sus propios problemas. De manera que nuestras escuelas se convierten en el hogar de los niños y los educadores se convierten en los padres, con toda su responsabilidad. Ya hemos escrito acerca de esto anteriormente, pero no está fuera de lugar repetirlo: el hogar es un sitio donde hay cierta libertad, una sensación de estar seguro, bien cuidado y protegido. ¿Sienten los niños en nuestras escuelas que se les cuida esmeradamente, con muchísima consideración y afecto, que velamos por su conducta, su alimentación, la ropa que visten y sus modales? Si así es, entonces la escuela se convierte en un lugar donde el estudiante siente que realmente está en su casa, con todo lo que eso implica: que alrededor de él hay personas que velan por sus gustos y su forma de hablar, que lo cuidan tanto física como psicológicamente, que le ayudan a liberarse de sus heridas psicológicas y de su temor. Ésta es la responsabilidad de todos los maestros en estas escuelas y no sólo de uno o dos. Toda la escuela existe para esto, para crear un ambiente en el que tanto los educadores como los estudiantes florezcan en bondad.

El educador necesita ocio para estar tranquilo a solas, para

recuperar la energía que ha sido consumida, para tomar conciencia de sus propios problemas personales y resolverlos, de modo que cuando se encuentre nuevamente con los estudiantes no siga portando el ruido de su perturbación personal. Como hemos señalado anteriormente, cualquier problema que aparece en nuestras vidas debe ser resuelto al instante o tan pronto como sea posible, porque cuando los problemas se arrastran de un día para otro la sensibilidad de toda la mente degenera. Esta sensibilidad es esencial. La perdemos cuando estamos meramente instruyendo al estudiante en una materia. Cuando la materia se convierte en lo único importante, la sensibilidad se desvanece y entonces usted, de hecho, pierde contacto con el estudiante. Entonces el estudiante es meramente un receptáculo para la información. En consecuencia, su mente y la del estudiante se vuelven mecánicas.

Por lo general somos sensibles a nuestros propios problemas, a nuestros propios deseos y pensamientos, y muy pocas veces lo somos con respecto a los de los demás. Cuando estamos constantemente en contacto con los estudiantes, existe una tendencia a imponerles nuestras propias imágenes o, si el estudiante tiene sus propias imágenes fuertes, hay un conflicto entre estas imágenes. Se vuelve, pues, muy importante que el educador deje sus imágenes en casa y que se preocupe de las imágenes que los padres o la sociedad le han impuesto al estudiante, o de la imagen que el propio estudiante se ha creado.

Los problemas físicos y psicológicos desgastan nuestra energía. ¿Puede el educador estar físicamente seguro en estas escuelas y estar libre de problemas psicológicos? Es realmente importante comprender esto. Cuando no hay una sensación de seguridad física, la incertidumbre produce perturbación psicológica. Esto fomenta la insensibilidad de la mente, de manera que la pasión, que es tan necesaria en nuestra vida cotidiana, se esfuma y es sustituida por el entusiasmo. El entusiasmo es una cosa peligrosa porque nunca es constante. Se encabrita en una ola

y desaparece. Esto se confunde con la seriedad. Usted puede estar entusiasmado, ansioso y activo durante algún tiempo en relación a lo que está haciendo, pero eso lleva inherente la disipación. Una vez más, es esencial que comprendamos esto, porque la mayoría de las relaciones son propensas a este desgaste.

La pasión es totalmente distinta de la lujuria, del interés o el entusiasmo. El interés por algo puede ser muy profundo y se puede utilizar para sacar provecho o para conseguir poder, pero eso no es pasión. El interés puede ser estimulado por un objeto o por una idea. El interés es autocomplacencia. La pasión está libre del yo. El entusiasmo es siempre con respecto a algo. La pasión es su propia llama. El entusiasmo puede ser despertado por otro, por algo exterior. La pasión es la suma de la energía, la cual no resulta de ninguna clase de estímulo. La pasión está más allá del ego.

¿Tienen los maestros este sentimiento de pasión? Porque de él surge la creación. En la enseñanza de las asignaturas uno tiene que encontrar nuevos modos de transmitir información sin que ésta vuelva la mente mecánica. ¿Puede usted enseñar Historia, que es la historia de la humanidad, no como Historia de la India, de Inglaterra, de Estados Unidos, etc., sino como la historia del hombre, que es global? Entonces la mente del educador está siempre fresca, llena de curiosidad, descubriendo una forma totalmente distinta de abordar la docencia. En esto el educador está intensamente vivo y esta vitalidad va acompañada de pasión.

¿Puede implementarse esto en todas nuestras escuelas? Porque lo que nos importa es la creación de una sociedad diferente, el florecimiento de la bondad y la mente no mecánica. Ésta es la verdadera educación. ¿Asumirán ustedes, los educadores, esta responsabilidad? En dicha responsabilidad reside el florecimiento de la bondad, tanto en usted como en el estudiante. Nosotros somos responsables de toda la humanidad, la cual *es* usted y el estudiante. Usted debe empezar por ahí y abarcar toda

la Tierra. Puede ir muy lejos si empieza muy cerca. Y lo más próximo son usted y su alumno. Generalmente comenzamos con lo más lejano, con el principio máximo o el ideal supremo, y nos perdemos en algún sueño nebuloso del pensamiento imaginativo. Pero cuando usted comienza muy cerca, con lo más próximo, que es usted mismo, entonces el mundo entero está abierto, porque usted es el mundo y el mundo más allá de usted es solamente naturaleza. La naturaleza no es imaginaria, es real; y lo que le está ocurriendo a usted ahora es real. Usted debe partir de la actualidad, de lo que está aconteciendo ahora mismo. Y el ahora es intemporal.

20

El estatus

El egoísmo es el problema esencial de nuestra vida

Casi todos los seres humanos son egoístas. No son conscientes de su propio egoísmo; es su forma de vida. Y si uno se da cuenta de que es egoísta, lo encubre muy cuidadosamente y se adapta a la pauta de la sociedad, que es esencialmente egoísta. La mente egoísta es muy astuta. O bien es brutal y abiertamente egoísta, o bien adopta múltiples formas. Si usted es un político, el egoísmo persigue poder, estatus y popularidad; se identifica con una idea o una misión, y todo ello por el bien del pueblo. Si usted es un tirano, el egoísmo se expresa en la dominación brutal. Si tiene inclinaciones religiosas, ese egoísmo adopta la forma de la adoración, la devoción, la adhesión a determinada creencia o a cierto dogma. También se expresa en la familia; el padre persigue su propio egoísmo en todos los ámbitos de su vida y lo mismo hace la madre.

La fama, la prosperidad y el atractivo físico constituyen una base para este movimiento subrepticio del ego. Éste se encuentra en la estructura jerárquica del clero, por mucho que proclamen su amor a Dios, su adhesión a la imagen de la deidad particular que ellos mismos han creado. Los grandes magnates industriales y el pobre oficinista poseen esta sensualidad expansiva y atrofiante del yo.

Los monjes que renuncian a las costumbres mundanas pueden vagar por la faz de la Tierra o enclaustrarse en algún monasterio, pero no han abandonado este movimiento intermina-

ble del yo. Pueden cambiar de nombre, tomar distintos hábitos o hacer votos de castidad o de silencio, pero arden con algún ideal, alguna imagen o símbolo.

Lo mismo pasa con los científicos, con los filósofos y los profesores universitarios. El realizador de obras benéficas, los santos y los gurús, el hombre o la mujer que trabajan incansablemente por los pobres, todos intentan sumirse en sus ocupaciones, pero esa labor forma parte del ego: han transferido el egoísmo a sus obras. Eso comienza en la infancia y continúa hasta la vejez. La vanidad del saber, la humildad artificiosa del líder, la esposa sumisa y el marido dominador, todos padecen esta enfermedad. El ego se identifica con el Estado, con innumerables grupos, ideas y causas, pero sigue siendo lo que era en un principio.

Los seres humanos han probado diversas prácticas, métodos y meditaciones para liberarse de este centro que causa tanta desdicha y confusión pero que, como una sombra, nunca es apresado. Está siempre ahí y se nos escurre de entre los dedos y de la mente. A veces se fortalece o se debilita, según las circunstancias. Uno lo acorrala aquí y reaparece allá.

Uno se pregunta si el educador, que es responsable de que haya una nueva generación, comprende de forma no verbal lo dañino que es el yo, cómo corrompe y deforma, lo peligroso que es en nuestra vida. Puede que el educador o la educadora no sepan cómo desprenderse de él, puede que ni siquiera adviertan que está ahí, pero una vez hayan visto la naturaleza del movimiento del yo, ¿pueden comunicarle sus sutilezas al estudiante? ¿Acaso no es su responsabilidad hacerlo? La percepción directa del funcionamiento del yo es mucho más importante que la erudición académica. El ego puede emplear el conocimiento al servicio de su propia expansión, agresividad y crueldad innatas.

El egoísmo es el problema esencial de nuestra vida. El conformismo y la imitación forman parte del yo, al igual que la

competitividad y la actitud despiadada del talento. Si el educador en estas escuelas toma en serio esta cuestión, cosa que espero que haga, entonces, ¿cómo le ayudará al estudiante a no ser egoísta? Usted podría decir que ése es 'un don de los extraños dioses', o descartarlo por considerarlo imposible; pero si usted es serio, como hay que ser, y se responsabiliza plenamente del estudiante, ¿cómo procederá a liberar la mente de esta energía antiquísima y restrictiva del ego que ha causado tanto dolor?

¿No le explicaría usted al estudiante con sumo cuidado —es decir, con afecto— y en términos sencillos cuáles son las consecuencias cuando habla con enojo, cuando le pega a alguien o cuando piensa en su propia importancia? ¿No se le puede explicar que cuando insiste en que «esto es mío», o alardea de que «lo hice yo», o elude por temor una determinada acción, está construyendo, ladrillo a ladrillo, un muro a su alrededor? ¿No se le puede señalar que cuando sus deseos o sensaciones se imponen a su raciocinio la sombra del ego se alarga? ¿No es posible decirle que donde esté el yo, bajo el disfraz que sea, no hay amor?

Pero el estudiante podría preguntarle al educador: «¿Ha comprendido usted todo esto o sólo está jugando con las palabras?». Esa misma pregunta podría despertar su propia inteligencia y ésta le daría a usted el sentimiento y las palabras apropiadas para responder.

Como educador usted no tiene estatus; usted es, al igual que el estudiante, un ser humano con todos los problemas de la vida. En el momento en que habla desde el estatus, usted de hecho está destruyendo la relación humana. El estatus implica poder y cuando usted, consciente o inconscientemente, lo persigue, se introduce en un mundo de crueldad. Tiene usted una gran responsabilidad, amigo mío, y si asume esta responsabilidad total, que es amor, entonces las raíces del yo habrán desaparecido. Esto no se dice para incentivarle o hacerle sentir que debe hacerlo,

sino que, como todos somos seres humanos y representamos a toda la humanidad, somos total e íntegramente responsables, querámoslo o no. Usted puede tratar de eludirlo, pero ese mismo movimiento es la acción del ego. La claridad de percepción es lo que libera del yo.

21

La sensibilidad

La inteligencia del cuerpo protegerá su propio bienestar

El florecimiento de la bondad es la liberación de nuestra energía total. No es el control o la represión de la energía, sino más bien la liberación total de esa inmensa energía. El pensamiento y la fragmentación de nuestros sentidos la limitan y reducen. El propio pensamiento es esta energía manipulándose a sí misma introduciéndose en un estrecho cauce, convirtiéndose en el centro del ego. El florecer de la bondad sólo puede darse cuando la energía es libre. El pensamiento, por propia naturaleza, ha limitado esa energía y así se efectúa la fragmentación de los sentidos. En consecuencia, tenemos los sentidos, las sensaciones, los deseos y las imágenes que el pensamiento crea a partir del deseo. Todo esto es una fragmentación de la energía. ¿Puede este movimiento limitado ser consciente de sí mismo? O sea, ¿pueden los sentidos ser conscientes de sí mismos? ¿Puede el deseo verse surgir de los sentidos, de la sensación de la imagen creada por el pensamiento? ¿Y puede éste darse cuenta de sí mismo, de su movimiento? Todo lo cual implica si el cuerpo físico puede tener consciencia de sí mismo en su totalidad.

Nosotros vivimos de nuestros sentidos. Uno de ellos es habitualmente el que domina y el oído, la vista y el gusto parecen ser independientes el uno del otro, pero ¿es esto un hecho? ¿O es que le hemos dado, o mejor dicho, que el pensamiento le ha dado mayor importancia a uno de ellos? Uno puede escuchar

una música sublime, deleitarse en ella y, no obstante, ser insensible a otras cosas. Uno puede tener un paladar sensible y ser completamente insensible a la exquisitez del color. Esto es fragmentación. Cuando cada fragmento sólo es consciente de sí mismo, entonces la fragmentación se mantiene. De este modo la energía se divide. De ser esto así, como parece serlo, ¿existe una percepción no fragmentaria de todos los sentidos?

El pensamiento forma parte de los sentidos. ¿Puede el cuerpo ser consciente de sí mismo? O sea, no que usted sea consciente de su cuerpo, sino que el cuerpo mismo sea consciente. Es muy importante descubrirlo. Esto no puede ser enseñado por otro, porque entonces es una información de segunda mano que el pensamiento le está imponiendo. Usted debe descubrir por cuenta propia si la totalidad del organismo, de la entidad física, puede ser autoconsciente. Uno puede tener consciencia del movimiento de un brazo, de una pierna o de la cabeza, y mediante ese movimiento sentir que se da cuenta de la totalidad, pero lo que nosotros estamos preguntando es si el cuerpo puede ser autoconsciente sin movimiento alguno. Es esencial que se descubra esto, porque el pensamiento le ha impuesto su norma al cuerpo: lo que cree que es el ejercicio apropiado, la alimentación adecuada, etc. O sea, que el pensamiento ejerce su dominio sobre el organismo y consciente e inconscientemente hay una lucha entre ambos. De este modo el pensamiento está destruyendo la inteligencia natural del propio cuerpo.

¿Tiene el cuerpo, el organismo físico, su inteligencia propia? La tiene cuando todos los sentidos cooperan en armonía, de tal manera que no hay tensión alguna, ningún apremio emocional o sensorial del deseo. Cuando uno tiene hambre, come, pero normalmente el gusto, formado por el hábito, determina lo que uno come. De esa forma se produce fragmentación. Sólo se puede obtener un cuerpo sano mediante la armonía entre todos los sentidos, lo cual es la inteligencia del propio cuerpo. Lo que nos preguntamos es si la desarmonía no produce desgaste de energía.

¿Puede despertarse la inteligencia propia del organismo, que ha sido suprimida o destruida por el pensamiento?

La memoria causa estragos en el cuerpo. El recuerdo del placer de ayer convierte al pensamiento en amo del cuerpo. El cuerpo entonces se vuelve esclavo del amo y se suprime la inteligencia. De modo que hay conflicto. Esta lucha puede manifestarse en forma de pereza, fatiga, indiferencia o respuestas neuróticas. Cuando el cuerpo posea su propia inteligencia libre del pensamiento, aunque éste forme parte de aquélla, dicha inteligencia salvaguardará su propio bienestar.

El placer, en sus aspectos más vulgares o más educados, domina nuestra vida; y el placer es esencialmente un recuerdo, lo que ha sido o lo que se anticipa. El placer nunca es en el instante presente. Cuando se niega, reprime o bloquea el placer, esa frustración produce actos neuróticos, tales como la violencia y el odio. Entonces el placer busca otras formas y vías de salida y surgen la satisfacción y la insatisfacción. Darse cuenta de todas estas actividades físicas y psicológicas exige una observación de todo el movimiento de la propia vida.

Cuando el cuerpo es autoconsciente, entonces podemos formular otra pregunta, tal vez más difícil: «¿Puede el pensamiento, que ha constituido toda esta conciencia, darse cuenta de sí mismo?» La mayor parte del tiempo el pensamiento domina al cuerpo y así el cuerpo pierde su vitalidad, su inteligencia, su propia energía intrínseca y, como consecuencia, experimenta reacciones neuróticas. ¿Es la inteligencia del cuerpo distinta de la inteligencia total, la cual sólo puede emerger cuando el pensamiento, consciente de su propia limitación, encuentra el lugar que le corresponde?

Como dijimos al comienzo de esta carta, el florecimiento de la bondad sólo puede darse cuando se libera la energía total. En esta liberación no hay fricción alguna. Dicho florecimiento sólo acontece en esta inteligencia suprema e indivisa. Dicha inteligencia no es hija de la razón. La totalidad de esta inteligencia es compasión.

La humanidad ha tratado de liberar esta inmensa energía por medio de distintas formas de control, a través de agotadoras disciplinas, mediante el ayuno, las abnegaciones ofrecidas en sacrificio a algún principio o deidad supremos, o canalizando esta energía a través de diversos estados. Todo esto supone la manipulación del pensamiento en la dirección de un fin apetecido. Pero lo que nosotros estamos diciendo es completamente contrario a todo eso. ¿Se le puede transmitir todo esto al estudiante? Es su responsabilidad hacerlo.

22

El egocentrismo

El pensamiento es la raíz de todo nuestro dolor y de toda nuestra vileza

El propósito fundamental de estas escuelas es dar origen a una nueva generación de seres humanos que estén libres de la acción egocéntrica. No hay otros centros educativos que se planteen esto. Es nuestra responsabilidad como educadores crear una mente que no tenga conflicto en su interior y acabar con la lucha y el conflicto en el mundo que nos rodea.

¿Puede la mente, que es una estructura y movimiento complejos, liberarse de la red que ella misma ha tejido? Todo ser humano inteligente se pregunta si es posible ponerle fin al conflicto entre los hombres. Algunos han investigado esto intelectualmente muy a fondo; otros, viendo lo desesperado de la situación, se vuelven unos amargados o cínicos, o esperan que algún agente externo los redima de su propio caos y miseria. Cuando nos preguntamos si la mente puede liberarse de la prisión que ha creado, no se trata de una pregunta intelectual o retórica. Se plantea con toda seriedad; es un desafío al que usted tiene que responder, no según su conveniencia o comodidad, sino de acuerdo con la profundidad del reto. Dicha respuesta no se puede postergar.

El reto no consiste en preguntarse si la mente es capaz de liberarse a sí misma, si eso es posible o no. El reto, si realmente vale la pena, es inmediato e intenso. Para responder a él uno debe tener esa cualidad, ese sentimiento de intensidad e inmediatez. Cuando existe este enfoque intenso, entonces la pregunta tiene implicaciones inmensas. El reto le está exigiendo a usted el máximo de excelencia, no sólo en lo que respecta al intelecto sino a cada una de las facultades de su ser. Este reto no se encuentra

fuera de usted. Por favor, no lo exteriorice, lo que equivale a convertirlo en un concepto. Usted se está exigiendo a sí mismo la totalidad de su energía. Esa misma exigencia elimina todo control, toda contradicción y cualquier oposición interna. Implica una integridad total, una completa armonía. Ésta es la esencia de no ser egoísta.

La mente con sus respuestas emocionales, con todas las cosas que el pensamiento ha producido, es nuestra conciencia. Esta conciencia, con su contenido, es la conciencia de todo ser humano. Está modificada, no es del todo similar; se diferencia en sus matices y sutilezas, pero básicamente las raíces de su existencia son comunes a todos nosotros. Los científicos y los psicólogos están examinando esta conciencia y los gurús juegan con ella para sus propios fines. Los que son serios examinan la conciencia de manera conceptual, como un fenómeno de laboratorio; examinan las respuestas del cerebro, las ondas alfa, etc., como algo ajeno a ellos.

Pero nosotros no estamos interesados en las teorías, en los conceptos y las ideas sobre la conciencia; lo que nos importa es su actividad en nuestra vida diaria. En la comprensión de estas actividades, de las respuestas cotidianas, de los conflictos, tendremos una percepción directa de la estructura y naturaleza de nuestra propia conciencia. Como ya hemos señalado, la realidad básica de esta conciencia es común a todos nosotros. No es su conciencia particular o la mía. La hemos heredado y la estamos modificando, haciendo cambios aquí y allá, pero su movimiento básico es común a toda la humanidad.

Esta conciencia es nuestra mente con todo su entramado de pensamiento, emociones, respuestas sensoriales, conocimiento acumulado, sufrimiento, dolor, ansiedad y violencia. Nuestra conciencia es todo eso. El cerebro es antiquísimo y ha sido condicionado por siglos de evolución, por toda clase de experiencias, aumentadas por las más recientes acumulaciones de conocimientos. Todo esto es la conciencia actuando en cada instante de nues-

tra vida; es la relación entre los seres humanos, con todos los placeres, las penas, la confusión de los sentimientos contradictorios y la satisfacción del deseo con su dolor. Ésta es la dinámica de nuestra vida. Nos estamos preguntando, y esto hay que afrontarlo como un desafío, si este antiguo movimiento puede acabarse de una vez. Porque se ha vuelto una actividad mecánica, un estilo tradicional de vida. En el final hay un comienzo y sólo entonces no hay principio ni fin.

La conciencia parece ser un asunto muy complejo, pero en realidad es muy simple. El pensamiento ha elaborado todo el contenido de nuestra conciencia: su seguridad, su incertidumbre, sus esperanzas y temores, la depresión y la exaltación, los ideales y las ilusiones. Una vez que se comprende que el pensamiento es el responsable de todo el contenido de nuestra conciencia, entonces surge la pregunta inevitable de si se puede detener el pensamiento. Se han hecho muchos intentos, religiosos y mecánicos, para terminar con el pensamiento. La exigencia misma de terminar con el pensamiento forma parte del movimiento del pensar. La misma búsqueda de una superconsciencia sigue estando dentro de la medida del pensamiento. Los dioses, los rituales, todas las ilusiones emocionales de las iglesias, los templos y las mezquitas, con su maravillosa arquitectura, siguen formando parte del movimiento del pensar. El pensamiento es el que pone a Dios en el cielo.

El pensamiento no ha creado la naturaleza. Ésta es real. La silla también es real y está hecha por el pensamiento; todas las cosas que la tecnología ha producido son reales. Las ilusiones esquivan la actualidad, lo que está ocurriendo ahora, pero se vuelven reales porque vivimos de ellas. El perro no es una creación del pensamiento, pero lo que queremos que el perro sea pertenece al movimiento del pensar. El pensamiento es medida. El pensamiento es tiempo. Todo esto es nuestra conciencia. La mente, el cerebro y los sentidos forman parte de ella. Nosotros nos preguntamos si este movimiento puede terminar.

El pensamiento es la raíz de todo nuestro dolor, de toda nuestra vileza. Lo que estamos pidiendo es el fin de todas estas cosas que el pensamiento ha producido; no el fin del pensamiento como tal, sino el fin de nuestra ansiedad, el fin de la angustia, del dolor, del poder, de la violencia. Con el fin de todo esto, el pensamiento encuentra su lugar legítimo y limitado en el ámbito del conocimiento y la memoria cotidianos con los que uno debe contar. Cuando los contenidos de la conciencia, que han sido elaborados por el pensamiento, ya no están activos, entonces existe un vasto espacio y en consecuencia se libera la inmensa energía que estaba restringida por la conciencia. El amor se encuentra más allá de esta conciencia.

23

El arte de vivir

La relación es el arte de vivir

Interlocutor: Si me permite que le haga una pregunta con toda seriedad: «¿Cuál considera usted que es una de las cosas más importantes de la vida?» He reflexionado considerablemente sobre este tema y hay tantas cosas en la vida que parecen ser igualmente importantes.

Krishnamurti: Tal vez sea el arte de vivir. Estamos usando la palabra *arte* en su sentido más amplio. Como la vida es tan compleja, siempre resulta difícil y confuso tomar un aspecto y decir que ése es el más importante. La misma elección o diferenciación, si me permite señalarlo, conduce a una confusión mayor. Si usted dice que esto es lo más importante, entonces relega los otros aspectos de la vida a una posición secundaria. O bien tomamos todo el movimiento de la vida en su conjunto, lo cual es sumamente difícil para la mayoría de las personas, o bien tomamos un aspecto fundamental en el que se puedan incluir todos los demás. Si está usted de acuerdo con esto, entonces podemos proseguir nuestro diálogo.

Interlocutor: ¿Quiere usted decir que un aspecto acaso abarque todo el ámbito de la vida? ¿Es eso posible?

Krishnamurti: Es posible. Examinémoslo muy despacio y cautelosamente. En primer lugar, ambos debemos investigar

y no llegar inmediatamente a alguna conclusión, la cual, en términos generales, suele ser bastante superficial. Estamos explorando juntos una faceta de la vida, y en esa comprensión podemos abarcar todo el ámbito de la existencia. Para investigar debemos estar libres de nuestros prejuicios, de nuestras experiencias personales y conclusiones predeterminadas. Como buenos científicos debemos poseer una mente despejada de todo conocimiento que ya hayamos acumulado. Tenemos que abordarlo como por primera vez, sin ninguna reacción hacia lo que está siendo observado. Éste es uno de los requisitos de esta investigación, que no consiste en la exploración de una idea o de una serie de conceptos filosóficos, sino de nuestras propias mentes. Esto es absolutamente necesario, de lo contrario nuestra investigación estará teñida de nuestros temores, esperanzas y placeres.

Interlocutor: ¿No pide usted demasiado? ¿Es posible tener una mente así?

Krishnamurti: El propio ímpetu e intensidad de investigar liberan la mente de su coloración. Como dijimos, una de las cosas más importantes es el arte de vivir. ¿Existe un modo de vivir nuestra vida cotidiana que sea por completo diferente de lo que normalmente es? Todos sabemos lo que es la normalidad. ¿Hay una manera de vivir sin control alguno, sin ningún conflicto, sin conformismo disciplinario? ¿Cómo lo descubro? Sólo puedo descubrirlo cuando toda mi mente encara exactamente lo que ocurre *ahora*. Esto significa que solamente puedo descubrir lo que implica vivir sin conflicto cuando lo que ocurre ahora puede ser observado. Esta observación no es una cuestión intelectual o emocional, sino la percepción afinada, aguda y clara en la que no hay dualidad. Sólo existe el hecho actual y nada más.

Interlocutor: ¿Qué entiende usted por dualidad en este caso?

Krishnamurti: Que no hay oposición ni contradicción en lo que está pasando. La dualidad surge solamente cuando hay una evasión de *lo que es*. Esta evasión crea el opuesto y así aparece el conflicto. Sólo existe lo actual y nada más.

Interlocutor: ¿Está usted diciendo que cuando se percibe algo que está sucediendo ahora, la mente no debe intervenir con asociaciones y reacciones?

Krishnamurti: Sí; eso es lo que queremos decir. Las asociaciones y reacciones ante lo que sucede son el condicionamiento de la mente. Este condicionamiento impide la observación de lo que está ocurriendo ahora. Lo que está ocurriendo ahora no contiene tiempo. El tiempo es la evolución de nuestro condicionamiento; es la herencia del hombre, la carga que no tiene principio. Cuando existe esta apasionada observación de lo que está ocurriendo, lo que es observado se disuelve en la nada. La observación de la ira que se manifiesta ahora revela toda la estructura y naturaleza de la violencia. Esta percepción instantánea es el fin de toda violencia. No es sustituida por ninguna otra cosa; y en ello radica nuestra dificultad, porque todo nuestro empeño y deseo consiste en encontrar un final definitivo. En ese final hay un sentimiento ilusorio de seguridad.

Interlocutor: Para muchos de nosotros hay una dificultad en la observación de la ira porque las emociones y reacciones parecen formar parte inextricable de esa ira. Uno no siente ira sin asociaciones o contenido.

Krishnamurti: La ira tiene tras de sí muchas historias. No es un simple suceso aislado. Tiene, como usted ha indicado, cantidad de asociaciones. Dichas asociaciones, con sus emociones, impiden la observación directa. En el caso de la ira, el conteni-

do es la ira y la ira es el contenido; no son dos cosas distintas. El contenido es el condicionamiento. En la apasionada observación de lo que realmente está sucediendo, o sea de las actividades del condicionamiento, la naturaleza y estructura de éste se disuelven.

Interlocutor: ¿Está usted diciendo que cuando está sucediendo algún acontecimiento, hay un flujo inmediato y veloz de asociaciones en la mente y que si uno lo percibe en el preciso instante en que se inicia esa observación lo detiene de inmediato y el flujo desaparece? ¿Es esto lo que usted quiere decir?

Krishnamurti: Sí. Es realmente simple, tan simple que su sencillez y, por consiguiente, su sutileza se nos escapan. Lo que estamos diciendo es que ya esté usted paseando, hablando, 'meditando' o lo que sea que esté sucediendo, lo que hay que observar es el acontecimiento real. Cuando la mente divaga, la propia observación de eso le pone fin al parloteo. De manera que no hay distracción en ningún momento.

Interlocutor: Parece como si estuviera usted afirmando que esencialmente el contenido del pensamiento no significa nada en el arte de vivir.

Krishnamurti: Sí. Los recuerdos no tienen cabida en el arte de vivir. La relación es el arte de vivir. Si hay recuerdos en la relación, eso no es relación. La relación es entre seres humanos, no entre sus memorias. Éstas son las que dividen y por eso hay contienda, la oposición entre usted y yo. Por tanto el pensamiento, que es recuerdo, no tiene cabida alguna en la relación. Éste es el arte de vivir.

La relación es con todas las cosas: con la naturaleza, los pájaros, las rocas, con todo lo que se encuentra a nuestro alrededor; y por encima de nosotros, con las nubes, las estrellas y el

cielo azul. Toda existencia es relación. Sin relación no se puede vivir. Porque hemos corrompido la relación, vivimos en una sociedad que está degenerando. El arte de vivir sólo se puede dar cuando el pensamiento no contamina el amor. ¿Puede el maestro en estas escuelas estar totalmente comprometido con este arte?

24

Las palabras

La palabra impide la percepción directa

El arte más grande es el arte de vivir, más grande que todas las cosas que los seres humanos han creado con la mente o con la mano, más grande que todas las Escrituras y sus dioses. Sólo a través de este arte de vivir puede nacer una nueva cultura. La responsabilidad de todo maestro, especialmente en estas escuelas, es llevar esto a cabo. Este arte de vivir puede surgir únicamente de la libertad total.

Esta libertad no es un ideal, algo que vaya a suceder finalmente. En la libertad, el primer paso es el último. El paso que cuenta es el primero, no el último. Lo que usted hace ahora es mucho más esencial que lo que hará en alguna fecha futura. La vida es lo que está ocurriendo en este instante, no en un instante imaginario, no es algo que el pensamiento haya concebido. Por tanto, el primer paso que usted da ahora es el importante. Si ese paso es en la dirección correcta, entonces la vida entera está abierta para usted. La dirección correcta no es en pos de un ideal, de un propósito determinado. Esa dirección es inseparable de lo que está ocurriendo ahora. Ésta no es una filosofía, una serie de teorías. Es exactamente lo que la palabra *filosofía* significa: el amor de la verdad, el amor de la vida. No es algo que uno aprenda asistiendo a la universidad. Estamos aprendiendo acerca del arte de vivir en nuestra vida cotidiana.

Nosotros vivimos de palabras y éstas se convierten en nuestra prisión. Las palabras son necesarias para comunicarse, pero

la palabra jamás es la cosa. Lo real no es la palabra, pero la palabra adquiere suma importancia cuando ha remplazado a *lo que es*. Uno puede observar este fenómeno cuando la descripción, el símbolo que adoramos, la sombra que perseguimos, la ilusión a la que nos aferramos, se ha convertido en la realidad en vez de la cosa en sí. Las palabras condicionan nuestras reacciones. El lenguaje se convierte en la fuerza determinante y nuestras mentes son configuradas y controladas por la palabra. Las palabras *nación, Estado, Dios, familia,* etcétera, nos envuelven con todas sus asociaciones y de ese modo nuestras mentes se vuelven esclavas de la presión que ejercen las palabras.

Interlocutor: ¿Cómo puede evitarse eso?

Krishnamurti: La palabra nunca es la cosa. La palabra *esposa* nunca es la persona; la palabra *puerta* nunca es la puerta. La palabra impide la percepción de la cosa o de la persona porque la palabra contiene múltiples asociaciones. Estas asociaciones, que en realidad son recuerdos, distorsionan no sólo la observación visual sino la psicológica. Entonces las palabras se vuelven una barrera para el libre fluir de la observación. Tome las palabras *Primer Ministro* y *oficinista*. Describen funciones, pero las palabras *Primer Ministro* tienen una tremenda connotación de poder, estatus e importancia, mientras que la palabra *oficinista* tiene asociaciones de insignificancia, bajo estatus y falta de poder. De manera que la palabra le impide a usted considerarlos a ambos como seres humanos. En la mayoría de nosotros existe un esnobismo profundamente arraigado. Ver lo que las palabras le han hecho a nuestro pensar y darse cuenta de ello sin elección es aprender el arte de la observación; o sea, observar sin asociaciones.

Interlocutor: Comprendo lo que dice, pero la rapidez de la asociación es tan instantánea que la reacción tiene lugar antes de que uno lo advierta. ¿Es posible impedir esto?

Krishnamurti: ¿No es ésa una pregunta equivocada? ¿Quién va a impedirlo? ¿Otro símbolo, otra palabra, otra idea? Si así es, entonces uno no ha visto todo lo que la esclavitud de la mente a la palabra, al lenguaje, significa. Mire, nosotros empleamos las palabras emocionalmente; aparte del uso de términos tecnológicos como los números o las medidas, que son exactos, nuestra forma de pensar es emocional. En la relación y actividad humanas, las emociones juegan un papel importante. El deseo, sostenido por el pensamiento que crea la imagen, es muy fuerte. La imagen es la palabra, es la representación, y ésta obedece a nuestro placer o deseo. De modo que nuestra forma de vida está determinada en su totalidad por la palabra y sus asociaciones. Ver la amplitud de este proceso en su totalidad es percibir la verdad del modo en que el pensamiento impide la percepción.

Interlocutor: ¿Está usted diciendo que no hay pensamiento sin palabras?

Krishnamurti: Sí, más o menos. Por favor, tenga presente que estamos hablando del arte de vivir, que estamos aprendiendo sobre él y no memorizando las palabras. Estamos aprendiendo; yo no estoy enseñando y usted no está convirtiéndose en un discípulo tonto. Pregunta usted si hay pensamiento sin palabras. Ésta es una pregunta muy importante. Todo nuestro pensar se basa en la memoria y la memoria se basa en las palabras, en las imágenes, los símbolos y las representaciones. Todo esto son palabras.

Interlocutor: Pero lo que uno recuerda no es una palabra, es una experiencia, un suceso emocional, la imagen de una persona o de un lugar. La palabra es una asociación secundaria.

Krishnamurti: Estamos usando las palabras para describir todo esto. Después de todo, la palabra es un símbolo para indi-

car lo que ha sucedido o está sucediendo, para comunicar o evocar algo. ¿Hay pensamiento sin todo este proceso? Sí lo hay, pero no se le debería llamar pensamiento. Pensar implica una continuación de la memoria, pero la percepción no es la actividad del pensamiento; en realidad es una captación directa de la verdad de la naturaleza y movimiento de la palabra, del símbolo, de la imagen y de sus enredos emocionales. Ver esto en su totalidad es asignarle a la palabra el lugar que le corresponde.

Interlocutor: Pero ¿qué significa ver la totalidad? Usted dice esto a menudo. ¿Qué quiere decir con ello?

Krishnamurti: El pensamiento es divisivo porque en sí mismo es limitado. Observar totalmente significa la no intervención del pensamiento, observar sin que el pasado en forma de conocimiento bloquee la observación. Entonces el observador no existe, porque el observador es el pasado, es la naturaleza misma del pensamiento.

Interlocutor: ¿Usted nos pide que detengamos el pensamiento?

Krishnamurti: Si puedo señalarlo nuevamente, ésa es una pregunta equivocada. Si el pensamiento se da a sí mismo la orden de dejar de pensar, eso crea dualidad y conflicto. Éste es, precisamente, el proceso divisorio del pensamiento. Si usted realmente capta la verdad de esto, entonces el pensamiento queda naturalmente suspendido. Entonces el pensamiento ocupa su propio ámbito limitado y no impone su dominio sobre toda la extensión de la vida, cosa que hace en la actualidad.

Interlocutor: Señor, veo que se requiere una atención extraordinaria. ¿Puedo realmente tener esa atención, soy lo bastante serio como para dedicarle a esto toda mi energía?

Krishnamurti: ¿Se puede acaso dividir la energía? La energía se gasta en ganarse la vida, en mantener una familia y en ser lo bastante serio como para captar lo que se está diciendo. Todo eso es energía, pero el pensamiento la divide, de manera que empleamos mucha energía en vivir y muy poca en lo otro. El arte de vivir es el arte en el que no existe división alguna. Es la totalidad de la vida.

25

El intelecto

Aprenda leyendo el libro que cuenta su propia historia

¿Por qué se nos educa? Tal vez nunca se haya formulado usted esta pregunta, pero si lo hace, ¿cuál es su respuesta? Se ofrecen muchas razones, argumentos razonables, totalmente lógicos y de sentido común en apoyo de la necesidad de educarnos. La respuesta habitual es que se nos educa para conseguir un empleo, para tener una carrera exitosa o para que adquiramos habilidad manual o mental. Se enfatiza enormemente la capacidad que tiene la mente para conseguir una carrera buena y provechosa. Si usted no es intelectualmente brillante, entonces lo importante es su destreza manual. Se dice que la educación es necesaria para mantener a la sociedad en su actual estado, para adaptarse a un patrón impuesto por lo que llaman la élite social, ya sea ésta tradicional o ultramoderna. La mente educada tiene una gran capacidad para colegir información sobre casi cualquier materia: el arte, la ciencia, etc. Esa mente informada es escolástica, profesional, filosófica. Dicha erudición es muy elogiada y respetada. Si usted es estudioso, listo y rápido en su aprendizaje, esta educación le asegurará un futuro brillante, dependiendo esa brillantez de su nivel social y de las circunstancias. Si en el contexto de esta educación resulta que usted no es demasiado brillante, entonces se convierte en jornalero, en operario industrial o tiene que procurarse un lugar en los bajos fondos de esta sociedad sumamente compleja. Así es como generalmente funciona nuestra educación.

¿Qué es la educación? Es esencialmente el arte de aprender, no sólo de los libros sino de todo el movimiento de la vida. La palabra impresa ha adquirido una importancia extrema e insidiosa. Uno aprende lo que otras personas piensan, sus opiniones, valores, juicios y cierta gama de sus innumerables experiencias. La biblioteca es más importante que su dueño. Éste es la biblioteca y supone que está aprendiendo mediante la lectura constante. Se considera que esta acumulación de datos, como en una computadora, hace que la mente sea educada, sofisticada. Luego están aquellos que no leen en absoluto, que muestran un gran desprecio hacia los lectores y que están absortos en sus propias experiencias egocéntricas y tercas opiniones.

Reconociendo todo esto, ¿cuál es la función de una mente holística? Por mente entendemos todas las respuestas de los sentidos, las emociones —que son totalmente distintas del amor— y la capacidad intelectual. En la actualidad le concedemos una importancia fantástica al intelecto. Entendemos por intelecto la capacidad de razonar lógicamente, con sensatez o sin ella, de forma objetiva o personal. El intelecto es el que, con su movimiento del pensar, produce la fragmentación de nuestra condición humana. El intelecto es el que ha dividido el mundo en términos lingüísticos, nacionales y religiosos, el que ha separado al hombre del hombre. El intelecto es el factor central de la degeneración de la humanidad en todo el mundo, porque el intelecto es sólo una parte de la condición y capacidad humanas. Cuando la parte es exaltada, encomiada y condecorada, cuando asume una importancia extrema, entonces nuestra vida, que es relación, acción y conducta, se vuelve contradictoria, hipócrita, y aparecen la ansiedad y la culpa. El intelecto tiene su función, como en la ciencia, pero el hombre no sólo ha utilizado el conocimiento científico en beneficio propio, sino para producir armamentos bélicos y contaminar la Tierra. El intelecto puede percibir aquellas de sus actividades que causan degeneración, pero es completamente incapaz de

ponerle fin a su propia decadencia porque esencialmente sólo es una parte.

Como dijimos, la educación es la esencia del aprender. Educación es aprender acerca de la naturaleza del intelecto, de su preponderancia, sus actividades, sus tremendas capacidades y poder destructivo. Es aprender la naturaleza del pensamiento, que es la propia operación del intelecto; aprender no de un libro, sino del mundo circundante; aprender lo que realmente está ocurriendo sin teorías, prejuicios o valores. Aprender de los libros es importante, pero mucho más importante es aprender del libro que le cuenta su propia historia, la suya, porque usted es la humanidad entera. Leer ese libro es el arte de aprender. Está todo ahí: las instituciones, las presiones que ejercen, las doctrinas e imposiciones religiosas, su crueldad y sus credos. La estructura de todas las sociedades es la relación entre los seres humanos con su codicia, sus ambiciones, su violencia, sus placeres y sus ansiedades. Todo eso está ahí si usted sabe mirar.

El libro no está ni ahí afuera ni oculto dentro de usted; está a su alrededor; usted forma parte de ese libro. El libro le cuenta la historia del ser humano y tiene que leerlo en sus relaciones, reacciones, conceptos y valores. El libro es el mismísimo centro de su ser y el aprendizaje consiste en leer ese libro con exquisito cuidado. El libro le cuenta la historia del pasado, cómo el pasado conforma su mente, su corazón y sus sentidos. El pasado condiciona el presente, modificándose conforme al reto del momento. Y en ese movimiento interminable del tiempo están atrapados los seres humanos. Éste es el condicionamiento del hombre.

Este condicionamiento ha sido la carga eterna del hombre, la suya y la de su hermano. Los filósofos, los teólogos y los santos han aceptado este condicionamiento, han permitido que se acepte, que se aguante de la forma más llevadera; o han ofrecido evasiones por medio de fantasías de experiencias místicas, de dioses y cielos. La educación es el arte de aprender acerca de este

condicionamiento y la vía de salida, la manera de liberarse de esta carga. Hay una salida que no es una evasión, que no acepta el estado actual de las cosas. No consiste en eludir el condicionamiento ni en reprimirlo, sino que es la disolución del condicionamiento.

Cuando usted lee esto, o cuando lo oye, dese cuenta de si está escuchando o leyendo con la capacidad verbal del intelecto o con el cuidado de la atención. Cuando hay atención total, no hay pasado, sino sólo la pura observación de lo que realmente está ocurriendo.

26

La violencia

La comparación es uno de los múltiples aspectos de la violencia

Uno es propenso, como educador, a olvidar o descuidar la responsabilidad que tiene de dar origen a una nueva generación de seres humanos que, psicológica e internamente, estén libres de aflicciones, ansiedades y tormentos. Es una responsabilidad sagrada de la que uno no puede desentenderse fácilmente en favor de las ambiciones, el estatus o el poder personales. Si siente la grandeza, profundidad y belleza de semejante responsabilidad, el educador encontrará la capacidad para instruir y para alimentar su propia energía.

Esto exige una gran diligencia, no un esfuerzo ocasional y fortuito. La responsabilidad profunda prenderá el fuego que sustentará al educador como ser humano íntegro y gran maestro. Como el mundo está degenerando rápidamente, tiene que haber en todas estas escuelas un grupo de profesores y estudiantes que estén dedicados a producir una transformación radical de los seres humanos mediante una verdadera educación. La palabra *verdadera* no es una cuestión de opinión, de evaluación o de cierto concepto inventado por el intelecto. La palabra *verdadera* denota una acción total carente de toda motivación egoísta. La propia responsabilidad imperante, el compromiso no sólo del maestro sino también del estudiante, elimina los problemas que se generan perpetuamente a sí mismos. Por muy inmadura que la mente sea, una vez que usted acepta dicha responsabilidad, la aceptación misma ocasiona el florecimiento de la mente. Este florecimiento se da en la relación entre el estudiante y el educador. No es una cuestión unilateral.

Cuando usted lea esto, préstele toda su atención, por favor,

y sienta la urgencia y la intensidad de esta responsabilidad. Haga el favor de no convertirlo en una abstracción, en una idea; al contrario, en dicha lectura observe la realidad, lo que realmente está pasando.

Casi todos los seres humanos desean poder y riqueza en sus vidas. Cuando hay riqueza, existe cierta sensación de libertad y se cultiva el placer. El deseo de poder parece ser un instinto que se expresa de muchos modos. Está en el gurú, en el sacerdote, en la esposa, en el marido o en el comportamiento de un alumno en su relación con otro. Este deseo de dominar o de someterse es un aspecto de la condición humana que probablemente haya sido heredado del animal. Dicha agresividad y su aceptación pervierten todas las relaciones a lo largo de la vida. Ésta ha sido la pauta desde el principio de los tiempos. La humanidad la ha aceptado como una forma natural de vida, con todos los conflictos y desdichas que acarrea.

Básicamente, esto comporta medida, que en esencia es comparación: el más y el menos, lo mayor y lo menor. Uno siempre está comparándose con otra persona, comparando un cuadro con otro; hay comparación entre la gran potencia y la más pequeña, entre el tímido y el agresivo. Esta evaluación constante de poder, posición social y riqueza comienza casi al nacer y continúa a lo largo de toda la vida. Esto se fomenta en los colegios, institutos y universidades. Todo su sistema de calificación consiste en la valoración comparativa del saber. Cuando se compara a A con B, que es listo, brillante, enérgico, esa comparación destruye a A. Esta destrucción se manifiesta en la competitividad, la imitación y la adopción de los patrones establecidos por B. Esto engendra, consciente o inconscientemente, antagonismo, celos, ansiedad e incluso miedo, y acaba convirtiéndose en la condición en la que A vive por el resto de su vida, siempre midiendo, siempre comparando psicológica y físicamente.

Esta comparación es uno de los múltiples aspectos de la violencia. La palabra 'más' es siempre comparativa, al igual que la

palabra 'mejor'. La pregunta es: «¿puede el educador descartar toda comparación, toda medida en su labor docente? ¿Puede aceptar al estudiante tal cual es, no como debería ser, y no emitir juicios basados en valoraciones comparativas? ¿Es uno idiota debido a la comparación o porque es incapaz de realizar ciertas actividades?» La cualidad de la torpeza sólo existe cuando hay comparación entre aquel al que se considera listo y el otro al que se tacha de torpe.

Establecemos determinados criterios que se basan en la medida y consideramos deficientes a los que no están a su altura. Cuando el educador descarta la comparación y la medida, entonces se interesa por el estudiante tal cual es y su relación con él es directa y por completo diferente. Es realmente muy importante que se comprenda esto. El amor no es comparativo, carece de medida.

La comparación y la medida son recursos del intelecto. Esto es divisorio. Cuando se comprenden las bases de esto, no en su significado verbal sino en su verdadero sentido, la relación entre el maestro y el estudiante experimenta un cambio radical. Los exámenes, que van acompañados de ansiedad y temor, los cuales afectan profundamente el porvenir del estudiante, son las pruebas más extremas de la valoración. Todo el ambiente de una escuela experimenta un cambio cuando no existe ni asomo de competitividad o comparación.

27
Los valores
Viva con claridad, la cual no es un valor

Una de las peculiaridades de los seres humanos es la de cultivar valores. Desde la infancia se nos alienta para que adoptemos ciertos valores de hondo arraigo. Cada persona tiene sus propios designios y propósitos de larga duración y, como es natural, los valores de uno difieren de los del otro. Dichos valores se cultivan mediante el deseo o el intelecto. Pueden ser ilusorios, cómodos, consoladores o fácticos; son nobles o innobles según los propios prejuicios e intenciones. Obviamente estos valores fomentan la división entre los seres humanos.

Sin enumerar diversos tipos de valores, podemos preguntar por qué los seres humanos tienen valores y cuáles son sus consecuencias. La raíz etimológica de la palabra *valor* es fuerza. La fuerza no es un valor. Se convierte en un valor cuando es lo contrario de la debilidad. La fuerza, no la del carácter, que resulta de la presión social, es la esencia de la claridad. El pensamiento lúcido carece de prejuicios o parcialidad; es observación sin distorsión. La fuerza o valor no es algo que se pueda cultivar como se cultivaría una planta o una variedad nueva. No es un resultado. Un resultado tiene una causa, y la existencia de una causa denota una debilidad. Las consecuencias de la debilidad son la resistencia o la aceptación. La claridad no tiene causa. La claridad no es ni un efecto ni un resultado; es la pura observación del pensamiento y de la totalidad de su funcionamiento. Esta claridad es fuerza.

¿Por qué, entonces, los seres humanos han proyectado valores? ¿Para que les sirvan de guía en la cotidianeidad? ¿Para que les den un propósito, sin el cual la vida semeja ser incierta, dispersa y carente de dirección? Pero la dirección la establecen el intelecto o el deseo y, por consiguiente, esa misma dirección se vuelve una distorsión. Estas distorsiones varían de un ser humano a otro y el hombre se aferra a ellas en el maremágnum de su confusión. Uno puede observar las consecuencias de tener valores: éstos separan y enfrentan a los seres humanos. Esto conduce, por extensión, a la aflicción, a la violencia y, por último, a la guerra.

Los ideales son valores. Los ideales de cualquier tipo son una serie de valores, ya sean nacionales, religiosos, colectivos o personales, y uno puede observar las repercusiones que actualmente estos ideales tienen en el mundo. Cuando uno ve la verdad de esto, la mente se libera de todos los valores. Para dicha mente sólo hay claridad. Una mente que desea o se aferra a una experiencia está cultivando la falacia del valor, y así se vuelve privada, reservada y divisoria.

¿Puede usted, como educador, explicarle al estudiante la necesidad de no poseer ningún valor y de vivir con la claridad que no es un valor? Se puede conseguir cuando el propio educador haya sentido profundamente la verdad de esto. Si no lo ha hecho, entonces se convierte en una mera explicación verbal sin ningún sentido profundo. Esto hay que transmitírselo no sólo a los alumnos mayores sino también a los más jóvenes. Los estudiantes mayores ya están fuertemente condicionados por la presión que con sus valores los padres y la sociedad ejercen sobre ellos; o ellos mismos han proyectado sus propios objetivos, los cuales se convierten en su prisión. Con los más jóvenes, lo más importante es ayudarles a desprenderse de presiones y problemas psicológicos. Actualmente a los más jóvenes se les enseñan complicados problemas intelectuales; sus estudios se vuelven cada vez más técnicos; se les suministra información cada vez

más abstracta; a sus cerebros se les imponen distintas clases de conocimiento, de tal manera que se les condiciona desde la mismísima infancia.

Lo que a nosotros nos interesa es ayudarles a los más jóvenes a no tener problemas psicológicos, a ser libres del temor, la ansiedad y la crueldad, a ser solícitos y a que tengan generosidad y afecto. Esto es mucho más importante que imponerles conocimientos a sus mentes jóvenes. Lo cual no significa que el niño no deba aprender a leer, a escribir, etcétera, pero el acento recae sobre la libertad psicológica en lugar de sobre la adquisición de conocimientos, aunque ésta sea necesaria. Esta libertad no significa que el niño haga lo que quiera, sino que comprenda la naturaleza de sus reacciones y deseos.

Esto requiere muchísima penetración por parte del maestro. Después de todo, usted quiere que el estudiante sea un ser humano completo sin ningún problema psicológico; de lo contrario, él hará mal uso de cualquier conocimiento que se le imparta. Nuestra educación actual consiste en vivir dentro de lo conocido y, por consiguiente, en ser un esclavo del pasado con todas sus tradiciones, memorias y experiencias. Nuestra vida va de lo conocido a lo conocido, de manera que nunca estamos libres de lo conocido. Si uno vive constantemente en lo conocido, no hay nada nuevo, nada original, nada que no esté contaminado por el pensamiento. El pensamiento es lo conocido. Si nuestra educación es la constante acumulación de lo conocido, entonces nuestras mentes y corazones se vuelven mecánicos, carentes de esa inmensa vitalidad de lo desconocido. Lo que tiene continuidad como conocimiento es eternamente limitado; y lo que es limitado debe crear problemas a perpetuidad. El cese de la continuidad, que es tiempo, es el florecimiento de lo intemporal.

28

Centros de aprendizaje

Estas escuelas existen para la iluminación de la humanidad

Los maestros o educadores son seres humanos. Su cometido es ayudar al estudiante no solamente a aprender esta o aquella materia, sino a comprender la totalidad del proceso de aprendizaje; ayudarle no sólo a recaudar información sobre diversas materias, sino, primordialmente, a ser una persona íntegra. Estas escuelas no son meramente centros docentes sino que deben ser centros de bondad y generar una mente religiosa.

Los seres humanos de todo el mundo están degenerando en mayor o menor medida. Hay degeneración cuando el placer, ya sea éste personal o colectivo, el placer del sexo, de imponer la propia voluntad, de la emoción, del interés egoísta, del poder o el estatus, la insistente demanda de ver consumado el placer personal, se convierte en el interés dominante de la vida. Hay degeneración cuando las relaciones humanas se toman a la ligera y se basan en el placer. Cuando la responsabilidad ha perdido por completo su significado, cuando no hay una preocupación por los demás ni por la tierra y las cosas del mar, esta falta de consideración por cielo y tierra es otra forma de degeneración. Cuando hay hipocresía en los altos estratos de la sociedad, cuando hay deshonestidad en el comercio, cuando las mentiras forman parte del habla cotidiana, cuando se impone la tiranía de unos cuantos, cuando exclusivamente predominan las cosas, ahí se traiciona la existencia toda. Entonces matar se convierte en el único lenguaje de la vida. Cuando el

amor se entiende como placer, entonces los seres humanos se han desconectado de la belleza y de la santidad de la vida.

El placer es siempre personal, un proceso de aislamiento. Aunque uno crea que el placer es algo que se comparte con otra persona mediante la satisfacción, en realidad es una acción separativa y aislante del ego, del 'yo'. Cuanto mayor es el placer, tanto mayor es el fortalecimiento del 'yo'. Cuando existe el cultivo del placer, los seres humanos se explotan mutuamente. Cuando el placer predomina en nuestras vidas, la relación se explota con ese fin y, en consecuencia, no hay una verdadera relación con el otro. Entonces la relación se convierte en una mercancía. El ansia de realización se basa en el placer, y cuando ese placer es negado o no encuentra medio de expresarse, entonces hay ira, cinismo, odio o amargura. Esta búsqueda incesante de placer es una verdadera locura.

¿No indica todo esto que a pesar de su conocimiento ingente y de sus extraordinarias capacidades, de su energía impulsiva y su acción agresiva, el hombre está en decadencia? Este egocentrismo calculado, con sus miedos, placeres y ansiedades, se evidencia en el mundo entero.

¿Cuál es, entonces, la responsabilidad total de estas escuelas? Deben ser, sin lugar a dudas, centros para el aprendizaje de un modo de vida que no se base en el placer, en las actividades egoístas, sino en la comprensión de la acción correcta, de la profundidad y belleza de la relación, y del carácter sagrado de una vida religiosa. Cuando el mundo que nos rodea es tan sumamente destructivo y carente de significado, estas escuelas, estos centros, deben convertirse en ámbitos de luz y sabiduría. Que eso ocurra es la responsabilidad de quienes están a cargo de estos centros.

Como esto es urgente, las excusas no tienen sentido. O los centros son como una roca en torno a la cual fluyen las aguas de la destrucción, o son arrastrados por la corriente de la decadencia. Estos lugares existen para la iluminación de la humanidad.

29

La supervivencia humana

El deseo de existir por separado es el origen de la destrucción

En un mundo donde la humanidad se siente amenazada por agitaciones sociales, por la superpoblación, las guerras, la violencia aterradora y la insensibilidad, cada ser humano se preocupa más que nunca por su propia supervivencia. La supervivencia ha significado vivir de manera sensata y dichosa, sin grandes presiones o tensiones. Pero cada uno de nosotros traduce la supervivencia conforme a su propio concepto individual. El idealista proyecta un estilo de vida que no es real; los teóricos, ya sean marxistas, religiosos o de cualquier otro tipo de convicción, han establecido pautas de supervivencia; los nacionalistas consideran que la supervivencia sólo es posible dentro de un grupo o comunidad específicos. Estas diferencias ideológicas, estos ideales y creencias, son las raíces de una división que está impidiendo la supervivencia humana.

Los seres humanos quieren sobrevivir de determinadas formas, de acuerdo con sus respuestas parciales, sus placeres inmediatos, alguna creencia o algún salvador, santo o profeta religiosos. Ninguna de estas cosas puede aportar seguridad, porque en sí mismas son divisorias, exclusivas y limitadas. Vivir en la esperanza de sobrevivir conforme a la tradición, por antigua o moderna que sea, no tiene ningún sentido. Cualquier solución parcial, ya sea científica, religiosa, política o económica, ya no puede garantizar la supervivencia de la humanidad. El hombre se ha preocupado de su propia supervivencia

individual, de la de su familia, su grupo y su nación tribal; y como todo esto es divisorio, es una amenaza para su verdadera supervivencia.

Las divisiones modernas de las nacionalidades, del color, de la cultura, de la religión, son las causantes de la incertidumbre del hombre en cuanto a su supervivencia. En la confusión del mundo de hoy, la inseguridad ha hecho que el hombre recurra a las autoridades y expertos en política, religión o economía.

El especialista es inevitablemente un peligro, porque su respuesta tiene que ser siempre parcial, limitada. El hombre ya no es un ente individual, aparte. Lo que afecta a la minoría afecta a toda la humanidad. No hay salida o forma de eludir el problema; uno ya no puede desvincularse de la totalidad de la condición humana.

Hemos enunciado el problema, la causa, y ahora tenemos que encontrar la solución. Esta solución no debe depender de ninguna clase de presión sociológica, religiosa, económica, política o de parte de organización alguna. No podremos sobrevivir en absoluto si lo único que nos importa es nuestra propia supervivencia. Hoy día todos los seres humanos del mundo están relacionados entre sí. Lo que sucede en un país afecta al resto de países. El hombre se ha considerado a sí mismo como un individuo separado de los demás, pero psicológicamente un ser humano es inseparable del total de la humanidad.

No hay supervivencia psicológica en absoluto. Cuando existe el deseo de sobrevivir o de realizarnos, estamos creando una situación psicológica que no sólo separa sino que es totalmente irreal. Uno no puede estar psicológicamente separado de otro. El deseo de separación psicológica es la mismísima fuente del peligro y de la destrucción. Al autoafirmarse cada persona amenaza su propia existencia. Cuando se ve y se comprende la verdad de esto, la responsabilidad del hombre experimenta un cambio radical, no sólo con respecto a su entorno inmediato sino

hacia todos los seres vivos. Esta responsabilidad total es compasión. Esta compasión actúa a través de la inteligencia. Esta inteligencia no es parcial, individual, separada. La compasión nunca es parcial. Se siente compasión por la sacralidad de todo ser viviente.

30

La cooperación

La cooperación requiere una gran honestidad

Deberíamos considerar muy seriamente, no sólo en estas escuelas sino también como seres humanos, la capacidad de colaborar con la naturaleza, con los seres vivos de la Tierra, y también con otros seres humanos. Como entes sociales, existimos para nosotros mismos. Nuestras leyes, nuestros gobiernos y nuestras religiones hacen todos hincapié en la separatividad del género humano y en el transcurso de los siglos esto ha acabado por enfrentar a los hombres. Se está volviendo cada vez más importante, si queremos sobrevivir, que exista un espíritu de cooperación con el universo, con todas las cosas de tierra y mar.

Uno puede ver en todas las estructuras sociales el efecto destructivo que está teniendo la fragmentación: nación contra nación, un grupo contra otro grupo, una familia contra otra, un individuo contra otro. Es lo mismo en el ámbito religioso, social y económico. Cada cual está luchando para sí, para su clase o su interés particular dentro de la comunidad. Esta división de creencias, ideales, conclusiones y prejuicios está impidiendo que florezca el espíritu de cooperación.

Somos seres humanos, no entidades tribales exclusivas y separadas. Somos seres humanos presos de conclusiones, teorías y credos. Somos criaturas vivientes, no etiquetas. Nuestra circunstancia humana es la que nos hace buscar comida, ropa y cobijo a expensas de otros. Nuestra forma de pensar es en sí separativa, y toda acción que brote de ese pensamiento limitado nece-

sariamente tiene que impedir la cooperación. Tal como es en la actualidad, la estructura económica y social, incluidas las religiones organizadas, intensifica el exclusivismo y la separatividad. Esta falta de cooperación en última instancia acaba desatando guerras y la destrucción del hombre. Aparentemente sólo nos unimos durante las crisis y los desastres, y cuando éstos han pasado revertimos a nuestra condición anterior.

Al parecer somos incapaces de vivir y colaborar armoniosamente. ¿Acaso este proceso aislante y agresivo se debe a que nuestro cerebro, que es el centro de nuestro pensamiento, de nuestro sentimiento, se ha condicionado, desde la antigüedad y por necesidad, a procurar su propia supervivencia personal? ¿Se debe a que este proceso aislante se identifica con la familia, con la tribu, y se convierte en el nacionalismo exaltado? ¿No está todo aislamiento vinculado a una necesidad de identificación y realización? ¿Acaso la importancia del ego no ha sido cultivada a lo largo de la evolución por medio de la oposición entre el 'yo' y el 'usted', el 'nosotros' y el 'ellos'? ¿No han puesto todas las religiones el énfasis en la salvación, la iluminación y el logro personales, tanto en el ámbito religioso como en el mundano? ¿Se ha vuelto imposible la cooperación porque le hemos dado tal importancia al talento, a la especialización, a la realización y al éxito, todo lo cual recalca la separatividad? ¿Se debe a que la cooperación humana se ha centrado en algún tipo de autoridad gubernamental o religiosa, en alguna ideología o conclusión, lo cual produce inevitablemente su propio opuesto destructivo?

¿Qué significa cooperar, no la palabra sino su espíritu? Usted no puede cooperar con otro, con la tierra y sus aguas a menos que en sí mismo sea armonioso, no esté fragmentado ni en contradicción. Usted no puede cooperar si está tenso, bajo presión o en conflicto. ¿Cómo puede cooperar con el universo si lo único que le importa es su persona, sus problemas y ambiciones? No puede haber cooperación si todas sus actividades son egocéntricas y su ocupación se centra en su propio egoísmo, sus

deseos y placeres secretos. En tanto el intelecto con sus pensamientos domine todas sus acciones, es obvio que no puede haber cooperación, porque el pensamiento es parcial, estrecho y perpetuamente divisorio. La cooperación exige una gran honestidad.

La honestidad no tiene motivo. La honestidad no es cierto ideal o fe. La honestidad es claridad, la percepción lúcida de las cosas tal como son. La percepción es atención. Esa misma atención arroja luz, con toda su energía, sobre aquello que está siendo observado. Esta luz de la percepción efectúa una transformación de la cosa observada.

No hay sistema por el cual usted aprenda a cooperar. Esto no se puede estructurar y clasificar. Su misma naturaleza requiere que haya amor, y ese amor no es conmensurable; porque cuando usted compara, lo cual es la esencia de la medida, ya se ha introducido el pensamiento. Donde está el pensamiento, no hay amor.

Ahora bien, ¿puede transmitírsele esto al estudiante, y puede en estas escuelas haber cooperación entre los educadores? Estas escuelas son centros de una nueva generación con una nueva perspectiva, con una sensación nueva de ser ciudadanos del mundo y comprometidos con el bienestar de todos los seres vivos de este mundo. Su grave responsabilidad es la de generar este espíritu de cooperación.

31

La inteligencia

La propia naturaleza de la inteligencia es sensibilidad, que es amor

La inteligencia y la capacidad intelectual son dos cosas totalmente distintas. Tal vez estas dos palabras se deriven de la misma raíz etimológica, pero para aclarar el pleno significado de la compasión debemos diferenciar entre el sentido de una y otra. El intelecto es la capacidad de discernir, de razonar, de imaginar, de crear ilusiones, de pensar claramente y también de pensar sin objetividad, subjetivamente. Generalmente el intelecto se considera distinto de la emoción, pero nosotros usamos la palabra *intelecto* para referirnos a la totalidad de la facultad humana del pensamiento. El pensamiento es la respuesta del cúmulo de memoria resultante de diversas experiencias reales o imaginarias que han sido almacenadas como conocimiento en el cerebro. Por consiguiente, la capacidad del intelecto es la de pensar. El pensamiento es limitado bajo cualquier circunstancia, y cuando el intelecto domina nuestras actividades tanto en el mundo externo como en el interno, naturalmente nuestras acciones tienen que ser parciales e incompletas. Esto genera remordimiento, ansiedad y dolor.

Todas las teorías e ideologías son parciales de por sí y cuando los científicos, los técnicos y los llamados filósofos dominan nuestra sociedad, nuestra moralidad y, por consiguiente, nuestras vidas cotidianas, entonces nunca encaramos la realidad de lo que verdaderamente está sucediendo. Estas influencias tiñen nuestras percepciones, nuestra comprensión directa. El intelec-

to es el que encuentra explicaciones tanto para las buenas acciones como para las malas; racionaliza el mal comportamiento, el asesinato y las guerras; define el bien como lo contrario del mal. El bien no tiene opuesto. Si el bien estuviera relacionado con el mal, entonces la bondad portaría las semillas de la maldad. En ese caso no sería bondad. Pero debido a su propia capacidad divisoria, el intelecto es incapaz de comprender el bien en toda su plenitud.

El intelecto está siempre comparando, evaluando, compitiendo, imitando; y así nos volvemos personas conformistas, de segunda mano. El intelecto le ha aportado enormes beneficios a la humanidad, pero también ha causado gran destrucción. Ha cultivado las artes de la guerra, pero es incapaz de eliminar las barreras entre los seres humanos. La ansiedad forma parte de la naturaleza del intelecto, al igual que las heridas psicológicas, porque el intelecto, que es pensamiento, crea la imagen que luego es susceptible de ser lastimada.

Una vez comprendida toda la naturaleza y el movimiento del intelecto y del pensamiento, uno puede comenzar a investigar lo que es la inteligencia. La inteligencia es la capacidad de percibir la totalidad. La inteligencia es incapaz de establecer divisiones entre los sentidos, las emociones y el intelecto; los considera como un movimiento unitario. Debido a que su percepción es siempre integral, la inteligencia no puede crear divisiones entre los hombres ni oposición entre el hombre y la naturaleza. Debido a que es íntegra por naturaleza, la inteligencia es incapaz de matar.

Prácticamente todas las religiones han dicho «no matarás», pero nunca han impedido que se mate. Algunas religiones han sostenido que los seres de la Tierra, incluidas las criaturas vivientes, han sido creadas para uso del hombre y, por tanto, para matarlas y destruirlas. Matar por placer, por intereses comerciales, por nacionalismo, por ideologías o por la propia fe, todos han sido aceptados como una forma de vida. Como estamos matan-

do los seres vivos de la tierra y del mar, nos estamos aislando cada vez más, y en este aislamiento nos volvemos cada vez más codiciosos, procurando el placer en todas sus formas. Puede que el intelecto perciba esto, pero es incapaz de una acción completa. La inteligencia, que es inseparable del amor, no matará jamás. Si es un concepto o un ideal, el «no matarás» no es inteligencia.

Cuando está activa en nuestra vida cotidiana, la inteligencia nos dirá cuándo cooperar y cuándo no. La propia naturaleza de la inteligencia es sensibilidad, y dicha sensibilidad es amor. Sin esta inteligencia no puede haber compasión. La compasión no consiste en realizar obras de caridad o reformas sociales; está desprovista de sentimentalismo, romanticismo y entusiasmos emocionales. Es tan poderosa como la muerte. Es como una gran roca, inamovible en medio de la confusión, la desdicha y la ansiedad. Sin esta compasión no puede surgir ninguna cultura o sociedad nuevas.

La compasión y la inteligencia caminan juntas; no están separadas. La compasión actúa por medio de la inteligencia. Nunca puede actuar a través del intelecto. La compasión es la esencia de la integridad de la vida.

32

El movimiento del pensamiento

El pensamiento usa y destruye

En el mundo entero, los seres humanos hemos convertido al intelecto en uno de los factores más importantes de nuestra vida diaria. Los antiguos hindúes, los egipcios y los griegos consideraron el intelecto como la facultad más importante de la vida. Incluso los budistas le han dado importancia. En toda universidad, instituto y escuela del mundo, ya sea bajo regímenes totalitarios o en las llamadas democracias, el intelecto ha jugado un papel dominante.

Entendemos por intelecto la capacidad de comprender, de discernir, de elegir, de sopesar, como se hace en todo el ámbito tecnológico de la ciencia moderna. ¿No es todo el movimiento del pensamiento la esencia del intelecto? El pensamiento domina el mundo, tanto en la vida externa como en la interior. El pensamiento ha creado todos los dioses del mundo, todos los rituales, los dogmas, las creencias. El pensamiento también ha creado las catedrales, los templos, las mezquitas, con su maravillosa arquitectura, y los santuarios locales. El pensamiento ha sido el responsable de la expansión interminable de la tecnología, de las guerras y del material bélico, de la división de la gente en naciones, clases y razas. El pensamiento ha sido, y probablemente siga siendo, el instigador de la tortura en nombre de Dios, de la paz y del orden. También ha sido el responsable de la revolución, de los terroristas, del concepto del principio supremo y de los ideales pragmáticos. Vivimos del pensamiento. Nuestras acciones

se basan en el pensamiento y nuestras relaciones también están fundadas en el pensamiento. O sea, que en todas las épocas se le ha rendido culto al intelecto.

Pero el pensamiento no ha creado la naturaleza, los cielos con sus astros en expansión, la Tierra con toda su belleza, con sus mares inmensos y sus verdes campos. El pensamiento no ha creado el árbol, pero lo ha utilizado para construir la casa, para fabricar la silla. El pensamiento usa y destruye.

El pensamiento no puede crear amor, afecto y la cualidad de la belleza. Ha tejido una red de ilusiones y realidades. Cuando sólo vivimos de pensamiento, con todas sus complejidades y sutilezas, con sus propósitos y direcciones, nos perdemos el gran calado de la vida, porque el pensamiento es superficial. Aunque pretenda profundizar mucho, el instrumento mismo es incapaz de penetrar más allá de sus propias limitaciones. Puede proyectar el futuro, pero ese futuro brota de las raíces del pasado. Las cosas que el pensamiento ha creado son reales, fácticas, tales como una mesa o la imagen que uno adora. La imagen, el símbolo que uno adora y la multitud de ilusiones románticas, idealistas y humanitarias son producto del pensamiento. Los seres humanos aceptan y viven con las cosas del pensamiento: fortuna, posición, estatus y el lujo de la libertad que da el dinero. Éste es todo el movimiento del pensamiento y del intelecto, y por este ventanuco de nuestra vida contemplamos el mundo.

¿Existe algún otro movimiento que no sea del intelecto y del pensamiento? Ésta ha sido la investigación que ha guiado cantidad de empresas religiosas, filosóficas y científicas. Cuando nosotros empleamos la palabra *religión* no nos referimos a las tonterías de las creencias, los rituales, los dogmas y las estructuras jerárquicas. Entendemos por hombre religioso o mujer religiosa aquellos que se han liberado de siglos de propaganda, del peso muerto de la tradición tanto antigua como moderna. Los filósofos que se complacen en teorías, en conceptos, en ideaciones no pueden explorar más allá de la estrecha ventana del pen-

samiento, ni podrá hacerlo el científico con sus capacidades extraordinarias, con su pensamiento acaso original, con su inmenso conocimiento. El conocimiento es el depósito de la memoria, pero tiene que haber libertad de lo conocido para explorar lo que lo desborda. Para eso tiene que haber libertad para investigar sin ninguna atadura, sin apego alguno a las propias experiencias y conclusiones, a todo lo que el hombre se ha impuesto a sí mismo. Para realizar esa exploración, el intelecto debe estar quieto, en absoluta quietud, sin el menor susurro del pensamiento.

Nuestra educación actual se basa en el cultivo del intelecto, del pensamiento y del conocimiento, que son necesarios en el campo de nuestra acción cotidiana, pero que no tienen cabida en nuestra relación psicológica porque el pensamiento es divisorio y destructivo por naturaleza. Cuando el pensamiento domina todas nuestras actividades y todas nuestras relaciones, genera un mundo de violencia, terror, conflicto y aflicción.

En estas escuelas, el predominio del pensamiento debe ser un tema de preocupación para todos nosotros, para los jóvenes y para los mayores.

33

El autoconocimiento

Usted tiene que ser bueno porque usted es el futuro

Debemos comprender desde el mismísimo inicio de este nuevo año que lo que primordialmente nos interesa es el aspecto psicológico de nuestra vida, aunque no por ello vayamos a descuidar el lado físico o biológico. Lo que uno es por dentro acabará generando o bien una buena sociedad, o bien el deterioro paulatino de la relación humana. Nos interesan ambos aspectos de la vida, no primar a uno sobre el otro, aunque lo psicológico, o sea lo que somos por dentro, acabará gobernando nuestra conducta, nuestra relación con los demás.

A lo que parece descuidamos totalmente las realidades más profundas y extensas de la vida y le damos una importancia mucho mayor a los aspectos físicos y a las actividades cotidianas, por muy relevantes o irrelevantes que sean. De modo que, por favor, tenga presente que en estas cartas estamos abordando nuestra existencia desde el interior hacia el exterior, y no a la inversa. Aunque la mayoría de la gente se interesa por lo externo, nuestra educación debe proponerse crear una armonía entre lo externo y lo interno; esto no puede acontecer en absoluto si tenemos los ojos exclusivamente fijos en lo externo.

Entendemos por lo interno toda la dinámica del pensamiento, nuestros sentimientos razonables e irrazonables, nuestras fantasías, nuestras creencias, nuestros apegos felices e infelices, nuestros deseos secretos con sus contradicciones, nuestras experiencias, nuestros recelos, nuestra violencia, etc. Las ambiciones

ocultas, las ilusiones a las que la mente se aferra, las supersticiones de la religión y el conflicto aparentemente interminable en nuestro interior también forman parte de nuestra estructura psicológica. Si no percibimos estos aspectos o los aceptamos como parte ineludible de nuestra naturaleza humana, entonces consentiremos que exista una sociedad en la que nosotros mismos seremos prisioneros. De modo que es muy importante comprender esto.

No cabe duda de que todo estudiante del mundo ve el efecto del caos que nos rodea y confía en rehuirlo por medio de algún tipo de orden externo, a pesar de que interiormente se encuentre en un estado de absoluta perturbación. Quiere cambiar lo externo sin cambiarse a sí mismo, pero él es el origen y la continuación del desorden. Éste es un hecho, no una conclusión personal. Por tanto, lo que nos importa en nuestra educación es cambiar el origen y la continuidad del desorden. Los seres humanos son los que crean la sociedad, no ciertos dioses en algún cielo.

Así que comenzamos con el estudiante. Esa palabra significa estudiar, aprender y actuar. La educación básica es aprender no sólo de los libros y de los maestros, sino estudiar y aprender acerca de uno mismo. Si no sabe nada acerca de sí mismo y está llenando su mente de datos sobre el universo, usted está meramente aceptando y continuando el desorden. Como estudiante, a usted probablemente no le interese esto. Lo que desea es divertirse, cultivar sus propios intereses. A usted se le obliga a estudiar y sólo lo hace bajo presión, aceptando las inevitables comparaciones y notas con el ojo puesto en algún tipo de carrera. Éste es su interés básico, el cual pareciera ser algo natural porque sus padres y abuelos han seguido la misma vereda de empleo, matrimonio, hijos y responsabilidad. Mientras usted esté a salvo, poco le importa lo que suceda a su alrededor. Ésta es su verdadera relación con el mundo que los seres humanos han creado. Para usted lo inmediato es mucho más real, importante y exigente que el todo.

Pero su interés y el del educador es y debe ser comprender no una parte sino la totalidad de la existencia humana. La parte es tan sólo el conocimiento de los descubrimientos físicos del ser humano. De manera que aquí, en estas cartas, comenzamos primordialmente con usted, el estudiante, y con el educador que le está ayudando a conocerse a sí mismo. Ésta es la función de toda educación. Necesitamos crear una buena sociedad en la que los seres humanos puedan vivir dichosamente en paz, con seguridad y sin violencia. Usted como estudiante es responsable de esto. Una buena sociedad no cobra vida por medio de algún héroe, líder, ideal o sistema cuidadosamente planificado. Usted tiene que ser bueno porque usted es el futuro. Usted hará que el mundo sea o bien una modificación de lo que es actualmente, o bien un lugar en el que usted y otros puedan vivir sin guerras ni brutalidades, con generosidad y afecto.

Usted ha comprendido el problema, cosa que no es difícil; entonces, ¿qué va a hacer? La mayoría de ustedes son instintivamente amables, buenos y deseosos de ayudar, a menos, por supuesto, que hayan sido demasiado pisoteados y deformados, cosa que uno espera que no les haya sucedido. ¿Qué va, pues, a hacer usted? Si el educador es digno de ese nombre, querrá ayudarle. Entonces la pregunta es: ¿qué harán conjuntamente para ayudarle a que usted se estudie, para que aprenda acerca de sí mismo y actúe? Lo dejaremos aquí, en esta carta, y continuaremos en la próxima.

34

El afecto

Cuando siente afecto, toda forma de violencia desaparece de usted

Vamos a continuar con lo que decíamos en nuestra carta anterior, en la que señalábamos la responsabilidad que usted tiene de estudiar, aprender y actuar. Puesto que usted es joven, tal vez inocente, y le gusta jugar y divertirse, la palabra *responsabilidad* le parecerá un tanto pavorosa y una carga agobiante. Pero estamos empleando la palabra en el sentido de cuidar y preocuparse por nuestro mundo. Cuando utilizamos esta palabra, los estudiantes no deben experimentar ningún sentimiento de culpa si es que no han dado muestras de dicho cuidado y atención. A fin de cuentas, sus padres, que se sienten responsables de que estudien y se formen para su vida futura, no se sienten culpables, aunque acaso se sientan decepcionados o infelices si ustedes no están a la altura de sus expectativas. Debemos comprender claramente que cuando empleamos la palabra *responsabilidad* no debe haber sentimiento alguno de culpa. Nosotros nos esmeramos en emplear esta palabra libre del peso nefasto de un término como *deber*. Una vez se comprende esto claramente, entonces podemos usar la palabra *responsabilidad* sin su lastre tradicional.

De modo que usted está en la escuela con esta responsabilidad de estudiar, aprender y actuar. Éste es el propósito fundamental de la educación.

En nuestra última carta planteábamos la pregunta: «¿Qué hará usted respecto a su propia persona y a su relación con el mun-

do?» Como dijimos, el educador, el maestro, tiene la responsabilidad de ayudarle a que se comprenda a sí mismo y, por consiguiente, que comprenda el mundo. Hacemos esta pregunta para que usted descubra la respuesta por su cuenta. Es un reto al que debe responder. Tiene que comenzar por usted mismo, por comprenderse. ¿Cuál es el primer paso a dar en relación con eso? ¿No es el afecto? Uno probablemente posea esta cualidad cuando es joven, pero parece perderla muy rápidamente. ¿Por qué? ¿A causa de la presión académica, de la competitividad, del intento de alcanzar cierta calificación en sus estudios en comparación con los demás y, tal vez, porque es objeto de acoso por parte de otros estudiantes? ¿No le obliga toda esta multitud de presiones a velar por sus propios intereses? Y cuando uno está tan preocupado consigo mismo, pierde inevitablemente la cualidad del afecto. Es muy importante comprender cómo las circunstancias, el ambiente, la presión de los padres o del propio apremio por conformarse reducen paulatinamente la inmensa belleza de la vida al pequeño círculo personal. Y si usted pierde la cualidad del afecto cuando todavía es joven, se produce un endurecimiento del corazón y de la mente. Conservar este afecto durante toda la vida sin que se corrompa es algo excepcional. De modo que esto es lo primero que usted debe tener.

El afecto implica solicitud, un cuidado diligente en todo lo que haga: esmero en el habla, en su forma de vestir, en la manera de comer, de cuidar del cuerpo, en su comportamiento y en su forma de considerar a la gente, sin distinción de superior e inferior. La cortesía es consideración para con los demás y dicha consideración es solicitud, ya sea hacia su hermano menor o su hermana mayor. Cuando usted siente afecto, toda forma de violencia, ira, antagonismo y orgullo desaparecen de usted. Este afecto implica atención. La atención significa vigilar, observar, escuchar y aprender. Hay muchas cosas que usted puede aprender de los libros, pero hay un aprendizaje que es infinitamente claro, agudo y sin ignorancia alguna. La atención implica sensibili-

dad, y ésta le da a la percepción una profundidad que ningún conocimiento, con su ignorancia correspondiente, le puede dar. Usted no tiene que estudiar esto en un libro sino que, con la ayuda del educador, debe aprender a observar las cosas que le rodean: lo que acontece en el mundo, lo que le ocurre a un compañero de estudios, lo que sucede en una aldea o barrio de pobres y lo que le pasa a ese hombre que avanza a duras penas por una calle mugrienta.

La observación no es un hábito. No es algo susceptible de una ejecución mecánica en la que uno se pueda ejercitar. Es la mirada renovada del interés, el afecto y la sensibilidad. Usted no puede adiestrarse para ser sensible. Por otra parte, cuando uno es joven es sensible, agudo en sus percepciones, pero luego esto se desvanece a medida que uno se va haciendo mayor. Por tanto, debe usted estudiarse a sí mismo, y quizá su maestro le ayude a hacerlo. Si no es así, no importa, porque es su responsabilidad estudiarse y, de ese modo, aprender lo que usted es. Y cuando existe este afecto, sus acciones entonces brotan de la pureza del afecto. Todo esto puede parecer muy difícil, pero no lo es. Hemos descuidado todo este lado de la vida. Estamos tan ocupados con nuestras carreras, con nuestros propios placeres, con nuestra propia importancia, que desatendemos la inmensa belleza del afecto.

Hay dos palabras que uno debe tener siempre presentes: *diligencia* y *negligencia*. Nosotros aplicamos diligentemente nuestras mentes a adquirir conocimientos de los libros y de los maestros; le dedicamos veinte o más años de nuestra vida a eso y descuidamos el estudio del significado más profundo de nuestra propia existencia. Tenemos lo externo y lo interno. Lo interno exige mucha mayor diligencia que lo externo. Es una exigencia urgente. Y esta diligencia reside en el estudio afectuoso de lo que uno es.

35

La percepción del hecho

La gente vive con ideas y creencias que no guardan ninguna relación con su vida diaria

La crueldad es una enfermedad contagiosa y uno debe precaverse rigurosamente contra ella. Algunos estudiantes parecen padecer esta extraña infección y paulatinamente acaban dominando a los demás. Probablemente sientan que eso es muy varonil, porque sus mayores son a menudo crueles en sus palabras, en sus actitudes, en sus gestos, en su orgullo. Esta crueldad existe en el mundo. La responsabilidad del estudiante —y, por favor, recuerde con qué significado estamos usando la palabra *responsabilidad*— es evitar cualquier forma de crueldad.

Una vez, hace ya muchos años, fui invitado a hablar en un colegio de California, y al entrar, un muchacho de unos diez años pasó junto a mí llevando un pájaro grande cuyas patas rotas habían sido apresadas en una trampa. Me detuve y miré al muchacho sin pronunciar palabra. Su rostro expresó temor, y cuando terminé la charla y salí, el muchacho, un desconocido, se acercó a mí con lágrimas en los ojos, y dijo: «Señor, eso jamás volverá a ocurrir». Él tenía miedo de que yo fuera a contárselo al director y se armara un alboroto al respecto; pero como no le dije nada ni al muchacho ni al director acerca del cruel incidente, su propia conciencia del acto le hizo comprender lo tremendo de la atrocidad que había cometido.

Es importante darse cuenta de las propias actividades. Si hay afecto, entonces en ningún momento tiene la crueldad cabida en nuestra vida. En los países occidentales uno ve con qué cui-

dado se crían aves que más tarde, durante la temporada de caza, se matan por deporte para luego ser comidas. La crueldad de cazar y matar pequeños animales ha pasado a formar parte de nuestra civilización, al igual que la guerra, la tortura y los actos de los terroristas y secuestradores. En nuestras propias relaciones íntimas también hay muchísima crueldad, cólera y mutuo agravio.

El mundo se ha convertido en un lugar en el que es peligroso vivir. En nuestras escuelas, cualquier forma de coerción, amenaza o ira debe evitarse de manera total y absoluta, porque todas estas cosas endurecen el corazón y la mente, y el afecto no puede existir junto con la crueldad. Como estudiante, usted comprende lo importante que es darse cuenta de que cualquier forma de crueldad no sólo endurece su corazón, sino que además falsea su pensamiento y pervierte sus acciones. La mente, al igual que el corazón, es un instrumento delicado, sensible y muy capaz, y cuando es tocada por la crueldad y la opresión entonces hay un endurecimiento del ego. El afecto, el amor, no tienen ningún ego de centro.

Ahora bien, una vez leído y comprendido lo dicho hasta aquí, ¿qué hará usted al respecto? Usted ha estudiado y está aprendiendo el contenido de estas palabras. ¿Cuál es, entonces, su acción? Su respuesta no consiste meramente en estudiar y aprender, sino también en actuar. La mayoría de nosotros conocemos y estamos al tanto de todas las repercusiones de la crueldad y de sus efectos reales por dentro y por fuera. Y ahí lo dejamos sin hacer nada al respecto, pensando una cosa y haciendo exactamente lo contrario. Esto no sólo genera muchísimo conflicto sino también hipocresía. A la mayoría de los estudiantes no les gusta ser hipócritas; prefieren encarar los hechos, pero no siempre actúan. De manera que la responsabilidad del estudiante es ver los hechos relativos a la crueldad y, sin persuasión o embaimiento de ninguna especie, comprender lo que implica y hacer algo al respecto. El hacer es tal vez una responsabilidad mayor. Por lo general, la gente vive con ideas y creencias que no guar-

dan ninguna relación con su conducta en la vida diaria y, en consecuencia y como es natural, esto se convierte en hipocresía. Así que no sea un hipócrita, lo que no significa que tenga que ser grosero, agresivo o excesivamente crítico. Cuando hay afecto, hay inevitablemente cortesía sin hipocresía.

¿Cuál es la responsabilidad del maestro que ha estudiado, aprendido y que actúa en su relación con el estudiante? La crueldad tiene muchas formas. Puede encontrarse en una mirada, en un gesto, en un comentario áspero y, sobre todo, en la comparación. Todo nuestro sistema educativo se basa en la comparación. Decimos que A es mejor que B y, por tanto, B debe ajustarse a A o imitarlo. Esto es, en esencia, crueldad, cuya expresión última son los exámenes. ¿Cuál es la responsabilidad del educador que ve la verdad de esto? ¿Cómo enseñará cualquier materia sin emplear ni el premio ni el castigo, sabiendo que tiene que haber alguna clase de informe que indique la capacidad del estudiante? ¿Puede el maestro hacerlo? ¿Es esto compatible con el afecto? Si la realidad fundamental del afecto está presente, ¿tiene la comparación cabida alguna? ¿Puede el maestro eliminar el dolor de la comparación en sí mismo? Toda nuestra civilización se basa, tanto externa como interiormente, en la comparación jerárquica, la cual niega el sentimiento de profundo afecto. ¿Podemos eliminar de nuestras mentes los conceptos de más, mejor, estúpido, listo y todo este modo comparativo de pensar? Si el maestro ha comprendido el dolor de la comparación, ¿cuál es su responsabilidad en su labor docente y en su acción?

Una persona que realmente haya captado lo que significa el dolor de la comparación actúa desde la inteligencia.

36

El premio y el castigo

La acción basada en el premio y el castigo genera conflicto

En todas estas cartas hemos estado señalando constantemente que la cooperación entre el educador y el estudiante es responsabilidad de ambos. La palabra *cooperación* implica trabajar juntos, pero no podemos colaborar si no estamos mirando en la misma dirección con los mismos ojos y la misma mente. En el uso que le estamos dando, la palabra *misma* o *mismos* bajo ninguna circunstancia implica uniformidad, conformismo, aceptación, obediencia o imitación. En la cooperación o la colaboración mutua, el estudiante y el maestro deben tener una relación basada esencialmente en el afecto. La mayoría de la gente coopera si está construyendo algo, si está jugando a algún deporte, si participa en una investigación científica, o si colaboran por un ideal, una creencia o determinado concepto para obtener algún beneficio personal o colectivo. También pueden cooperar en torno a una autoridad religiosa o política.

Para estudiar, aprender y actuar, la cooperación entre el maestro y el estudiante es indispensable. Ambos están implicados en ello. El educador puede conocer muchas materias y datos, pero si no existe afectuosidad transmitírselos al estudiante se convierte en una contienda entre ambos. A nosotros no nos interesa solamente el conocimiento del mundo sino también el estudio de uno mismo, el cual supone aprendizaje y acción. Tanto el estudiante como el educador están metidos en esto, y aquí cesa la autoridad. En el aprendizaje de sí mismo, el educador no sólo se

interesa en su propia persona sino en el estudiante. En esta interacción, con sus reacciones, uno comienza a ver su propia naturaleza, los pensamientos, los deseos, los apegos, las identificaciones, etcétera. Cada uno está actuando como un espejo para el otro; cada uno observa en el espejo exactamente lo que es, porque, como indicábamos anteriormente, la comprensión psicológica de uno mismo es mucho más importante que reunir datos y almacenarlos como conocimiento para actuar con pericia.

Lo interno siempre se impone a lo externo. Esto debe ser claramente comprendido tanto por el educador como por el estudiante. Lo externo no ha cambiado al hombre; las actividades externas, la revolución física y el control físico del ambiente no han cambiado profundamente al ser humano, sus prejuicios y supersticiones. En el fondo, los seres humanos siguen siendo lo que han sido durante millones de años. La verdadera educación consiste en transformar esta condición básica. Cuando el educador realmente comprende esto, aunque tenga que enseñar asignaturas, su principal cometido debe ser la revolución radical en la psiquis, en el 'yo' y en el 'usted'.

Y aquí interviene la importancia de la cooperación entre los dos que están estudiando, aprendiendo y actuando juntos. No se trata del espíritu de un equipo o de una familia, ni de la identificación con un grupo o nación. Es la investigación libre en nuestro interior sin la barrera del que sabe y del que no. Ésta es la más destructiva de las barreras, especialmente en cuestiones de autoconocimiento. En este asunto no hay líder ni seguidor. Cuando esto se capta plenamente y con afecto, entonces la comunicación entre el estudiante y el maestro se vuelve fácil, clara y no se da meramente en un nivel verbal. El afecto no conlleva ninguna presión; nunca es equívoco. Es directo y sencillo.

Una vez dicho todo esto, y si ustedes dos lo han estudiado, ¿qué cualidad tienen la mente y el corazón de ambos? ¿Hay un cambio no inducido por la influencia o el mero estímulo, los cuales podrían dar la impresión ilusoria de cambio? El estímulo es

como una droga: su efecto disminuye y uno vuelve a donde estaba. Cualquier forma de presión o de influencia también opera del mismo modo. Si usted actúa bajo estas circunstancias, no está realmente estudiando y aprendiendo acerca de sí mismo. La acción que se basa en el premio y el castigo, en la influencia o la presión, inevitablemente genera conflicto. Esto es así, pero poca gente ve su verdad, así que se rinden, dicen que eso es imposible en un mundo práctico, o que es algo idealista, un concepto utópico. Pero no lo es. Es algo eminentemente práctico y factible. Así que no se deje disuadir por los tradicionalistas, los conservadores, o por los que se aferran a la ilusión de que el cambio sólo puede venir de afuera.

Cuando usted estudia y aprende acerca de sí mismo, sobreviene una fuerza extraordinaria basada en la claridad que puede contrarrestar todas las tonterías del poder establecido. Esta fuerza no es una forma de resistencia, obstinación o voluntad egocéntrica, sino que es una observación diligente de lo externo y lo interno. Es la fuerza del afecto y de la inteligencia.

37

La comunicación

La comunicación consiste en aprender unos de otros

Ustedes vienen a estas escuelas con su propio condicionamiento tradicional o liberal, con disciplina o sin disciplina, obedientes o reacios y desobedientes, en estado de rebeldía o de conformismo. Sus padres o son negligentes o muy diligentes respecto a ustedes. Puede que algunos se sientan muy responsables, otros puede que no. Ustedes vienen con todos estos problemas, con familias deshechas, inseguros o agresivos, queriendo salirse con la suya o sometiéndose tímidamente pero rebelándose por dentro.

En estas escuelas ustedes son libres y todas las perturbaciones de su juventud entran en juego. Ustedes quieren hacer lo que les plazca, pero nadie en este mundo puede hacer lo que le apetezca. Tienen que comprender muy seriamente que ustedes no pueden hacer lo que se les antoje. O bien aprenden a adaptarse de forma comprensiva y razonable o son doblegados por el nuevo ambiente en el que han entrado. Es muy importante comprender esto.

En estas escuelas los educadores explican cuidadosamente las cosas y ustedes pueden discutir con ellos, sostener un diálogo y ver por qué hay que hacer ciertas cosas. Cuando uno vive en una pequeña comunidad de maestros y estudiantes, es necesario que entre ellos tengan una buena relación que sea amistosa, afectuosa y que esté dotada de cierta cualidad de atenta comprensión. A nadie, especialmente ahora que vivimos en una

sociedad libre, le gustan las normas, pero las normas se vuelven totalmente innecesarias cuando ustedes y el educador adulto comprenden, no sólo verbal e intelectualmente sino con el corazón, que ciertas disciplinas son necesarias. Los autoritarios han arruinado la palabra *disciplina*. Cada oficio tiene su propia disciplina, su propia destreza. La palabra *disciplina* proviene de la palabra *discípulo*, que significa aprender; no significa conformarse o rebelarse, sino aprender de las reacciones y el condicionamiento propios, cómo éstos limitan, y trascenderlos.

La esencia del aprendizaje es el movimiento constante sin punto fijo. Si su prejuicio, sus opiniones y conclusiones se convierten en el punto fijo y ustedes parten de ese impedimento, entonces dejan de aprender. Aprender es infinito. La mente que está constantemente aprendiendo trasciende todo saber. De manera que ustedes están aquí para aprender y también para comunicarse.

La comunicación no es tan sólo el intercambio de palabras, por muy elocuentes y claras que éstas puedan ser; es algo mucho más profundo que eso. La comunicación consiste en aprender unos de otros y comprenderse mutuamente, lo cual se termina cuando uno ha adoptado una postura definitiva con respecto a algún acto trivial o que no ha sido plenamente ponderado.

Cuando uno es joven, hay cierta tendencia compulsiva a conformarse para no sentirse excluido. Aprender acerca de la naturaleza y las repercusiones del conformismo aporta su propia disciplina peculiar. Por favor, tenga siempre presente cuando empleamos la palabra *disciplina* que tanto el estudiante como el educador mantienen una relación de aprendizaje, no de afirmación y aceptación. Cuando esto se comprende claramente, las normas se tornan innecesarias. Cuando no está claro, entonces hay que establecer normas. Uno puede rebelarse contra las normas, contra las órdenes que le dicen lo que debe o no debe hacer, pero cuando comprenda rápidamente la naturaleza del apren-

dizaje, las normas desaparecerán por completo. Sólo los tercos y porfiados crean normas, con su prohibición y mandato.

El aprendizaje no nace de la curiosidad. Usted puede tener curiosidad con respecto al sexo. Esa curiosidad se basa en el placer, en alguna clase de fascinación o en las actitudes ajenas. Lo mismo sucede con la bebida, las drogas y fumar. Aprender es algo mucho más profundo y de mayor amplitud. Usted aprende acerca del universo no por placer o curiosidad, sino a causa de su relación con el mundo. Hemos dividido el aprender en distintas categorías, dependiendo de los requerimientos de la sociedad o de las inclinaciones personales de cada uno. No estamos hablando de aprender acerca de algo, sino de la cualidad de la mente que está dispuesta a aprender. Usted puede aprender cómo convertirse en un buen carpintero, ingeniero o jardinero. Una vez haya desarrollado su habilidad en estas áreas, usted habrá reducido su mente al nivel de una herramienta que acaso pueda funcionar diestramente dentro de un patrón determinado. Esto es a lo que se le da el nombre de aprendizaje. Esto proporciona cierta seguridad financiera, y quizás eso sea todo lo que uno ansíe, y así creamos una sociedad que provee lo que le hemos pedido. Pero cuando existe esta cualidad añadida del aprendizaje que no versa sobre algo, entonces tiene usted una mente y, por supuesto, un corazón que están intemporalmente vivos.

La disciplina no es control ni subyugación. Aprender implica atención; es decir, ser diligente. La mente negligente es la única que no aprende nunca. Como es superficial, descuidada e indiferente se obliga a sí misma a aceptar. Una mente diligente está vigilando y observando activamente, no rebajándose nunca al nivel de los valores y las creencias de segunda mano. Una mente que está aprendiendo es una mente libre, y la libertad exige la responsabilidad de aprender. La mente que está presa en sus propias opiniones o atrincherada en algún saber puede exigir libertad, pero lo que entiende por libertad es la expresión de sus propias actitudes y conclusiones personales, y cuando éstas se

frustran, clama por su propia realización. La libertad no tiene asomo de realización: es libre.

De modo que cuando usted asiste a estas escuelas o, de hecho, a cualquier escuela, tiene que existir esta amabilidad del aprender, la cual va acompañada de un gran sentimiento de afecto. Cuando es verdadera y profundamente afectivo, usted está aprendiendo.

38

La educación de uno mismo

Aprender acerca de las imágenes que tenemos requiere autoconsciencia

Cada profesión tiene su disciplina, cada acto tiene su dirección propia y cada pensamiento su finalidad. La mente humana está presa de este ciclo. Como es esclava de lo conocido, la mente siempre está tratando de ampliar su conocimiento y acción dentro de ese campo, donde el pensamiento busca su propia finalidad. En todas las escuelas la disciplina se considera como un marco para la mente y sus actividades, y en estos últimos años ha habido una rebelión contra cualquier tipo de control, restricción o moderación. Esto ha conducido a toda clase de permisividad, de falta de recato, y al cultivo del placer a cualquier precio. Nadie le tiene respeto a nadie. Parece como si se hubiera perdido toda forma de dignidad y profunda integridad personales. Se gastan miles de millones en drogas, en la destrucción de cuerpos y mentes. Esta permisividad total se ha vuelto respetable y es aceptada como norma de vida.

Para cultivar una mente capaz de percibir la totalidad de la vida como una unidad —o sea, una mente no fragmentada y, por consiguiente, buena— es necesario que en todas nuestras escuelas exista cierta clase de disciplina. Debemos comprender entre nosotros las odiadas y quizá despreciadas palabras *disciplina* y *reglas*.

Para aprender se necesita tener atención. Para aprender no sólo hay que escuchar con los oídos, sino que tiene que haber una captación interna de lo que se está diciendo. Para aprender es ne-

cesario observar. Cuando leen o escuchan estas declaraciones, tienen que prestar una atención que no sea forzada y no estar bajo ninguna clase de presión ni expectativa de premio o castigo. Disciplina significa aprender, no conformarse. Si uno quiere ser un buen carpintero, tiene que aprender qué herramientas debe emplear con distintas clases de madera y hacerse aprendiz de un maestro carpintero. Si uno desea ser un buen médico, tiene que estudiar durante muchos años, aprender todos los datos relativos al cuerpo y sus múltiples funciones, los remedios, etc. Cada profesión exige que se aprenda todo cuanto se pueda de ella. Este aprendizaje consiste en acumular conocimientos al respecto y actuar con toda la pericia posible.

Aprender es la naturaleza de la disciplina. Aprender por qué uno debe ser puntual a las comidas, cuál es la hora indicada para el descanso, etc., es aprender sobre el orden en la vida. En un mundo desordenado donde hay tanta confusión política, social e incluso religiosa, nuestras escuelas deben ser centros de orden para la educación de la inteligencia. Una escuela es un lugar sagrado donde todos están aprendiendo sobre la complejidad y la sencillez de la vida.

De modo que aprender requiere dedicación y orden. La disciplina nunca es conformismo, así que no le tengan miedo a esa palabra ni se rebelen contra ella. Las palabras se han vuelto muy importantes en nuestra vida. La palabra *Dios* ha adquirido extraordinaria importancia para la mayoría de la gente, o la palabra *nación*, o el nombre de un político. El nombre es la imagen del político. La imagen de Dios ha sido elaborada por miles de años de pensamiento y temor. Vivimos con imágenes creadas por la mente o por una mano hábil. Aprender acerca de estas imágenes que uno mismo ha aceptado o creado requiere autoconsciencia.

La educación no consiste sólo en aprender acerca de materias académicas sino en educarse a sí mismo.

39

La eficiencia

La eficiencia no es un fin en sí misma

Una escuela es un lugar de aprendizaje y por eso es sagrado. Los templos, las iglesias y las mezquitas no son sagrados porque han dejado de aprender. La gente cree, tiene fe, y eso niega por completo el gran arte de aprender. Una escuela como éstas a las que se remite esta carta debe estar totalmente consagrada al aprendizaje; y no sólo al relacionado con el mundo que nos rodea, sino esencialmente al aprendizaje de lo que somos los seres humanos, de la razón de que nos comportamos así y de la complejidad del pensamiento.

Aprender ha sido la antigua tradición de la humanidad; aprender no sólo de los libros, sino acerca de la naturaleza y estructura de la psicología del ser humano. Como hemos descuidado esto, hay desorden en el mundo, terror, violencia y todas las crueldades que se están cometiendo. Le hemos dado prioridad a los asuntos del mundo y no a lo interno. Lo interno, si no se comprende, educa y transforma, siempre se impondrá a lo externo, por muy bien organizado que éste pueda estar en los ámbitos político, económico y social. Ésta es una verdad que muchos parecen olvidar. Tratamos de establecer orden en el mundo exterior en que vivimos por medios políticos, legales y sociales, mientras internamente estamos confusos, inseguros, ansiosos y en conflicto. Sin orden interno, la vida humana estará siempre en peligro.

¿Qué entendemos por orden? En su sentido absoluto, el uni-

verso no ha conocido ningún desorden. La naturaleza, por muy aterradora que le resulte al hombre, siempre está en orden. Se vuelve desordenada únicamente cuando los seres humanos se inmiscuyen en ella. El hombre es el único que parece haberse estado debatiendo en constantes luchas y conflictos desde el principio de los tiempos. El universo tiene su propio proceso del tiempo. El hombre sólo comprenderá el orden eterno cuando haya ordenado su vida.

¿Por qué la humanidad ha aceptado y tolerado el desorden? ¿Por qué cualquier cosa que el hombre toque se deteriora, se corrompe y confunde? ¿Por qué se ha desviado la humanidad del orden de la naturaleza, de las nubes, los vientos, los animales y los ríos? Debemos aprender lo que es desorden y lo que es orden. Desorden es esencialmente conflicto, contradicción interna y división entre devenir y ser. El orden es un estado en el que el desorden jamás ha existido.

Ser esclavo del tiempo es desorden. El tiempo es muy importante para nosotros. Vivimos en el pasado, en los recuerdos, las heridas y los placeres de ayer. Nuestro pensamiento es el pasado. Siempre se está modificando en reacción al presente, proyectándose hacia el futuro, pero, profundamente arraigado, el pasado siempre nos acompaña. Ésta es la cualidad restrictiva del tiempo. Debemos observar este hecho en nosotros mismos y darnos cuenta de su proceso limitativo. Lo que es limitado debe estar necesariamente siempre en conflicto.

El pasado es conocimiento derivado de experiencias, acciones y respuestas psicológicas. Este conocimiento, del que uno puede ser consciente o inconsciente, es la naturaleza misma de la existencia humana. De manera que el pasado se vuelve sumamente importante, ya se trate de la tradición, de la experiencia o del recuerdo con su multitud de imágenes. Pero todo conocimiento, ya sea tanto en el pasado como en el futuro, es limitado. No puede haber conocimiento completo. El conocimiento y la ignorancia van juntos.

Cuando aprendemos acerca de esto, dicho aprender es orden. El orden no es una cosa planificada y a la que nos adherimos. En una escuela, la rutina es necesaria, pero eso no es orden. Una máquina que esté bien montada funciona eficientemente. La organización eficiente de una escuela es absolutamente necesaria, pero dicha eficiencia no es un fin en sí misma, pues no hay que confundirla con ser libres del conflicto, que sí es orden.

Si el educador ha aprendido todo esto a fondo, ¿cómo le transmitirá al estudiante la naturaleza del orden? Si habla de orden y su propia vida interior está en desorden, no sólo será un hipócrita, que de por sí es un conflicto, sino que el estudiante se dará cuenta de que lo que se dice son palabras de doble sentido y, por tanto, no le prestará la más mínima atención. Cuando el educador sea inamovible en su comprensión, el estudiante captará esa misma cualidad. Cuando uno es completamente sincero, esa misma sinceridad se transmite al otro.

40

Pensar juntos

La libertad es la esencia de pensar juntos

Considero que es importante aprender el arte de pensar juntos. Los científicos y los seres humanos más incultos piensan. Piensan de acuerdo con su profesión, especialización, creencias y experiencias. Todos pensamos, ya sea objetivamente o conforme a nuestra inclinación particular; pero, al parecer, nunca pensamos y observamos juntos. Podemos pensar sobre algo, en un problema o en una experiencia específicos, pero este pensar no trasciende su propia limitación. Pensar juntos, poseer la capacidad de pensar conjuntamente, es algo totalmente distinto a pensar sobre un tema en concreto. Es necesario que pensemos juntos cuando nos enfrentamos a la gran crisis en la que actualmente está sumido el mundo: al peligro, al terror, a la brutalidad última de la guerra. Observar esto, no como capitalista o socialista, desde la extrema izquierda o la extrema derecha, sino observarlo juntos, no sólo requiere que comprendamos cómo hemos llegado a este lamentable estado, sino también que juntos le encontremos una salida. El hombre de negocios o el político examina este problema desde su punto de vista limitado, mientras que nosotros estamos diciendo que debemos contemplar la vida en su totalidad, no como ingleses, franceses o chinos.

¿Qué significa contemplar la vida como una totalidad? Significa observar a los seres humanos, observarnos a nosotros mismos, sin división de nacionalidad, ver la vida como un solo movimiento sin principio ni fin, sin tiempo y sin muerte. Ésta es

una cosa difícil de entender porque pensamos en la parte, no en la totalidad. Dividimos con la esperanza de comprender el todo desde una de sus partes.

El arte de pensar juntos necesita ser estudiado, examinado muy cuidadosamente para ver si es del todo posible. Cada cual se aferra a su propia manera de pensar de acuerdo con sus reacciones, experiencias y prejuicios personales. Así quedamos condicionados, lo que impide que tengamos la capacidad de pensar juntos. Pensar juntos no significa unanimidad. Nuestras mentes pueden concordar en lo que respecta a un ideal, una conclusión histórica o algún concepto filosófico, y dedicarse a eso; pero esto se basa esencialmente en la autoridad. La esencia de pensar juntos es la libertad. Usted debe estar libre de sus conceptos, prejuicios, etc. Yo también debo estar libre, y entonces nos encontramos en esa libertad. Eso significa abandonar todo nuestro condicionamiento. Implica atención total, sin ningún pasado. La actual crisis mundial exige que abandonemos por completo nuestros instintos tribales, los cuales han sido sublimados en los nacionalismos. Pensar juntos significa que abandonamos por completo nuestro interés propio y nuestras identificaciones como ingleses, árabes, rusos, etc.

¿Qué ha de hacer, pues, un ser humano que encara este peligro del separatismo del interés propio? Ahí tenemos el movimiento expansionista de una potencia sobre otra en el área económica o política, o el de uno o dos líderes extremistas y neuróticos. Uno o bien le da la espalda y se sume en la indiferencia, se integra en cierto activismo político, o se refugia en alguna agrupación religiosa. Pero eso está ahí y no se puede rehuir.

¿Qué hago yo? Yo rechazo el modelo de las actuales estructuras sociales, los absurdos comportamientos irreligiosos. Rechazo todo eso. De modo que estoy totalmente aislado. Este aislamiento no es una reclusión evasiva en alguna especie de torre de marfil ni alguna ilusión romántica. Yo rechazo el carácter totalmente destructivo de esta sociedad porque veo la inutilidad

y el divisionismo en el cultivo del interés egoísta, en el nacionalismo, el expansionismo y la vida irreligiosa. Por eso me quedo solo. Como entonces no estoy contribuyendo psicológicamente a la conciencia destructiva del hombre, me encuentro en la corriente de lo que es bondad, compasión e inteligencia. Esa inteligencia está actuando, enfrentando la locura del mundo actual. Esa inteligencia actuará dondequiera que lo mezquino esté.

41

La atención

El darse cuenta genera sutileza y claridad mental

Deberíamos considerar juntos qué es lo que entendemos por atención. La mayoría de nosotros aprende lo que es la concentración; desde la infancia se nos obliga a concentrarnos, generalmente en algo que no nos gusta. Esta obligación forzosa a hacer algo que nos desagrada genera una especie de rebelión. La educación se ha convertido en un proceso de embutir nuestro cerebro de múltiples materias, lo que nos condiciona a conformarnos. Por todo el mundo se educan millones de personas que luego no encuentran trabajo. Toda la estructura de la sociedad en que vivimos se ha vuelto tan anormal y peligrosa que debemos encontrar un nuevo modo de convivir. Esto requiere sensibilidad y una observación y pensamiento muy objetivos. Uno duda de que la concentración, que es la focalización de la percepción, contribuya a producir una cualidad mental diferente.

¿Para qué les están educando? ¿En qué van a convertirse como seres humanos? La mediocridad impera desde la más alta instancia política al más alto estamento religioso. ¿Se les educa para que encajen en este patrón? ¿Van a convertirse en seres humanos mediocres, carentes de toda pasión, en conflicto consigo mismos y con el mundo? Ésta es una pregunta sumamente seria que tienen que hacerse a sí mismos. ¿Pueden los seres humanos concentrados, agresivos y competitivos crear un orden diferente en nuestra existencia?

Como dijimos, debemos considerar lo que significa estar

atentos. Ésta puede ser la clave para una existencia armoniosa. Tal como están las cosas, el intelecto, o sea toda la actividad del cerebro, que es pensamiento, domina nuestra existencia. Esto genera contradicción y formas peculiares de conducta en nosotros. Cuando sólo predomina una parte de todo nuestro ser, eso tiene necesariamente que ocasionar comportamientos neuróticos. La atención es darse cuenta de este predominio del intelecto sin ceder al impulso instintivo de controlarlo y sin dejar que lo sustituya la emoción. Este darse cuenta genera sutileza y claridad mental.

Existe una diferencia entre concentración y atención. La concentración consiste en enfocar toda la energía en un punto determinado. En la atención no existe ningún punto focal. Estamos muy familiarizados con la concentración, no con la atención. Cuando uno le presta atención a su cuerpo, el cuerpo se aquieta y posee su propia disciplina; está relajado pero no descuidado y tiene la fortaleza de la armonía. Cuando hay atención, no hay contradicción y, por tanto, no hay conflicto.

Conforme leen esto, préstenle atención a cómo están sentados, a su modo de escuchar, a cómo reciben lo que la carta les está diciendo, a su forma de reaccionar a lo que se dice y a por qué les resulta difícil prestar atención. Ustedes no están aprendiendo cómo atender. Si aprenden la forma de atender, entonces eso se convierte en un sistema, que es a lo que el cerebro está acostumbrado; y así hacen de la atención algo mecánico y repetitivo. Pero la atención no es mecánica ni repetitiva. Es la forma de observar la totalidad de nuestra vida sin el centro del interés propio.

42

La familia y la sociedad

¿Es la vida un proceso doloroso con alegrías esporádicas?

El futuro de todos los seres humanos, de los jóvenes y de los mayores, parece ser espantoso y desolador. La sociedad misma se ha vuelto peligrosa y absolutamente inmoral. Cuando un joven se enfrenta al mundo, tiene mucho miedo de lo que le vaya a pasar a lo largo de su vida. Sus padres lo envían a la escuela y, si tienen dinero, a la universidad, y procuran que se asiente en un empleo, que se case y tenga hijos, etc. En las familias del mundo oriental los padres desempeñan un papel importante en las vidas de sus hijos. La unidad familiar todavía existe y, a pesar de que los jóvenes se ganen la vida en distintas partes del mundo, la familia sigue siendo el centro de sus vidas. Esto está a punto de desaparecer en el mundo occidental. A los pocos años de nacer los hijos, los padres ya han perdido el contacto y tienen muy poca relación con ellos. Están preocupados con sus propios problemas, sus ambiciones y demás, y los hijos quedan a merced de los educadores, quienes también están necesitados de educación. Los educadores acaso sean excelentes en sus asignaturas, pero a su vez se esfuerzan para que sus alumnos consigan las notas académicas más altas y que la escuela disfrute de la mejor reputación. Pero los educadores tienen sus propios problemas. Sus salarios, excepto en contados países, son relativamente bajos y socialmente no gozan de muy alta estima.

Los educandos lo pasan bastante mal con sus padres, sus educadores y sus compañeros de clase. Ya han sido alcanzados

por la marea de la lucha, la ansiedad, el miedo y la competitividad. Tienen que afrontar un mundo superpoblado, con gente desnutrida, un mundo de guerras, de terrorismo rampante, de gobiernos ineficaces, de corrupción y amenazante pobreza. Esta amenaza es menos evidente en las sociedades opulentas y bastante bien organizadas, pero se siente en aquellas partes del mundo donde hay tremenda miseria, superpoblación e indiferencia por parte de sus ineptos gobernantes. Éste es el mundo que los jóvenes tienen que afrontar y, como es natural, están realmente asustados. Ellos tienen la idea de que deberían ser libres, no depender de la rutina, no estar bajo el mando de sus mayores, y por eso rehúyen toda autoridad. Para ellos la libertad supone elegir lo que quieren hacer, pero se sienten confusos e inseguros y quieren que se les indique lo que deben hacer. El estudiante está atrapado entre su propio deseo de tener libertad para hacer lo que quiera y la exigencia de la sociedad de que la gente se adapte a sus requerimientos convirtiéndose en ingenieros, científicos, soldados o especialistas de alguna clase. Éste es el mundo al que los estudiantes tienen que enfrentarse y al que tienen que integrarse mediante su educación. Es un mundo aterrador. Todos queremos seguridad tanto física como emocional y tenerla se está volviendo cada vez más difícil y penoso.

De modo que nosotros, los de la generación de los mayores, si tenemos el menor afecto por nuestros hijos, debemos preguntarnos qué es la educación. Si la educación, tal cual es universalmente en la actualidad, consiste en preparar a los niños para que vivan en perpetua lucha, conflicto y temor, entonces debemos preguntarnos si todo esto tiene algún sentido. ¿Es la vida un proceso, un flujo de dolor y ansiedad, un derramar de lágrimas reprimidas, con ocasionales estallidos de alegría y felicidad? Por desgracia nosotros, los de la generación de los mayores, no nos planteamos estas preguntas y el educador tampoco. De manera que la educación, en su actual estado, consiste en afrontar una existencia monótona, convencional y sin sentido. Pero nosotros queremos

darle un sentido a la vida. De por sí la vida no parece tener sentido, pero nosotros queremos darle uno, así que, para escapar de nuestra monótona existencia, nos inventamos dioses, distintas clases de religión y otros entretenimientos, incluyendo el nacionalismo y distintas formas de liquidarnos unos a otros. Ésta es la vida de la generación de los mayores y será la de los jóvenes.

De modo que nosotros, los padres y educadores, tenemos que encarar este hecho y no evadirnos en teorías, en busca de otras formas de educación y otros esquemas. Si nuestras mentes no tienen claro el reto al que nos enfrentamos, consciente o inconscientemente, acabaremos por fuerza preguntándonos qué se puede hacer al respecto y, sin embargo, no hacer nada en absoluto. Hay un millar de personas, entre especialistas y charlatanes, prestas a decirnos lo que debemos hacer. Antes de comprender la inmensa complejidad de la cuestión, ya estamos queriendo hacer algo al respecto. Nos importa mucho más actuar que ver la totalidad del problema.

La verdadera cuestión no es nuestro conocimiento sino la cualidad o profundidad con que la mente aborda el conocimiento. La mente es infinita, es la naturaleza del universo, el cual tiene su propio orden, su propia e inmensa energía. Es eternamente libre. En su actual estado, el cerebro es el esclavo del conocimiento y, por consiguiente, es limitado, finito y fragmentario. Cuando se libera de su condicionamiento, entonces el cerebro es infinito. Sólo entonces no hay división entre la mente y el cerebro. La educación consiste, por tanto, en liberarse del condicionamiento, del ingente conocimiento acumulado de la tradición. Esto no niega el valor de las disciplinas académicas, que también tienen su importancia en la vida.

43

La inmensidad de la vida

El movimiento del firmamento, de la Tierra y de la existencia humana es indivisible

Dijimos que la educación no sólo debe ser eficiente en las disciplinas académicas, sino que también debe explorar el condicionamiento en la conducta humana. Esta conducta es el resultado de muchísimos siglos de miedo, ansiedad, conflicto y búsqueda de seguridad, tanto por dentro como por fuera, tanto en el ámbito biológico como en el psicológico. El cerebro está condicionado por estos procesos. El cerebro es el resultado de la evolución, que es tiempo. Nosotros somos la consecuencia del pasado acumulado tanto en el ámbito religioso como en nuestra vida diaria. Este condicionamiento, al igual que el adiestramiento de un perro o de otro animal, se basa en el premio y el castigo.

Nuestro cerebro es un instrumento extraordinario de enorme energía y capacidad. Miren lo que ha hecho en el mundo exterior, en el mundo que nos rodea. Lo ha dividido en diversas razas, religiones y nacionalidades. Lo ha hecho para obtener seguridad. Ha buscado esta seguridad en el aislamiento religioso, político y económico, en la unidad familiar, en las pequeñas comunidades y asociaciones. Ha buscado una respuesta a esta reacción protectora en organizaciones y sistemas establecidos de poder.

El nacionalismo ha sido una de las principales causas de la guerra. Nuestros políticos están comprometidos con el mantenimiento del nacionalismo económico; de ese modo nos aíslan

y donde hay aislamiento tiene que haber oposición y agresión. Las buenas relaciones internacionales parecen basarse en el comercio, el intercambio de armamentos, el equilibrio de fuerzas y la retención del poder en manos de una minoría. Así son nuestros gobiernos, ya sean totalitarios o democráticos. Hemos tratado de crear orden en la sociedad mediante la acción política, y por eso hemos pasado a depender de los políticos. ¿Por qué los políticos se han vuelto tan extraordinariamente importantes, al igual que los gurús y los líderes religiosos? ¿Será porque siempre hemos dependido de fuerzas y agentes externos para poner nuestra casa en orden, para controlar y configurar nuestras vidas? La autoridad externa de un gobierno, de los padres, de cualquier clase de dirigente especializado parece darnos cierta esperanza de futuro. Esto forma parte de nuestra tradición de aceptación y dependencia. Esta larga tradición acumulada es la que ha condicionado nuestro cerebro. La educación la ha aceptado y por eso el cerebro se ha vuelto mecánico y repetitivo.

¿No es, acaso, la función del educador comprender la tremenda energía acumulada del pasado, sin negar su necesidad en ciertas áreas de nuestra vida? ¿No es nuestro propósito como educadores procurar el florecimiento de seres humanos buenos? Esto es imposible cuando el pasado, por mucho que se modifique, continúa.

¿Cuáles son, entonces, los factores de nuestro condicionamiento? ¿Qué es lo que está siendo condicionado y quién es el que condiciona? Cuando formulamos estas preguntas, ¿somos conscientes de nuestro condicionamiento real y planteamos las preguntas desde esa perspectiva, cosa que poseería una gran vitalidad, o estamos formulando una cuestión teórica? No estamos para nada interesados en cuestiones hipotéticas; estamos tratando con realidades, siendo lo real *lo que es*. Nos preguntamos cuál es la causa de esta condición de los seres humanos. Puede haber una causa única o múltiples causas. Multitud de arroyos tributan sus aguas a un gran río. La profundidad, el caudal y

la belleza son de suma importancia, no remontar el curso de cada regato hasta llegar a la fuente. De modo que en nuestra investigación nuestro compromiso es para con la totalidad de nuestra existencia, no para con una de sus partes en concreto. Sólo cuando comprendamos la inmensidad de la vida, con sus complejidades, podremos preguntarnos cuál es la causa de nuestro condicionamiento.

Uno siente que primero es necesario comprender, no verbal o intelectualmente, sino percibir que la vida es la mujer, el hombre, el niño, los animales, el río, el cielo, el bosque y todo eso; sentirlo no a modo de idea sino viendo su inmensidad y belleza. Si no captamos la significación de esto, de que todo el vasto movimiento de la vida es un solo movimiento, cuando nos preguntemos cuál es la causa del condicionamiento fragmentaremos la vida. Así que, en primer lugar, démonos cuenta de que el movimiento del firmamento, de la Tierra y de la existencia humana es indivisible y pasemos sólo entonces a considerar lo particular. Cuando los cielos, la Tierra y los seres humanos son un solo e inmenso proceso unitario, entonces la investigación sobre la causa de nuestro condicionamiento no será fragmentaria o divisoria. Entonces podemos preguntar cuál es la causa y esa pregunta tendrá hondo calado y belleza.

Para descubrir la causa del condicionamiento debemos indagar juntos en su naturaleza y estructura. Aparte del aspecto biológico u orgánico, que en sí mismo posee su propia inteligencia natural y reacciones autodefensivas, está todo el campo psicológico del ser humano, las respuestas interiores, las heridas internas, los temores, las contradicciones, la pulsión del deseo, los placeres efímeros y la pesadumbre del dolor. Cuando está trastornada, confusa y en desorden, la psiquis impacta naturalmente sobre la existencia biológica y entonces la enfermedad es psicosomática. ¿No es nuestro propósito explorar nuestra naturaleza interior, que es muy compleja? En realidad esta investigación es una forma de educarnos a nosotros mismos, no de cambiar *lo*

que es sino de comprenderlo. Es importante captar y vivir con esto. *Lo que es* es muchísimo más importante que lo que debería ser. La comprensión de lo que realmente somos es mucho más esencial que trascenderlo. Somos el contenido de nuestra conciencia. Nuestra conciencia es una complejidad, pero lo propiamente sustancial es el movimiento. Debe comprenderse claramente que no estamos tratando con teorías, hipótesis o ideales, sino con nuestra propia y real existencia cotidiana.

44
El darse cuenta
Prestar atención comporta una inmensa energía

Como ya señalamos anteriormente, nosotros estamos profundamente comprometidos con nuestra vida diaria como educadores y como seres humanos. Primero somos seres humanos y luego educadores, no a la inversa. Porque un maestro es un ser humano cuya especialidad profesional es la educación, su vida no se limita al aula sino que incluye todo el mundo exterior, así como sus propias luchas internas, sus ambiciones y relaciones. El maestro está tan condicionado como el estudiante. Aunque pueda haber entre ellos diferencias de condicionamiento, éste sigue siendo condicionamiento. Si lo acepta como inevitable y lo acata, entonces usted está además contribuyendo a condicionar a otros. Hay muchos que lo aceptan y que tratan de modificar sus limitaciones. Pero ¿no es su cometido como educadores crear una entidad social diferente, una futura generación que perciba la inutilidad de las guerras y del asesinato organizado, comprometida con una interrelación global sin aislamientos nacionalistas, entregada a la verdad? Ésta es, indudablemente, la función de un verdadero educador.

La conciencia humana está condicionada. Cualquier persona sensata aceptaría este hecho, pero muchos de nosotros no nos damos cuenta de ello y puede que el educador tampoco. Una de las funciones del maestro es darse cuenta de su condicionamiento e investigar si le es posible liberarse de su limitación. Tenemos que investigar, pues, qué significa darse cuenta, concentrar-

se y prestar total atención. Es muy importante comprender el significado de estas cosas.

Darse cuenta implica sensibilidad: ser sensible a la naturaleza, a las colinas, a los ríos y a los árboles del entorno; ser consciente del pobre que recorre el camino a pie y ser sensible a sus sentimientos y reacciones, a su espantosa y degradante miseria; ser sensible al hombre que está sentado a nuestro lado, o al nerviosismo del amigo o de la hermana. Esta sensibilidad no contiene ninguna preferencia y no critica. No hay en ella ningún juicio crítico.

Ustedes son sensibles a la nube que no pueden hacer nada por cambiar. ¿Es esta sensibilidad el resultado del tiempo y de la práctica? Si admiten el pensamiento y la práctica, entonces éstos matan la sensibilidad. Aprendan a observar con sensibilidad; aprendan lo que implica la sensibilidad; en vez de cultivarla, cápténla. No pregunten cómo captarla, ¡háganlo! En el acto mismo de percibir son ustedes sensibles. En la sensibilidad no hay resistencia. El objeto de la sensibilidad es lo inmediato e infinito.

La concentración es el proceso de resistencia. Todo educador sabe lo que es concentrarse. El educador se propone atiborrar el cerebro de conocimientos sobre distintas materias, de manera que el estudiante pueda pasar los exámenes y conseguir un empleo. El estudiante también tiene el mismo propósito. El educador y el estudiante se alientan el uno al otro en esta forma de resistencia que es la concentración. De manera que uno está desarrollando la capacidad de resistir, de excluir, y así uno se aísla paulatinamente. Concentrarse es enfocar la energía en el encerado o en un libro, evitando la distracción. La propia palabra *distracción* implica concentración. En realidad, la distracción no existe; sólo existe la resistencia llamada concentración, y todo movimiento de desvío de la misma se considera una distracción. En eso hay, por consiguiente, conflicto, lucha y resistencia. Esta resistencia causará inevitablemente la limita-

ción cerebral que es nuestro condicionamiento. Percibir todo este movimiento con sensibilidad es entrar en un ámbito diferente, que es estar atento.

¿Qué significa estar atento? Si realmente captamos el significado de la sensibilidad, del darse cuenta y de la limitación de la concentración, si lo captamos no de manera verbal o intelectual, sino percibiendo la realidad de tales estados, entonces podemos preguntarnos qué significa estar atento. La atención incluye el ver y el oír. No sólo oímos con los oídos sino que también somos sensibles a los tonos de voz, a lo que implican las palabras, escuchando sin interferencia, captando instantáneamente la profundidad de un sonido. El sonido juega un papel extraordinario en nuestras vidas: el sonido del trueno, el de una flauta tocando en la distancia, el sonido no escuchado del universo, el sonido del silencio, el del latido del propio corazón, el sonido de un pájaro, de una cascada y el de un hombre caminando por la acera. El universo está lleno de sonido. Este sonido posee su propio silencio; todos los seres vivientes están inmersos en este sonido del silencio. Estar atento es oír este silencio y moverse en su sintonía.

Ver es una cuestión muy compleja. Uno ve distraídamente con los ojos y pasa rápidamente de largo sin ver nunca los detalles de una hoja, su forma y estructura, sus colores, los distintos tonos verdes. Observar una nube sobre la que se concentra toda la luz del mundo, seguir la corriente cantarina de un arroyo monte abajo; mirar al amigo con la sensibilidad en la que no hay resistencia; verse tal cual uno es sin los cristales ahumados del rechazo o de la aceptación fácil; verse como una parte del todo; ver la inmensidad del universo. Esto es observación: ver sin la sombra del propio yo.

La atención es este oír y ver y en ella no hay resistencia alguna, por lo que es ilimitada. Atender supone una energía inmensa que no está fijada en un punto. En esta atención no hay ningún movimiento repetitivo; no es mecánica. No hay manera

de mantener esta atención. Una vez se ha aprendido el arte de ver y escuchar, esta atención puede enfocarse en una página o en una palabra. En esto no hay resistencia, que es la actividad de la concentración.

La inatención no puede refinarse hasta convertirse en atención. Darse cuenta de la inatención le pone fin; no es que la inatención se vuelva atención. El final no tiene continuidad. El futuro es el pasado que se modifica a sí mismo, es una continuación de lo que ha sido. Nosotros nos sentimos seguros en la continuidad y no en los finales. De modo que la atención no posee el aspecto de la continuidad. Cualquier cosa que continúe es mecánica. El devenir es mecánico y supone tiempo. La atención no posee ninguna cualidad temporal. Todo esto es un asunto muy complicado. Uno debe investigarlo despacio y a fondo.

45
El profesor
El profesor está profundamente comprometido con el florecer de los seres humanos

Al parecer creemos que la educación termina cuando dejamos el colegio o el instituto. Aparentemente no consideramos la totalidad de la existencia humana como un proceso constante y acaso interminable de educación de uno mismo. La mayoría de nosotros limita la educación a un período muy corto y proseguimos durante el resto de nuestras vidas más bien perplejos, aprendiendo solamente unas cuantas cosas absolutamente necesarias, cayendo en la rutina y, por supuesto, teniendo siempre delante la muerte que nos espera. En realidad ésta es nuestra vida: matrimonio, hijos, trabajo, placeres efímeros, dolor y muerte. Si ésta es la totalidad de nuestra vida, como así parece, ¿cuál es, entonces, el verdadero significado de la educación?

Nunca nos planteamos estas preguntas fundamentales; probablemente sean demasiado perturbadoras. Pero como somos profesores en escuelas e institutos, debemos preguntarnos cuál es el propósito de la educación y del aprendizaje. Sabemos que consiste en prepararnos para algún tipo de empleo y de responsabilidad, pero aparte de esa preparación, ¿qué entendemos por docencia y qué es el profesor? Según la idea general, el profesor es alguien que, una vez ha estudiado determinadas materias, le pasa al estudiante la información correspondiente. ¿Es esto en lo que consiste ser maestro, en la mera transmisión de conocimientos? Estamos investigando la naturaleza del educador y la del educando. ¿Quién es un maestro? ¿Qué supone enseñar, apar-

te de seguir el programa de estudios? Muy pocas personas son maestros comprometidos. Se dedican a ayudar a los alumnos en sus estudios, pero es evidente que un maestro tiene un cometido mucho mayor.

El conocimiento tiene que ser ineludiblemente superficial. Es el cultivo de la memoria y su empleo eficiente. Como el conocimiento es siempre limitado, ¿es la función del maestro ayudar al estudiante a vivir toda su vida sólo dentro de las limitaciones del conocimiento? Primero debemos darnos cuenta de que el conocimiento es siempre limitado, como lo son todas las experiencias. Este empleo del conocimiento con sus limitaciones puede ser muy destructivo. Es destructivo en las relaciones humanas. El conocimiento, que es la acumulación de diversos incidentes, experiencias y reacciones, cultiva la imagen y ofusca la realidad de la otra persona y de la relación misma. Cuando existe una continuidad, una tradición creada por el conocimiento y transmitida de generación en generación, entonces el pasado, que es la acumulación de conocimientos, obnubila la realidad del presente vital. Cuando se vuelve rutinario y mecánico, el conocimiento hace que el cerebro sea limitado, rígido e insensible. Cuando se usa para librar guerras en apoyo del nacionalismo, entonces el conocimiento se vuelve bestial, espantosamente cruel y absolutamente inmoral. El conocimiento no es belleza, pero es necesario para perforar un pozo. Todo el mundo tecnológico se basa en el conocimiento, y ese mundo se está adueñando de nuestras vidas. Si permitimos que el conocimiento sea la única autoridad y si confiamos en evolucionar mediante el conocimiento, entonces vivimos en una ilusión fatal. Estamos diciendo que el conocimiento tiene su función correspondiente en la cotidianeidad, pero que cuando se convierte en nuestra única realidad vital, entonces nuestra vida tiene necesariamente que reducirse a la actividad mecánica.

¿Es la única función del maestro impartir conocimientos, transmitir información, ideas y teorías, y desarrollar estas teorías

mediante la discusión de sus distintos aspectos? ¿Es ésta la única función del maestro? Si éste es todo su cometido, entonces el maestro no es más que una computadora viviente. Pero no cabe duda de que el maestro tiene una responsabilidad mucho mayor que ésa. Su compromiso debe ser con la conducta, con la complejidad de la acción humana y con una forma de vida consistente en el florecer de la bondad. Desde luego debe preocuparle el futuro de sus estudiantes y la naturaleza de su porvenir. ¿Cuál es el futuro del hombre? ¿Cuál es el futuro de nuestra conciencia, que está tan confusa, perturbada, desordenada y en conflicto? ¿Tenemos que vivir perpetuamente en el conflicto, en la angustia y el dolor? Cuando el maestro no está en comunicación con el alumno acerca de todas estas cuestiones, entonces no es más que una máquina animada e ingeniosa que está perpetuando otras máquinas.

De modo que estamos planteando una pregunta muy fundamental: «¿Qué es un maestro?» El magisterio es la profesión más grande del mundo, aunque sea la menos respetada; es la más grande porque el maestro, si se compromete profunda y seriamente, está eliminando el condicionamiento del cerebro humano, tanto del suyo propio como de los cerebros de los estudiantes. Él está condicionado y el estudiante también lo está. Éste es un hecho, tanto si lo reconoce como si no, y en su relación con el estudiante el maestro le ayuda a éste y se está ayudando a sí mismo a librar la conciencia de su limitación.

Una relación es un proceso de aprendizaje. Una relación no es algo estático sino una dinámica vital. De manera que nunca es lo mismo, no es hoy lo que fue ayer. Cuando el ayer predomina en la relación, entonces ésta es lo que fue y no algo vivo. El amor no es lo que *fue*. Cuando la relación entre el maestro y el estudiante contiene este elemento de compañerismo, de mutua disolución del condicionamiento y de humildad, entonces la sensibilidad y el afecto son cosas naturales.

Un maestro podría decir que todo esto es imposible cuan-

do las autoridades educativas exigen que haya cincuenta alumnos por aula y toda clase de tonterías. ¿Qué puede hacer, entonces, un maestro? Es obvio que en semejante situación no puede hacer nada, pero nosotros estamos hablando de escuelas donde esto no ocurre, donde el maestro puede establecer esta relación y en esa situación se compromete a fondo con el florecer de los seres humanos.

46

La vulnerabilidad

En la ausencia del centro del ego existen una fuerza y belleza extraordinarias

Parece que muy pocos maestros son conscientes de su gran responsabilidad no sólo hacia los padres, sino también en la relación que tienen con los estudiantes. ¿En qué consiste esta relación? ¿Qué considera uno que es? ¿Es una transmisión de información? ¿Es la expresión verbal de ciertos hechos? ¿Es la relación superficial, casual y efímera? ¿Es el maestro un ejemplo? ¿Ejerzo yo, como profesor, una influencia? Si soy un ejemplo que algunos de mis estudiantes deban seguir, entonces me convierto en un tirano; entonces la disciplina se transforma en conformismo. Ellos me imitan, copian mis modales, mis gestos, etcétera. Pero yo no quiero que me sigan ni que sean influidos por mí. Quiero que comprendan que todos nosotros hemos sido influidos y formados para ajustarnos a un patrón. Mi visión, mi intención es la de ayudarles a mis estudiantes a desprenderse de todo tipo de influencia, buena o mala, de modo que vean por sí mismos lo que es actuar correctamente. No se trata de instruirles en lo que es la acción correcta, sino de que tengan la capacidad y el ímpetu necesarios para ver lo falso y lo verdadero. O sea, que mi interés primordial es cultivar su inteligencia, de manera que puedan enfrentarse inteligentemente a la vida con todas sus complejidades. No veo esto como un objetivo sino como una realidad inmediata. Sé que ellos están influidos por sus padres, por sus compañeros de estudios y por el mundo que los rodea. Los jóvenes son fáciles de influir. Pueden rebelarse contra

esa influencia, pero consciente o inconscientemente hay presión, con su tensión correspondiente. De modo que, como maestro y como ser humano, me pregunto de qué manera puedo generar la cualidad y la energía de la inteligencia.

Empiezo a ver que tengo que ser a la vez introvertido y extrovertido tanto en el mundo de la acción como en el ámbito interno; no ser egocéntrico sino volver la vista y el oído hacia las sutilezas de la vida. O sea, que debo ser capaz de proteger y al mismo tiempo cultivar la generosidad, ser tanto el que da como el que recibe. Siento todo esto si realmente soy un maestro entregado, en el verdadero sentido de la palabra. Para mí ésta no es una profesión; es algo que hay que hacer. De manera que me vuelvo mucho más consciente del mundo, de lo que en él está sucediendo, e internamente comprendo la necesidad de trascender y superar el interés egoísta. Veo esto, lo externo y lo interno, como un movimiento integral e indivisible similar al de las aguas del mar que suben y bajan. Ahora bien, ¿cómo le voy a ayudar al estudiante a darse cuenta de esto?

La sensibilidad supone vulnerabilidad. Uno es sensible a sus propias reacciones, heridas psicológicas y hostigada existencia. O sea, que uno es sensible en lo que respecta a su persona; en dicho estado vulnerable de hecho hay interés propio y, en consecuencia, existe la posibilidad de ser lastimado y de volverse neurótico. Ésta es una forma de resistencia que se concentra esencialmente en el ego. La fuerza de la vulnerabilidad no es egocéntrica; es como la hoja nueva de la primavera, que puede soportar fuertes vientos y lograrse. Esta vulnerabilidad no puede ser lastimada, cualesquiera que sean las circunstancias. La vulnerabilidad carece de egocentrismo y posee una fuerza, vitalidad y belleza extraordinarias.

En mí mismo, como ser humano y como maestro, veo todo esto con la mayor claridad posible. Pero como maestro no soy todo eso, lo estoy estudiando y aprendiendo. Como maestro estoy relacionado con mis alumnos, y en esa relación aprendo. ¿De

qué manera les puedo comunicar todo esto a mis alumnos, los cuales, como es normal en los niños, están condicionados y son imprudentes, juguetones y traviesos? Yo enseño asignaturas y me pregunto si puedo impartir todo esto a través de las matemáticas, la biología o la física. ¿O son cosas aparte que hay que memorizar? Veo que la inteligencia no proviene del cultivo de la memoria. Así que tengo el siguiente problema: por un lado, veo la necesidad de cultivar la memoria para aprobar los exámenes y finalmente conseguir un empleo, y, por otro, vislumbro que la inteligencia no es mecánica, que no es el cultivo de la memoria. Éste es mi problema. Me pregunto si estas dos cosas son dispares o si la inteligencia, si se despierta desde el mismo inicio de nuestra vida, puede incluir la memoria y no ser su esclava. Lo más grande abarca lo más pequeño. El universo contiene lo particular, pero lo particular sólo puede permanecer dentro de su propio y estrecho ámbito.

Estoy comenzando a comprender este importante factor porque soy un maestro entregado que emplea la docencia a modo de vía de acceso a otra cosa. De manera que me pregunto qué debo hacer con estos niños que tengo delante de mí. A ellos no les interesa nada de esto. Se acosan unos a otros, compiten entre sí, son envidiosos, etc. Ahora bien, si usted no forma parte de la escuela, ¿comprende mi problema? Tiene que comprenderlo, porque usted también es un maestro a su manera, en su casa, en los campos de deportes o en el mundo de los negocios. Todos somos maestros de un modo u otro, así que no me deje solo con mi problema. El problema también es suyo, así que hablemos de él.

Ambos vemos, o así lo espero, que estamos en el siguiente compromiso: que es de primordial y suma importancia despertar esta inteligencia en todos los niños y en los estudiantes que tenemos a nuestro cargo. No me deje solo en la resolución de este problema; hablemos al respecto. En primer lugar, quiero que usted y yo comprendamos el problema. ¿Vemos que el es-

tudiante debe acabar teniendo una ocupación y que, por consiguiente, debe comprender el mundo, sus necesidades, su desorden implícito y su destrucción y deterioro crecientes? Él tiene que encarar este mundo, pero no como ente especializado, lo cual le incapacita para afrontar el mundo. Todo esto supone la adquisición de conocimientos y la rigurosa disciplina del saber. Mientras el mundo sea lo que es, el estudiante tiene que actuar en cierta dirección determinada y eso lo mantiene ocupado la mayor parte del tiempo, tal vez de ocho a diez horas al día. Además tiene que estudiar y aprender acerca de todo el dominio psicológico que no ha sido plenamente explorado por nadie. Aquellos que lo han hecho hasta cierto punto cuentan lo que han descubierto; pero esto se convierte en conocimiento y el estudiante se limita a aceptarlo, lo cual no es una exploración rigurosa de sí mismo.

De modo que usted y yo tenemos este problema. Usted puede estar superficialmente interesado, pero a mí, como maestro, me interesa de verdad. Yo también estoy condicionado; no soy del todo vulnerable en el sentido que aquí le hemos dado a esa palabra. Tengo mis dificultades familiares y demás problemas, pero mi dedicación es superior a todo eso. ¿Qué debo hacer o no hacer? ¿Acaso esto no requiera acción sino la creación, en colaboración con otros maestros, del ambiente de intento o intención? El intento no es un objetivo que se alcance al cabo de un tiempo. El intento o intención es la actividad siempre presente en la que no interviene para nada el tiempo.

47
La intención
Nuestra intención vital es dar origen a un ser humano libre

Nuestra intención es mucho más importante que alcanzar una meta o un fin; no se trata meramente de algo orientado hacia una conclusión intelectual o ideológica, sino que es un presente activo y vital. Es la torcida que arde en un candil de aceite. Esa llama no puede ser extinguida, ninguna brisa puede apagarla con su soplo; la mecha es sólida y el aceite no lo suministra ninguna fuente o influencia externa. No tiene causa y por eso la llama, la torcida y el aceite perduran para siempre. La llama vital de nuestra intención es dar origen a un ser humano bueno, inteligente, libre y sumamente capaz. Éste es mi intento como maestro comprometido y, como padres, también debería ser el suyo. Debería ser el propósito de toda la humanidad, porque nos atañe a todos. Esta intención no se puede rehuir. Ustedes están tan implicados en ella como lo estoy yo. Pueden tratar de evitarla, de ignorarla o de desentenderse de ella, pero ustedes son tan responsables como yo.

El futuro es nuestra responsabilidad, así que éste es nuestro problema inmediato. Mi problema y el de ustedes es cultivar la inteligencia comprensiva de la que fluye todo lo demás. En mi fuero interno veo esto como el factor central, porque ninguna persona inteligente, en el sentido en que usamos esa palabra, querría jamás lastimar a otra intencionadamente. Una persona así tendría el mismo trato con toda la humanidad que consigo misma, sin estas terribles divisiones destructivas. También sien-

to, de un modo un tanto vago pero no sentimental, que esta inteligencia es totalmente impersonal, que no es ni suya ni mía. Puedo sentir su tremenda atracción y su verdad.

Ahora bien, ¿de qué manera puedo cultivar esto en mis alumnos y en mí mismo? Estoy usando mal esta palabra: *cultivar* presupone la actividad del pensamiento, implica un logro, una labor. De manera que empiezo a percibir que la inteligencia es totalmente distinta de la actividad del pensamiento. El pensamiento no tiene relación alguna con la inteligencia. Ésta no puede brotar del pensamiento, porque éste es siempre limitado.

Una vez dicho esto, lo cual no es una vaga intuición sino un propósito ardiente, me pregunto si me es posible transmitirle al estudiante la cualidad de esta intención, sabiendo que su cerebro está condicionado, que es limitado y conformista. ¿Puedo hacerlo mediante las matemáticas, la biología o cualquier otra materia?

Supongamos que soy profesor de matemáticas. Las matemáticas son orden, orden infinito. El orden es el universo, es la inteligencia. El orden no es algo estático sino un movimiento vital. Nuestra vida es movimiento, pero hemos introducido desorden en ella. Así que les voy a hablar a los estudiantes no sólo de matemáticas sino acerca del orden en nuestra vida. La negación del desorden es orden. Al tratar de establecer orden, un ser humano confuso, desaliñado e inseguro sólo crea más desorden. Esto lo veo muy claramente, así que voy a ayudarles a los estudiantes y, al hacerlo, me estoy ayudando a mí mismo. El orden no se puede abordar como se abordan las matemáticas, paso a paso. Lo primero que debemos advertir es que el pensamiento, haga lo que haga, nunca podrá generar orden mediante la legislación, la administración o la coacción. El orden es independiente del pensamiento. El pensamiento no puede producir orden; cuanto más lo intenta, mayor es la confusión. Las matemáticas no son desorden. Las matemáticas en sí son esencialmente or-

den. El pensamiento es capaz de ver el orden de las matemáticas, pero dicho orden no es producto del pensamiento. Alguien puede ver la gran majestuosidad y belleza de una montaña, pero ese ser humano que la ve puede carecer de toda dignidad, majestuosidad y belleza.

Debo estudiar el orden y el desorden antes de abordar el tema con mis alumnos. Estudiar un libro que versa sobre determinada materia es muy diferente de estudiarme a mí mismo, que soy desordenado y confuso. El libro elucida distintas materias frase tras frase, un capítulo tras otro, y termina sacando cierta conclusión. El libro es visible y uno puede incluso pasarse años estudiando su temática. Pero yo no estoy estudiando un libro cualquiera; estudio un libro que no contiene ningún texto impreso y cuya lectura no se puede efectuar a través de la mirada de otro. De manera que tengo que averiguar cómo estudiarlo.

Usted también está haciendo esto junto conmigo, así que no se desentienda del asunto. Yo estoy estudiando porque me interesa personalmente y también para impartírselo al estudiante; no se trata de estudiar solamente para mí. El libro y el tema son palpables, tangibles; las palabras transmiten cierto significado en concreto. Pero estudiar la materia tenue, viva y cambiante que es la cualidad de mi propio cerebro, el cual vive en el desorden, la confusión y el temor, es mucho más difícil que leer un libro. Eso requiere agilidad y sutileza, moverse sin dejar huella. ¿Poseo semejante sutileza? Al hacerme esta pregunta estoy estudiando no sólo a quien la formula sino también el motivo subyacente al que obedece.

Por consiguiente, estoy estudiando muy cautelosamente todo el fenómeno sin sacar nunca una conclusión definitiva. Esta vigilancia constante, no dejando jamás que se cuele sombra alguna sin ser cuidadosamente observada, hace que el cerebro, toda la actividad del pensamiento, se aquiete sin atrofiarse. Me tomo un descanso y vuelvo a retomarla. El descanso es tan importante como la reanudación de la observación. Estoy captando el per-

fume, la extraordinaria sutileza de esa inteligencia, y de ese modo todo el organismo físico se revitaliza, se vuelve más despierto y empieza a tener un ritmo diferente. Está creando su propio ambiente.

Ahora puedo asistir a la clase, ya sea bajo un árbol o en un aula, en la que se supone que enseñe matemáticas, consciente de que los estudiantes tienen que aprobar la asignatura. Durante los primeros cinco o diez minutos les hablo, explicándoles con mucha claridad lo que he estado estudiando y cómo también ellos pueden estudiarlo. Les estoy enseñando el arte de estudiar. Tengo un interés realmente profundo en comunicarles mi honda intención y ellos se sienten cautivados por mi pasión. Les explico cómo abordo esta cuestión de la inteligencia paso a paso. Les hago notar el orden y la belleza de un árbol, el cual no es la creación del pensamiento. Insisto en que vean claramente que la naturaleza, el firmamento y los animales salvajes del bosque no son producto del pensamiento, a pesar de que el pensamiento los use para su propia conveniencia o para destruirlos. En su actividad, el pensamiento ha generado gran destrucción además de una gran belleza efímera. En todo momento oportuno, y sin aburrirme ni aburrir a los estudiantes, les hablo de estas cuestiones con humor y seriedad. Ésta es mi vida, porque esta inteligencia es suprema.

El orden no tiene causa y, por tanto, es eterno; pero el desorden sí la tiene y lo que tiene causa puede terminar.

48

El compromiso

¿Qué va a hacer la minoría con la mayoría?

El descontento no necesariamente conduce a la inteligencia. La mayoría de nosotros tenemos algún tipo de inquietud y no estamos satisfechos con casi nada. Acaso tengamos dinero, posición y cierta clase de prestigio en el mundo, pero siempre está ahí ese gusanillo del descontento. Cuanto más se tiene, más se quiere. La satisfacción no se satisface nunca. El descontento es como una llama: por mucho que se alimente, siempre consumirá más. Es curioso ver con qué facilidad la satisfacción encuentra su realización transitoria y cómo uno se aferra a ella, a pesar de que pronto se desvanece y se restablece la apetencia de más. Al parecer, ésta es la oscilación constante, tanto física como interiormente, entre un objeto de satisfacción y otro. El 'más' es la raíz del descontento. La llama de la medida o bien conduce a la saciedad, a la indiferencia y al abandono, o bien a una investigación más amplia y profunda.

La satisfacción no es el objetivo de la investigación. La investigación es su propia fuente inagotable, la cual nunca puede ser relegada al olvido por ninguna clase de satisfacción. Esta llama nunca puede ser extinguida por ninguna actividad externa o interna dirigida a la realización de algún objetivo. Casi todos nosotros tenemos una pequeña llama, la cual generalmente es sofocada por alguna forma de beneficio propio; pero para permitir que esta pequeña llama arda furiosamente, la medida del 'más' debe desaparecer por completo. Sólo entonces la llama consume todo resto de gratificación.

Como educador, he estado preocupado con otro problema. No tengo toda una escuela a mi exclusiva disposición. En una escuela tengo muchos colegas. Algunos son sumamente brillantes —no estoy siendo desdeñoso— y otros muestran varios niveles de torpeza, aunque todos tengan lo que se dice una buena educación, títulos académicos y todo eso. Tal vez uno o dos de nosotros estemos tratando de ayudar a los estudiantes a comprender la naturaleza de la inteligencia. Siento, sin embargo, que a menos que todos estemos colaborando juntos en apoyar al estudiante en esta dirección, las actuaciones de aquellos maestros a los que no les interese cultivar esto serán un impedimento. Éste es el problema de unos cuantos de entre nosotros; esto es lo que ocurre casi siempre en los centros educativos.

De manera que mi problema es cómo nosotros, la minoría, vamos a tratar con la mayoría. (Y una vez más permítanme que reitere que esto no se dice en absoluto en tono despreciativo.) ¿Cuál es nuestra respuesta ante ellos? Es un reto que tenemos que afrontar en todos los ámbitos de la vida. En todas las formas de gobierno existe esta división entre la minoría y la mayoría. Puede que la minoría esté comprometida con toda la población y que a la mayoría sólo le importen sus propios y pequeños intereses personales. Esto ocurre en todo el mundo y está sucediendo en el campo de la educación. ¿Cómo podemos establecer entonces una relación con aquellos de nosotros que no están totalmente comprometidos con el florecimiento de la inteligencia y de la bondad? ¿O todo esto se reduce a un solo problema, o sea a prender la llama en toda la escuela?

Por supuesto que la actitud autoritaria destruye toda inteligencia. El sentido de obediencia sólo engendra temor, que como tal, inevitablemente, mantiene a raya la comprensión de la verdadera naturaleza de la inteligencia. ¿Qué necesidad hay entonces de la autoridad en una escuela? Tenemos que estudiar la autoridad, y no limitarnos a afirmar que debería haber únicamente libertad y una ausencia total de autoridad. Tenemos que estu-

diarla como estudiamos el átomo. La estructura del átomo es ordenada. La obediencia, el acatamiento y la aceptación de la autoridad, ya sea ésta ciega o clarividente, tienen necesariamente que producir desorden. ¿Cuál es la raíz de la obediencia, la cual genera autoridad? Cuando uno está confuso y en desorden, la sociedad se vuelve completamente caótica; entonces, y como ha sucedido tan a menudo a lo largo de la historia, ese mismo desorden crea la autoridad. ¿Tiene la aceptación de la autoridad su raíz en el temor, en la incertidumbre y la falta de claridad interior? En ese caso todo ser humano contribuye a crear la autoridad que nos dirá lo que tenemos que hacer, como ha ocurrido en todas las religiones, en todas las sectas y comunidades. Éste es el eterno problema del gurú y el discípulo, que se destruyen mutuamente. Luego el seguidor se convierte en el líder. Este ciclo se está repitiendo eternamente.

Estamos estudiando juntos, en el verdadero sentido de la palabra, cuál es la causa de la autoridad. Si cada uno de nosotros ve que es el miedo, la confusión mental o algún factor más profundo, entonces ese estudio compartido, verbal o no verbal, tiene significado. En el estudio puede haber un intercambio de pensamientos y la observación silenciosa de la causa de la autoridad. Entonces, ese mismo estudio desvela la luz de la inteligencia, porque en la inteligencia no hay autoridad. No es 'su' inteligencia o 'mi' inteligencia. Unos cuantos de nosotros pueden ver esto profundamente, sin ningún engaño, y nuestra responsabilidad es que esta llama se difunda dondequiera que estemos, ya sea en la escuela, en el hogar o en un gobierno burocrático. No tiene morada fija; se encuentra dondequiera que uno esté.

49

La visión

El ideal genera conflicto

Nuestros cerebros son muy antiguos. Han evolucionado a través de innúmeras experiencias, accidentes y muertes. El florecimiento del cerebro ha proseguido sin interrupción durante milenios. El cerebro posee una gran gama de capacidades, está siempre activo, funcionando y viviendo en el ámbito de sus propios recuerdos y ansiedades, lleno de miedo, incertidumbre y dolor. Éste es el ciclo interminable en el que ha vivido, con sus placeres fugaces e incesante actividad. En este largo proceso se ha estado condicionando a sí mismo, configurando su propia forma de vida, ajustándose a su propio ambiente como muy pocas especies lo han conseguido, combinando odio y afecto, matando a otros y, al mismo tiempo, tratando de conseguir una vida en paz. Está moldeado por la infinita actividad del pasado, siempre modificándose a sí mismo. Pero la estructura básica de premio y castigo permanece casi igual. Este condicionamiento trata de acomodar el mundo exterior, pero internamente está siguiendo la misma pauta, siempre dividiendo el 'yo' del 'usted', el 'nosotros' del 'ellos', sintiéndose lastimado y procurando lastimar, pauta en la que nuestra forma de vida son el afecto y el placer pasajeros.

Para que haya un cambio profundo y vital es necesario observar todo esto sin ningún juicio de valor, percibir la complejidad de nuestra vida sin elección, sólo ver exactamente *lo que es*. *Lo que es* es mucho más importante que *lo que debería ser*. Solamente existe *lo que es*, y jamás *lo que debería ser*. *Lo que es* sólo

puede cesar; no puede convertirse en otra cosa. La terminación es mucho más significativa que lo que pueda encontrarse más allá de ese final. Buscar lo que está más allá equivale a cultivar el temor; perseguir lo que se encuentra más allá es eludir, desviarse de *lo que es*. Siempre estamos persiguiendo lo inexistente, algo distinto de lo real. Si por muy desagradable, temible o placentero que fuese, pudiéramos ver esto y permanecer con *lo que es*, entonces la observación, que es atención pura, disiparía *lo que es*.

Una de nuestras dificultades es que queremos tirar hacia delante. Uno se dice: «Comprendo esto; y entonces, ¿qué?» Este 'qué' es una forma de rehuir *lo que es*. El 'qué' es el movimiento del pensar. Si algo es doloroso, el pensamiento trata de evitarlo, pero si es placentero se aferra a ello y lo prolonga. De modo que éste es uno de los aspectos del conflicto.

No existe el opuesto sino sólo lo que realmente es. Como no existe el opuesto en el sentido psicológico, la observación de *lo que es* no reviste conflicto. Pero nuestros cerebros están condicionados en la ilusión del opuesto. Hay opuestos, desde luego: luz y oscuridad, hombre y mujer, negro y blanco, alto y bajo, etc., pero aquí estamos tratando de estudiar la dimensión psicológica del conflicto. El ideal genera conflicto y estamos condicionados por siglos de idealismo: el Estado ideal, el hombre ideal, el prototipo, el dios. Esta división entre el prototipo y lo real es la que genera conflicto. Ver la verdad de esto no es hacer una evaluación crítica.

He estudiado detenidamente lo que se ha dicho en esta carta. Comprendo su lógica y sentido común, pero el pasado tiene un peso tan grande que la injerencia persistente y sostenida de la ilusión cultivada, del ideal de *lo que debería ser*, está siempre ahí. Me pregunto si esta ilusión puede ser totalmente disipada o si debería aceptarla como tal y dejar que se desvanezca. Puedo ver que cuanto más lucho contra ella, más vida le doy, y que es muy difícil permanecer con *lo que es*. Ahora bien, como edu-

cador, como padre y maestro, ¿puedo dilucidar este problema sutil y complejo del conflicto en los seres humanos? ¡Qué maravillosa sería la vida sin conflictos, sin problemas! O mejor dicho, sería maravilloso que tan pronto se presentasen los problemas, cosa que parece inevitable, los resolviéramos de inmediato y no viviéramos con ellos.

Hasta ahora la educación ha consistido en cultivar la competitividad y, por ende, en mantener el conflicto. De manera que veo cómo en mi responsabilidad de cara al estudiante se acumula un problema tras otro. Me ahogan las dificultades y entonces empiezo a perder la visión de un buen ser humano. Estoy usando la palabra *visión* no en el sentido de un ideal o una meta en el futuro, sino en el de la verdadera y profunda realidad de la bondad y la belleza. No es ningún sueño fantástico, algo que haya que alcanzar; su propia verdad es un factor de liberación. Esta percepción es lógica, razonable y totalmente coherente. No tiene connotaciones de sentimentalismo ni de frivolidad romántica.

Lo que se me plantea ahora es la aceptación total de *lo que es*, y veo que mis alumnos están atrapados en la evitación de lo real. De modo que aquí hay una contradicción, y si no soy cuidadoso y no estoy atento en mi relación con los estudiantes, acabaré provocando conflicto, una lucha entre nosotros. Yo veo, pero ellos no ven, lo cual es un hecho. Quiero ayudarles a ver. No se trata de imponerles mi percepción de la verdad, sino de que cada uno de ellos vea la verdad, que no es de nadie. Cualquier forma de presión, tal como dar ejemplo o ser un modelo, es un factor de tergiversación, de modo que tengo que acometer esto muy suavemente e interesarles en la investigación de si es o no es posible ponerle fin al conflicto.

A estas alturas me ha llevado una semana o más entender esto, captar su significación. Puede que no lo esté viviendo como una realidad, pero he captado su delicado diseño y no se me debe escapar. Si los estudiantes captasen tan siquiera su perfume, eso

sería como una semilla viva. Estoy descubriendo que la paciencia no contiene ningún vestigio de tiempo, mientras que la impaciencia está en la propia naturaleza del tiempo. No estoy tratando de obtener un resultado o de llegar a cierta conclusión. No estoy agobiado por todo esto; aquí hay un factor de regeneración.

50

La elección

La libertad no tiene opuesto

La libertad es muy necesaria en nuestra vida. Es obvio que la libertad no consiste en hacer lo que queramos, aunque esto se haya considerado como libertad y haya sido nuestro modo de vida. Nos sentimos contrariados y cohibidos cuando se frustran nuestros deseos. De esto surgen nuestros resentimientos, nuestra sensación de que estamos siendo atacados, y de ahí que estemos en rebelión continua. Hemos seguido este modelo de vida y si somos un tanto considerados, podemos ver el caos absoluto que le ha reportado al mundo. Algunos psicólogos nos han alentado a seguir nuestros impulsos sin restricción alguna, a hacer inmediatamente lo que nos guste, justificando dicha actividad como algo necesario para el crecimiento personal. En realidad, y a pesar de que había restricciones externas, ésta había sido la reivindicación de muchas generaciones pasadas, y actualmente se le llama *libertad* a consentir que el niño haga lo que quiera conforme asciende en la escala de su vida, que es la sociedad. Tal vez ahora haya una oscilación en sentido contrario, hacia el control, la restricción, la disciplina y la inhibición psicológica. Ésta parece ser la historia de la humanidad.

A esto hay que sumarle la computadora y el robot. El desarrollo tecnológico que va en esta dirección espera producir, y probablemente produzca, un ordenador con un procesador similar al cerebro humano pero que pueda pensar con mayor rapidez y exactitud y que, por tanto, nos exima de los largos ho-

rarios laborales. La computadora también se está imponiendo gradualmente en la educación de nuestros hijos: maestros y profesores altamente cualificados en sus distintas materias pueden así instruir a los estudiantes sin hacer acto de presencia. Esto también nos dará cierta libertad.

Excepto en los Estados totalitarios, el hombre va a disponer de mayor libertad y ésta tal vez le permita hacer lo que se le antoje. De esta manera pueden surgir mayores conflictos, más guerras y aflicción para el hombre. Cuando la tecnología y las computadoras con sus robots dominen y se conviertan en parte de nuestra vida cotidiana, ¿qué le va a pasar al cerebro humano, que hasta ahora se ha afanado en la lucha física externa? ¿Se atrofiará el cerebro cuando la gente sólo trabaje un par de horas más o menos? Cuando la relación sea de máquina a máquina, ¿qué va a ocurrirle a la capacidad y vitalidad del cerebro? ¿Buscará éste alguna forma de entretenimiento religioso o de otra índole, o se permitirá explorar las regiones más recónditas del propio ser? La industria del entretenimiento está adquiriendo cada vez más auge y muy poca energía y capacidad humana se vuelcan hacia el interior; de manera que, si no estamos atentos, el mundo del entretenimiento acabará por conquistarnos.

Debemos, pues, preguntarnos qué es la libertad. Se dice a menudo que la libertad se encuentra al término de la disciplina estricta y del control civilizado, entendiendo por *civilizado* que posee literatura, arte, museos y buena comida. Dicha civilización no es más que el ornamento externo de un ser humano confuso y decadente. ¿Consiste la libertad en poder elegir entretenimiento? ¿Acaso la libertad es elección? Siempre consideramos que la libertad es ser libres de algo: de la esclavitud, de la ansiedad, de la soledad, de la desesperación, etc. Esta manera de considerar la libertad sólo conduce a mayores y quizá más refinados estados de desdicha y dolor y a la vileza del odio. La libertad no consiste en elegir a un líder político o religioso al que seguir, cosa que obviamente niega la libertad. La libertad no es lo con-

trario de la esclavitud. La libertad es finalizar, no darle continuidad a lo que ha sido. La libertad en sí no tiene opuesto.

Después de haber leído esto y de haberlo estudiado, ¿cuál es mi relación, no sólo con el estudiante y con mi esposa e hijos, sino con el mundo? Para comprender realmente la profundidad de la libertad, uno necesita muchísima inteligencia y tal vez amor. Pero las actividades del mundo no son inteligentes, como tampoco lo son los niños de mi grupo. Paso con ellos la mayor parte del día. ¿Tengo en mí esta cualidad de libertad, con su inteligencia y amor? Si la tengo, mis problemas se simplifican. Esa cualidad misma operará, y lo que yo creía ser un problema dejará de serlo. Pero en realidad no la tengo. Puedo fingir, dar muestras de simpatía, pero eso es muy superficial. Mi responsabilidad es inmediata. No puedo decirme que voy a esperar hasta que haya alcanzado esa libertad y este afecto o amor. Literalmente, no tengo tiempo, porque los estudiantes están delante de mí. No puedo convertirme en ermitaño. Eso no resolverá ningún problema, ni mío ni del mundo. Necesito un relámpago celeste para conseguir esta libertad y este amor, para hacer pedazos esta incrustación, este condicionamiento; pero no hay rayo ni cielo que valga. Puedo permitirme acabar en un callejón sin salida y deprimirme al respecto; pero encerrarme completamente en mí mismo es una forma de huir del problema y de incapacitarme para afrontar la realidad.

Cuando realmente vea la verdad de que no hay ningún agente externo que me ayude a resolver este dilema, que ninguna influencia externa, gracia o plegaria me puede ayudar en este asunto, entonces acaso tenga una energía incontaminada. Puede que esa energía sea libertad y amor.

¿Pero tengo la energía de la inteligencia para desmantelar lo que en el mundo entero los seres humanos, entre los que me encuentro, han elaborado psicológicamente a su alrededor? ¿Tengo la tenacidad para pasar por todo esto? Me hago estas preguntas a mí mismo y se las plantearé a mis alumnos de una manera

más amable y benévola. Veo con muchísima claridad las repercusiones de todo esto y debo andarme con mucho tiento. La verdadera respuesta reside en la inteligencia y el amor. Si nosotros tenemos estas cualidades, sabremos lo que tenemos que hacer. Debemos comprender muy a fondo la verdad de esto; de lo contrario todos estaremos perpetuando, de una forma u otra, la confusión entre los seres humanos.

51

La limitación del conocimiento

No aprendemos de las guerras sino que repetimos la brutalidad y la bestialidad

La inteligencia no es una consecuencia de la disciplina. No es un derivado del pensamiento. El pensamiento es el resultado del saber y de la ignorancia. Aunque es valiosa en ciertos aspectos, la disciplina del pensamiento conduce al conformismo. Tal como generalmente se entiende, la práctica de la disciplina es conformismo, imitación y seguimiento de una pauta. Disciplina, en realidad, significa aprender, no someterse a una regla. No puede haber disciplina sin amor.

Desde la infancia se nos dice que debemos controlarnos, obedecer y conformarnos siguiendo el modelo de una estructura religiosa o social. Esa disciplina se basa en el premio y el castigo. La disciplina es inherente a toda materia de aprendizaje. Si uno quiere ser un buen jugador de golf o de tenis, eso le exige que preste atención a cada golpe, que responda con elegancia y rapidez; el propio juego tiene su orden natural intrínseco. Este orden instructivo ha desaparecido de nuestra vida, la cual se ha vuelto caótica, despiadada, competitiva, y en la que buscamos el poder con todos sus placeres asociados.

¿Acaso la disciplina no implica aprender todo el complejo movimiento de la vida social, personal y transpersonal? Nuestra vida está fragmentada y nosotros tratamos de comprender cada uno de los fragmentos o de integrarlos en un todo. Si reconocemos todo esto, la mera imposición de una disciplina y de ciertos conceptos se convierten en algo sin sentido; no obstante, sin al-

guna forma de control la mayoría de nosotros perdería los estribos. Es indudable que las restricciones nos sujetan, nos obligan a seguir la tradición.

Uno se da cuenta de que en nuestra vida tiene que haber cierto orden. ¿Es posible tener orden sin ninguna forma de compulsión, sin presión alguna y, esencialmente, sin premio o castigo? El orden social es caótico; hay injusticia, los pobres y los ricos, etc. Todos los reformadores tratan de conseguir la igualdad social y, aparentemente, ninguno de ellos lo ha logrado. Los gobiernos intentan imponer el orden por la fuerza, por medio de la ley y de la propaganda sutil. Aunque podamos encubrir todo esto, bajo la tapadera la olla sigue hirviendo. Debemos, pues, abordar el problema de otra manera. Hemos intentado por todos los medios civilizar y domesticar al hombre y esto tampoco ha tenido mucho éxito. Toda guerra es una barbarie, ya se trate de una guerra santa o política. Así que debemos retomar la pregunta: «¿Puede haber un orden que no sea un artilugio del pensamiento?»

Disciplina significa el arte de aprender. Para la mayoría de nosotros, aprender supone almacenar en la memoria, leer una cantidad ingente de libros, ser capaz de citar a varios autores, coleccionar palabras con el fin de escribir, hablar o comunicar ideas ajenas o propias, y para actuar eficientemente como ingeniero o científico, como músico o buen mecánico. Uno puede distinguirse en el conocimiento de estas cosas y de esa manera incrementar cada vez más su capacidad de obtener dinero, posición y poder. Esto es lo que generalmente se acepta como aprendizaje: acumular conocimientos y actuar basándose en ellos; o acumular conocimientos mediante la acción, lo que viene a ser lo mismo. Ésta ha sido nuestra tradición, nuestra costumbre, de manera que siempre estamos viviendo y aprendiendo dentro del campo de lo conocido. Lo que estamos sugiriendo no es la existencia de algo desconocido sino la necesidad de percibir directamente las actividades de lo conocido, sus limitaciones, peligros

e interminable continuidad. Ésta es la historia del hombre. No aprendemos de las guerras, las repetimos; y la brutalidad y la bestialidad continúan con su corrupción.

Sólo cuando realmente percibamos la limitación del conocimiento, cuando veamos que cuanto más amontonemos, más bárbaros nos volvemos, podremos empezar a investigar lo que es el orden no impuesto desde fuera ni desde dentro, pues ambas formas implican conformismo y, por consiguiente, conflicto interminable. El conflicto es desorden. La captación de todo esto es atención, no concentración, y la atención es la esencia de la inteligencia y del amor. Esto genera orden de forma natural, sin coacción.

Ahora bien, como educadores y como padres, que viene a ser lo mismo, ¿no nos es posible impartirles esto a nuestros alumnos e hijos? Puede que éstos sean demasiado jóvenes para comprender todo lo que acabamos de leer. Vemos las dificultades y éstas nos impiden captar la cuestión más importante. No estoy convirtiendo esto en un problema; soy sencillamente muy consciente de lo que es el caos y lo que es el orden. Estos dos no guardan ninguna relación entre sí. Uno no nace del otro; y yo no estoy negando uno o aceptando el otro.

El florecimiento del germen de la percepción producirá la acción debida.

52
La humildad

La humildad es la esencia del amor y de la inteligencia; no es un logro personal

En todas las civilizaciones han existido unos cuantos que se propusieron y que ansiaron dar origen a seres humanos buenos, unos pocos que no tenían nada que ver con instituciones sagradas o reformas, pero que no dañarían a otro ser humano, que estaban comprometidos con la totalidad de la vida humana, que eran mansos, no agresivos y que, por consiguiente, eran verdaderamente religiosos. El cultivo de la bondad casi ha desaparecido por completo de toda la civilización del mundo moderno. El mundo se está volviendo cada vez más brutal, dañino, lleno de violencia y mendacidad. Indudablemente nuestra función como educadores consiste en deparar una cualidad mental que sea fundamentalmente religiosa. No nos referimos a pertenecer a alguna religión ortodoxa con todas sus creencias fantásticas y sus rituales repetitivos. El hombre siempre ha tratado de encontrar algo más allá de este mundo de ansiedad, sufrimiento y conflicto interminables. En su búsqueda de lo que no es de este mundo, el hombre ha inventado, tal vez inconscientemente, a Dios y otras múltiples formas de la divinidad, y ha instaurado intérpretes entre él y lo que ha proyectado. Ha habido muchos intérpretes, sumamente sofisticados, talentosos y eruditos. Este ciclo se ha repetido históricamente desde la antigüedad: Dios, el intérprete y el hombre. Ésta es la verdadera trinidad en la que la ingenuidad humana ha estado presa. Cada cual quiere algún consuelo, seguridad y paz porque el mundo

ha resultado ser demasiado agobiante para nosotros. En consecuencia, los seres humanos han proyectado la esencia de todo esto en un agente externo, y estamos descubriendo que eso también es una ilusión. Como somos incapaces de trascender y superar todas las limitaciones de la contienda humana, estamos regresando a la barbarie, destruyéndonos mutuamente tanto por dentro como por fuera.

¿Podemos empezar, en este pequeño grupo, a reflexionar sobre estas cosas y, desprendiéndonos de todas las supercherías de la religión, descubrir lo que es una vida religiosa y, de ese modo, preparar el terreno para el florecimiento de la bondad? Sin la mente religiosa no puede haber bondad.

Para comprender la naturaleza de la religión, hay que tener en cuenta tres factores: la austeridad, la humildad y la diligencia. Austeridad no significa reducir la totalidad de la vida a cenizas mediante la disciplina severa, la represión de todos los instintos, de todos los deseos e incluso de la belleza. En el mundo asiático la manifestación externa de esta represión era la túnica azafranada y el taparrabos; en el mundo occidental era convertirse en monje y hacer votos de castidad y de obediencia absoluta. Aunque la sencillez de la vida se expresase exteriormente en vestir hábitos y llevar una existencia restringida en una estrecha celda, por dentro la llama del deseo seguía ardiendo ininterrumpidamente y generando conflicto. Esa llama debía ser extinguida mediante la estricta adhesión a un concepto, a una imagen. El libro y la imagen se convirtieron en los símbolos de una vida sencilla.

La austeridad no es la expresión externa de una conclusión basada en la fe, sino la comprensión de la complejidad interna, de la confusión y angustia de la vida. Esta comprensión, que no es verbal ni intelectual, requiere una percepción muy cuidadosa y despierta, una percepción que no obedece a la complejidad del pensamiento sino que es claridad. Esta claridad origina su propia austeridad.

La humildad no es lo contrario de la vanidad, no consiste en inclinar la cabeza en reverencia ante alguna autoridad abstracta o ante el sumo sacerdote. No es el acto de sometimiento a un gurú o a una imagen, que son la misma cosa. No es la abnegación total e inmolación de uno mismo a algún ser físico o imaginario. La humildad no va unida a la arrogancia. La humildad carece del sentido interno de posesión. La humildad es la esencia del amor y de la inteligencia; no es un logro personal.

Y el otro factor es la diligencia, que consiste en que el pensamiento se dé cuenta de sus actividades, engaños e ilusiones. Es el discernimiento entre lo verdadero y lo falso que transforma la realidad en lo que ésta debiera ser. Es darse cuenta de las reacciones de cara al mundo exterior y de las susurrantes respuestas internas. No se trata de una vigilancia egocéntrica sino de ser sensible a toda relación.

Por encima y más allá de todas estas cosas están la inteligencia y el amor. Una vez existen, de ello se siguen todas las demás cualidades. Es como abrirle la puerta a la belleza.

Ahora vuelvo, como educador y como padre, a mi embarazosa pregunta. Mis estudiantes y mis hijos tienen que enfrentarse al mundo, que es todo menos inteligencia y amor. Ésta no es una afirmación cínica; es algo palpable y evidente. Tienen que enfrentarse a la corrupción, a la brutalidad y a la insensibilidad más absolutas. Están atemorizados. Siendo responsables (estoy usando esa palabra con sumo cuidado y con una significación profunda), ¿cómo les vamos a ayudar a encarar todo esto? No le estoy haciendo la pregunta a nadie más; me la planteo a mí mismo de manera que en el acto de cuestionar me aclare. Esto me perturba sobremanera y desde luego no quiero una respuesta consoladora. En el acto de cuestionarme a mí mismo se revelan los comienzos de la sensibilidad y de la claridad. Me preocupa enormemente el futuro de estos niños y estudiantes, y al ayudarles a usar palabras como *inteligencia* y *amor* estoy acumulan-

do fuerzas. Contribuir a que un muchacho o una muchacha sean así, me basta, porque el río comienza en las altas montañas como un regato pequeño, solitario y lejano, pero adquiere ímpetu hasta convertirse en un río enorme. De modo que uno debe empezar con una reducida minoría.

53
La mediocridad
¿Qué energía nos hará salir de la ordinariez?

El mundo es lo que somos. Este mundo lo hemos creado en el seno de la familia y de la sociedad, un mundo de vulgaridad, brutalidad, crueldad, ordinariez y destrucción mutua. También nos destruimos unos a otros en el ámbito psicológico, explotándonos mutuamente con el fin de satisfacer nuestros deseos. Al parecer, nunca nos damos cuenta de que a menos que cada uno de nosotros experimente un cambio radical, el mundo continuará de la misma forma que lo ha estado haciendo durante miles de años, mutilándonos y matándonos unos a otros y expoliando la tierra. Si nuestra propia casa no está en orden, en absoluto podemos esperar que la sociedad y nuestras interrelaciones estén en orden. Es todo tan obvio que lo pasamos por alto. No sólo lo descartamos por ser simple, sino también por demasiado arduo, así que aceptamos las cosas como son, recaemos en el hábito de la aprobación y vamos tirando. Ésta es la esencia de la mediocridad. Uno puede poseer un talento literario reconocido por una selecta minoría y esforzarse por alcanzar la popularidad; uno puede ser pintor, poeta o músico destacado; no obstante, en nuestras vidas diarias nuestro compromiso no es para con la totalidad de la existencia. Incluso es posible que estemos contribuyendo a la enorme confusión y desdicha de la humanidad. Cada cual quiere expresar su pequeño talento y contentarse con eso, olvidando o descuidando toda la complejidad del infortunio y el dolor humanos. Esto lo aceptamos y se ha convertido en nues-

tro estilo normal de vida. No somos nunca unos extraños ni nos mantenemos alejados de esto; sentimos que somos incapaces de permanecer ajenos a ello o tenemos miedo de no estar metidos en la corriente de lo común.

Como padres y educadores, convertimos la familia y la escuela en lo que somos. Mediocridad realmente significa escalar la montaña sólo a media altura sin alcanzar jamás la cima. Queremos ser como todo el mundo o, si deseamos distinguirnos un poco, lo mantenemos celosamente oculto. No nos referimos a la excentricidad, la cual es una forma más de expresar la propia personalidad, cosa que todo el mundo está haciendo a su manera peculiar. A uno sólo le toleran la excentricidad si es de clase acomodada o tiene talento, pero si es pobre y actúa de forma extraña lo rechazan o lo ignoran. Pero pocos de nosotros tenemos talento; somos trabajadores activos en el ejercicio de nuestras profesiones particulares.

El mundo se está volviendo cada vez más mediocre. Nuestra educación, nuestras ocupaciones y nuestra aceptación superficial de la religión tradicional nos están volviendo mediocres y bastante desaliñados. Aquí lo que nos importa no es la expresión del talento o de cierta capacidad, sino nuestra vida diaria. Como educadores, los padres incluidos, ¿podemos romper con esta trabajosa y mecánica manera de vivir? ¿Es acaso el miedo inconsciente a la soledad el que nos hace recaer en hábitos, ya sean laborales, de pensamiento y de aceptación del estado general de las cosas? Establecemos una rutina para nosotros mismos y vivimos haciendo todo lo posible por ajustarnos a esa costumbre, de modo que el cerebro se vuelve paulatinamente mecánico. Esta forma mecánica de vivir es mediocridad. Los países que se mantienen de tradiciones establecidas son generalmente mediocres. Así que nos preguntamos de qué modo puede acabar la mediocridad mecánica sin generar otro patrón que gradualmente también se volverá mecánico.

La cuestión es el uso mecánico del pensamiento; no es cómo

salirse de la mediocridad, sino que se trata de comprender la importancia total que el hombre le ha dado al pensamiento. Todas nuestras actividades y aspiraciones, nuestras relaciones y anhelos se basan en el pensamiento. El pensamiento es común a todos, ya se trate de gente superdotada o de aldeanos sin ningún tipo de educación. El pensamiento es común a todos nosotros. No es ni de Oriente ni de Occidente, ni de las tierras bajas ni de las tierras altas. No es suyo ni mío. Es importante que se comprenda esto. Lo hemos convertido en algo personal y, al hacerlo, hemos limitado todavía más la naturaleza del pensamiento. El pensamiento es limitado, pero cuando nos apropiamos de él lo hacemos más superficial todavía. Cuando veamos la verdad de esto, no habrá más competición entre el pensamiento de los ideales y el pensamiento de todos los días. Lo que ha adquirido suma importancia es el ideal y no el pensamiento de la acción. Esta división es la que genera conflicto y aceptar el conflicto es ser mediocre. Los políticos y los gurús son los que alimentan y sostienen este conflicto y, por consiguiente, la mediocridad.

Una vez más llegamos a la cuestión básica: ¿cuál es la respuesta del maestro y del padre, lo que nos incluye a todos, a la generación venidera? Podemos percibir la lógica y la cordura de lo que se dice en estas cartas, pero la comprensión intelectual no parece proporcionarnos la energía vital que nos saque de nuestra mediocridad. ¿Cuál es esa energía que ahora mismo, no al cabo de un tiempo, hará que nos salgamos de la vulgaridad? Ciertamente no es el entusiasmo ni la captación sentimental de alguna percepción difusa, sino que es una energía que se mantiene bajo cualquier circunstancia. ¿Cuál es esa energía, que debe ser independiente de toda influencia externa? Ésta es una pregunta seria que cada uno se estará planteando a sí mismo. ¿Existe semejante energía totalmente libre de toda causalidad?

Examinemos esto juntos. El pensamiento es el resultado de una causa, que es el conocimiento. Lo que posee una dimensión siempre tiene un final. Cuando decimos que comprendemos, eso

por lo general significa una comprensión intelectual o verbal, pero comprender es percibir sensiblemente *lo que es,* y tal percepción es el desvanecimiento de *lo que es*. La percepción es esta atención que concentra toda la energía para observar el movimiento de *lo que es*. Esta energía de la percepción no tiene causa, como tampoco la tienen la inteligencia y el amor.

54

La armonía con la naturaleza

Si uno daña la naturaleza se daña a sí mismo

Los educadores seguramente están al tanto de lo que actualmente está pasando en el mundo. Las diferencias raciales, religiosas, políticas y económicas dividen a la gente y esta división es fragmentación. Esto está originando un gran caos en el mundo: guerras, toda clase de embustes en política, la violencia rampante del hombre contra el hombre, etc. Éste es el estado actual de confusión que impera en el mundo, en la sociedad en que vivimos, sociedad que todos los seres humanos han creado con sus culturas, sus divisiones lingüísticas, sus separaciones regionales. Todo esto engendra no sólo confusión, sino odio, mucho antagonismo y más diferencias lingüísticas.

Esto es lo que está ocurriendo y la responsabilidad del educador es realmente enorme. Su intento en todas estas escuelas es dar origen a un buen ser humano que tenga un sentimiento de relación global, que no sea nacionalista, regionalista o separatista, que no se aferre religiosamente a las viejas tradiciones muertas, las cuales en realidad no tienen ningún valor. La responsabilidad del educador adquiere cada vez mayor seriedad, mayor compromiso y dedicación para con la educación de los estudiantes.

¿Qué está haciendo actualmente esta educación? ¿Está realmente contribuyendo a que la humanidad, a que nuestros hijos sean más responsables, más amables y generosos, a que no recaigan en la vieja pauta de la ruindad y malevolencia de este mun-

do? Si el educador está realmente comprometido, como debe estarlo, entonces tiene que ayudar al estudiante a descubrir la relación que tiene con el mundo; o sea, no con el mundo de la imaginación o del sentimentalismo romántico, sino con el mundo real que es el escenario de todos los acontecimientos, además de con el mundo de la naturaleza, con el desierto, la jungla, los pocos árboles que le rodean y los animales de la Tierra. (Los animales, afortunadamente, no son nacionalistas; cazan sólo para sobrevivir.) Si el educador y el estudiante pierden su relación con la naturaleza, con los árboles y con la mar ondulada, cada uno de ellos perderá definitivamente su relación con la humanidad.

¿Qué es la naturaleza? Se habla mucho de la naturaleza y hay muchas iniciativas para su protección, para proteger los animales, los pájaros, las ballenas y los delfines, para sanear los ríos contaminados, los lagos, los verdes campos y demás. La naturaleza no es algo creado por el pensamiento, como lo es la religión y la creencia. La naturaleza es el tigre, ese animal extraordinario, con su gran energía y poderío. La naturaleza es el árbol que se yergue solitario en el campo, los prados y la arboleda; es esa ardilla que se esconde tímidamente detrás de una rama. La naturaleza es la hormiga, la abeja y todas las criaturas de la Tierra. La naturaleza es el río, no un río específico como el Ganges, el Támesis o el Misisipí. La naturaleza es todas esas montañas nevadas, con sus valles de un azul profundo y sus cadenas de cerros descendiendo hasta encontrarse con el mar. El universo es parte de este mundo. Uno debe sentir afinidad con todo esto, no destruirlo, no matar por placer, no sacrificar animales para nuestra despensa. Matamos, efectivamente, los vegetales que comemos, pero uno tiene que fijar ciertos límites. Si no comiéramos vegetales, ¿cómo viviríamos? De modo que uno debe discernir con inteligencia.

La naturaleza forma parte de nuestra vida. Nos criamos de la semilla, de la tierra, y somos parte de todo eso, pero estamos perdiendo rápidamente el sentido de nuestro parentesco con los

demás animales. ¿Puede usted sentir afinidad con ese árbol, mirarlo, ver su belleza y escuchar el sonido que hace? ¿Puede ser sensible a la pequeña planta, a los hierbajos, a esa enredadera que trepa por la tapia, a la luz sobre las hojas y a la multitud de sombras? Uno debe percibir todo esto y tener ese sentimiento de comunión con la naturaleza que le rodea. Puede que uno viva en una ciudad, pero con todo tiene árboles aquí y allá. El jardín de al lado puede estar abandonado, cubierto de maleza, pero mire la flor que ahí está y sienta que usted forma parte de todo eso, parte de todos las criaturas vivientes. Si uno le hace daño a la naturaleza, se daña a sí mismo.

Uno sabe que todo esto se ha dicho antes de diferentes maneras, pero no parece que le prestemos mucha atención. ¿Es que estamos tan atrapados en nuestra propia red de problemas, en nuestros deseos y pulsiones de placer y de dolor, que nunca contemplamos lo que nos rodea, nunca observamos la Luna? Obsérvela. Observe totalmente con sus ojos y oídos, con su sentido del olfato. Observe. Mire como si lo estuviera haciendo por primera vez. Si lo consigue, usted estará viendo por vez primera el árbol, el arbusto y la brizna de hierba. Entonces podrá ver a su maestro, a su padre y a su madre, a su hermana y a su hermano por vez primera. Eso encierra un sentimiento extraordinario, como la maravilla, la novedad, el milagro de una fresca mañana que nunca ha existido antes y que no volverá a existir.

Comulgue de verdad con la naturaleza, no se quede enredado en su descripción verbal sino sea parte de ella, perciba, sienta que usted pertenece a todo eso, que puede amarlo, sentir admiración por el ciervo, por la lagartija sobre el muro o la rama rota caída en el suelo. Contemple la estrella vespertina o la luna nueva sin palabras, no comentando de pasada sobre lo bella que es y dándole la espalda atraído por otra cosa. Mire ese lucero solitario y la delicada luna nueva como si los viera por vez primera. Si existe una comunión así entre usted y la naturaleza, entonces usted puede comulgar con el hombre, con el compañero

de estudios que se sienta a su lado, con su educador o con sus padres. Hemos perdido todo sentido de relación en la que no haya sólo declaraciones verbales de afecto y consideración, sino también este sentimiento de comunión que no es verbal. Es la sensación de que todos estamos unidos, que no estamos divididos, fragmentados, que no pertenecemos a ningún grupo o raza en particular, ni a ciertos conceptos idealistas, sino que todos somos seres humanos y que vivimos todos en esta extraordinaria y hermosa Tierra.

¿Alguna vez se ha despertado usted de mañana y mirado por la ventana, o ha salido y contemplado los árboles y el amanecer primaveral? Viva con ello. Escuche todos los sonidos, el susurro, la leve brisa entre el follaje. Vea la luz sobre una hoja y observe el Sol asomando sobre la colina, sobre el prado, el cauce seco del río y las ovejas que pastan sobre la ladera. Observe todas esas cosas. Mírelas con el sentimiento afectuoso y compasivo de que no quiere hacerle daño a nada. Cuando usted tiene una comunión así con la naturaleza, entonces su relación con otra persona se vuelve sencilla, clara y libre de conflicto.

Ésta es una de las responsabilidades del educador, no meramente la de enseñar matemáticas o cómo manejar una computadora. Es mucho más importante estar en comunión con aquellos seres humanos que sufren, luchan y experimentan el gran dolor y la tribulación de la pobreza, y también con la gente rica que pasa en un coche de lujo. Si el educador está comprometido con esto, le está ayudando al estudiante a ser sensible a los sufrimientos, luchas, ansiedades y preocupaciones de los demás, y a las disputas que hay en la propia familia. Debería ser responsabilidad del maestro educar al niño, al alumno, para que tenga una comunión así con el mundo. Puede que el mundo sea demasiado grande, pero el mundo está donde él esté; ése es su mundo. Y esto da lugar a una consideración natural, al afecto hacia los demás, a la cortesía y a una conducta que no es ofensiva, cruel o vulgar.

El educador no debería hablar de todas estas cosas sólo de forma verbal; debe sentir el mundo, el mundo de la naturaleza y el del hombre. Ambos están interrelacionados. El hombre no puede evitarlo: cuando destruye la naturaleza, se está destruyendo a sí mismo; cuando mata a un semejante, se está matando a sí mismo. El enemigo no es el otro sino uno mismo. Vivir en semejante armonía con la naturaleza, con el mundo, naturalmente genera un mundo distinto.

Sólo hay aprendizaje

El aprendizaje genera igualdad entre los seres humanos

Tal vez se aprenda más de la observación que de los libros. Los libros son necesarios para aprender una materia, ya se trate de las matemáticas, de geografía, historia, física o química. Los libros tienen impreso en sus páginas el conocimiento acumulado de los científicos, los filósofos, los arqueólogos y demás. Esta acumulación de conocimiento que uno aprende en el colegio, luego en el instituto y, si uno es lo bastante afortunado como para ir a ella, en la universidad, ha sido recopilada durante siglos y desde las épocas más antiguas. Hay un gran cúmulo de conocimiento procedente de la India, del antiguo Egipto, de Mesopotamia, de los griegos, de los romanos y, por supuesto, de los persas. Tanto en el mundo occidental como en el oriental este conocimiento es necesario para obtener una carrera y para realizar cualquier trabajo, ya sea mecánico o teórico, práctico o que uno tenga que idear, inventar. Este conocimiento ha producido una tecnología ingente, especialmente en el siglo XX. Existe el conocimiento de lo que llamamos libros sagrados, de los Vedas, los Upanishads, la Biblia, el Corán y las Escrituras hebreas. Tenemos libros religiosos y libros pragmáticos, libros que le ayudarán a adquirir conocimientos, a actuar con destreza, ya sea como ingeniero, biólogo o carpintero.

En todas las escuelas, y especialmente en éstas, la mayoría de nosotros adquirimos conocimientos e información. Hasta

ahora la razón de ser de las escuelas ha consistido en esa adquisición de cuantiosa información: sobre el mundo exterior que nos rodea, sobre el firmamento y la naturaleza, por qué es la mar salada, por qué crecen los árboles; sobre los seres humanos, su anatomía, la estructura del cerebro, etc.; sobre el entorno social, la economía, y muchas cosas más. Ese conocimiento es absolutamente necesario, pero el conocimiento es siempre limitado. Por mucho que evolucione, el acopio de conocimientos es siempre limitado. Parte del aprendizaje consiste en esta adquisición de conocimientos de diversas materias, de manera que usted pueda sacar una carrera y conseguir un empleo que le agrade o que las circunstancias y las exigencias sociales le obliguen a aceptar, a pesar de que no le guste mucho realizar esa clase de trabajo.

Como ya dijimos, observando se aprende muchísimo, observando las cosas que nos rodean, los pájaros, los árboles, el firmamento, las estrellas, la constelación de Orión, la Osa Mayor, el lucero de la tarde. No sólo se aprende mediante la simple observación de las cosas que nos rodean, sino también observando a la gente, su manera de andar, sus gestos, las palabras que emplean y su modo de vestir. Usted observa no sólo lo que le es externo sino que además se observa a sí mismo, por qué piensa esto o aquello, su conducta, su manera de comportarse en la vida diaria, por qué sus padres quieren que usted haga esto o lo otro. Usted está observando, no ofreciendo resistencia. Si se resiste, no aprende. O si llega a alguna clase de conclusión, a cierta opinión que usted considera correcta y se aferra a ella, entonces, naturalmente, no aprenderá nunca. Para aprender se necesita libertad y curiosidad, un sentimiento de querer saber por qué usted u otros se comportan de cierta manera, por qué la gente se enfada, por qué se enoja usted.

Aprender es extraordinariamente importante porque es infinito. Aprender, por ejemplo, por qué los seres humanos se matan unos a otros. Por supuesto que en los libros hay cantidad de

explicaciones, todas las razones psicológicas de por qué los seres humanos tienen ciertos comportamientos, de por qué son violentos. Todo esto ha sido explicado en toda clase de libros por eminentes autores, psicólogos, etc. Pero lo que usted lee no es lo que usted es. Si usted se observa, si observa su forma de ser, su manera de comportarse, por qué se enfada, tiene envidia o se deprime, aprende mucho más que de un libro que describa lo que usted es. Pero es más fácil leer un libro sobre usted que observarse a sí mismo. El cerebro está acostumbrado a recaudar toda su información de acciones y reacciones externas. ¿No le resulta mucho más cómodo que le guíen, que otros le digan lo que tiene que hacer? Los padres, especialmente en los países orientales, le dicen con quién tiene que casarse, pactan el matrimonio y determinan cuál debe ser su carrera. De manera que el cerebro acepta la vía más fácil, y la más fácil no es siempre la correcta.

No sé si usted ha notado que ya nadie ama su trabajo, acaso con la excepción de un puñado de científicos, artistas y arqueólogos. Pero rara es la vez que al hombre común le encante lo que está haciendo. Se ve obligado por la sociedad, por sus padres o por la ambición de ganar más dinero. Así que aprenda observando con muchísimo detenimiento tanto el mundo de afuera, que le es externo, como el mundo interior, o sea el mundo de su propia persona.

Parece haber dos maneras de aprender. Una es adquirir cantidad de conocimientos, primero mediante el estudio y actuando luego a partir de ese conocimiento. Eso es lo que hacemos la mayoría de nosotros. La otra manera es actuar, hacer algo y aprender de la acción; y eso también se convierte en acumulación de conocimientos. En realidad, las dos cosas, aprender de un libro o adquirir conocimientos mediante la acción, vienen a ser lo mismo. Ambas se basan en el conocimiento, en la experiencia y, como ya hemos dicho, la experiencia y el conocimiento son siempre limitados.

De manera que tanto el educador como el educando deberían descubrir lo que es realmente el aprendizaje. Por ejemplo, quizás usted aprenda de un gurú, si se trata de un gurú como es debido, o sea sensato, no de los que están para ganar dinero, que quieren ser famosos y recorren diferentes países para amasar fortuna merced a sus teorías un tanto demenciales. Averigüe lo que significa aprender. Hoy día el aprendizaje se está convirtiendo cada vez más en una forma de entretenimiento. En algunas escuelas occidentales, cuando los estudiantes se han graduado del instituto, de la escuela secundaria, ni siquiera saben leer y escribir. Y cuando sí saben leer y escribir y aprenden diversas materias, todos ustedes resultan ser personas sumamente mediocres. ¿Sabe lo que quiere decir la palabra *mediocridad*? El significado etimológico es ascender a medias la colina sin llegar nunca a lo alto. Eso es la mediocridad: no exigirse nunca a sí mismo lo excelso, la excelencia en grado sumo. Y aprender es infinito, no tiene realmente fin.

¿De quién, pues, está usted aprendiendo? ¿De los libros? ¿Del educador? ¿O tal vez, si su mente es lúcida, de la observación? Al parecer hasta ahora usted ha estado aprendiendo del exterior. Usted aprende, acumula conocimientos, actúa desde esos conocimientos, determina su carrera, etc. Si está aprendiendo de sí mismo o, mejor dicho, si aprende observándose a sí mismo, observando sus prejuicios, conclusiones terminantes y creencias, si está observando las sutilezas de su pensamiento, su vulgaridad y sensibilidad, entonces usted mismo se convierte en el maestro y en el discípulo. Entonces no depende internamente de nadie, de ningún libro o especialista. Si está mal y tiene alguna clase de enfermedad, por supuesto que tiene que ir a un especialista; eso es natural y necesario. Pero depender de alguien, por muy excelente que pueda ser, le impide aprender acerca de sí mismo y de lo que usted es. Y es de suma importancia aprender eso, porque lo que uno es da lugar a esta sociedad tan corrupta, inmoral y agresiva, en la que hay una escalada vertigino-

sa de la violencia, y donde cada cual se afana por conseguir su propio éxito particular, su propia forma de realización. Aprenda lo que usted es, no por mediación de otra persona sino observándose a sí mismo sin condenar, sin decir «esto está bien, soy así y no puedo cambiar» y seguir tirando. Cuando usted se observa a sí mismo sin ninguna clase de reacción ni de resistencia, entonces esa misma observación actúa, quemando cual llama ardiente las estupideces, las ilusiones que uno tiene.

De modo que aprender es muy importante. Un cerebro que deja de aprender se vuelve mecánico. Es como un animal atado a una estaca: sólo puede moverse en función de la longitud de la cuerda o soga con la que está amarrado. La mayoría de nosotros estamos amarrados a nuestra propia estaca particular, a una estaca y con una cuerda invisibles. Uno se mueve de aquí para allá dentro del radio de esa cuerda y eso es muy limitado. Es como un hombre que piensa todo el día en sí mismo, en lo que le gustaría hacer, en sus problemas, deseos y placeres. Usted ya conoce esta ocupación constante consigo mismo. Es sumamente limitada y dicha limitación genera distintas formas de conflicto e infelicidad.

Los grandes poetas, pintores y compositores nunca están satisfechos con lo que han hecho. Siempre están aprendiendo. Usted no deja de aprender una vez que haya pasado los exámenes y se haya incorporado al mundo laboral. Hay una gran fuerza y vitalidad en aprender, especialmente en aprender acerca de sí mismo. Aprenda, observe de modo que en usted no quede rincón por descubrir, que no sea visto. Esto implica en realidad liberarse de su condicionamiento específico. El mundo está dividido por su condicionamiento indio, americano, inglés, ruso, chino, etc. Como consecuencia de este condicionamiento hay guerras, exterminio de miles de personas, desdicha y brutalidad.

De modo que tanto el educador como el educando están aprendiendo en el sentido más profundo de esa palabra. Cuan-

do ambos están aprendiendo no existen ni el educador ni el que va a ser educado: sólo hay aprendizaje. El aprendizaje libera al cerebro y al pensamiento del prestigio, de la posición y el estatus. El aprendizaje genera igualdad entre los seres humanos.

56
La tradición
La rebelión en contra del pasado sólo conduce a un nuevo conformismo

Una de las cosas más importantes que todos debemos comprender es el peso tremendo que tiene la tradición, especialmente en este país, la India, donde está considerada como lo más sagrado. La palabra *tradición* significa rendir, entregar. Cuando uno se rinde al pasado, lo que ha sido configura o condiciona la mente. Entonces el pasado adquiere suma importancia, en contraste y oposición al presente.

El pasado se cultiva mediante los rituales, los llamados libros sagrados y la propaganda religiosa. Eso condiciona la mente y, por tanto, la limita. El tradicionalista busca la libertad dentro de esos límites. Es como un preso que ensancha los muros de su prisión: por muy amplio que sea el patio en el que se pasea, continúa estando en la cárcel. Estas costumbres que han sido cuidadosamente cultivadas por las generaciones anteriores se transmiten a través de la familia, de la literatura, de las influencias ambientales; lo que importa no es el cultivo de la mente, sino su control mediante pautas establecidas en el pasado, en las que se deposita la esperanza de que generen orden. Ése es el propósito de la tradición.

Contra este lastre de la tradición se han rebelado todas las generaciones de jóvenes desde Sócrates hasta nuestros días: los *hippies*, los *beatnicks*[2] y demás, con sus uniformes de pelo largo,

[2] Los *beatnicks*, nombre derivado de *beatific*, «beatífico», o *beat generation*, fue un movimiento esencialmente literario de los años 50 a 70 en

barbas, etc. Esta rebelión en contra del pasado sólo conduce a otra clase de conformismo y es sintomática de una gran protesta contra el orden establecido y contra la generación precedente, la cual es responsable de las guerras, del desorden de la sociedad, de la partición de la humanidad en nacionalidades y grupos religiosos.

Liberarse del pasado no es rebelarse en su contra sino comprender cómo el pasado, o sea la tradición y la costumbre, ha conformado nuestras mentes y corazones. La libertad surge en el acto de estudiar este condicionamiento, o sea en una toma de conciencia crítica de uno mismo, en verse prisionero en este mundo de enorme sufrimiento que uno ha creado. Sin esta libertad es imposible actuar en el presente. El presente activo es la única acción.

Usted o bien va a repudiar el pasado por completo, o bien va a ser absorbido por la sociedad, lo que significa rendirse, entregarse a la sociedad con sus tradiciones, sus guerras, etc. O sea, que usted se convertirá en el orden establecido para sus hijos, quienes, si son un tanto inteligentes, se rebelarán en su contra. Los jóvenes llevan miles de años rebelándose. Cada generación destruye a sus jóvenes mediante una educación errónea e ideologías carentes de todo valor. El principal propósito de la educación es romper esta cadena, y no limitarse a fortalecer la memoria, cuyo empleo contribuirá a ganarse la vida. La verdadera educación consiste no sólo en ayudarle al alumno a pasar exámenes en materias técnicas, sino a comprender todo el campo de la existencia, que es su vida. No sólo el educador debe exigir este tipo de educación sino que también debe hacerlo el estu-

---

Estados Unidos caracterizado por su rechazo de la autoridad y la tradición, por su pacifismo, su respeto por la naturaleza y su énfasis en la expansión de la conciencia. Se les considera como los descendientes del trascendentalismo de Emerson, Thoreau y Whitman, y fueron, al igual que los *hippies*, una de las vertientes de la contracultura de los 60. [*N. del R.*]

diante; y ambos deben asegurarse de que dicha educación se mantenga mediante el cuestionamiento, los debates y las sesiones de la asamblea general de la escuela, actividades en las que el educador y el alumno se relacionan de forma no autoritaria.

La bondad no puede florecer en la tradición y la continuidad de la tradición no es bondad.

57

La cultura

La verdadera cultura es un movimiento en libertad

La cultura, tal como la palabra indica, es algo que está creciendo y cambiando constantemente, es un movimiento sin ningún fin determinado. Cultivar una planta o una flor requiere atención y protección pero es mucho más difícil cultivar la mente. La mente es muy compleja, muy sutil y posee posibilidades inmensas, verdaderamente incalculables. Descuidamos la totalidad de la mente y tratamos de cultivar una parte muy reducida mediante la educación, mediante el aprendizaje de una técnica que nos capacite para ganarnos la vida. Esta pequeña formación específica que uno recibe mediante la educación, los contactos sociales y la relación con otros seres humanos conduce a la contradicción, la cual se expresa en la vida diaria en forma de conflicto, odio, antagonismo y agresividad competitiva, cosa que ha adquirido suma importancia en términos de la mera supervivencia. Y porque uno es incapaz de ponerle fin a esta contradicción en sí mismo y en la sociedad o comunidad en la que vive, uno se evade acudiendo a los templos, las iglesias o las mezquitas, dándose a la bebida o a las relaciones sexuales desenfrenadas, etcétera. Todas las evasiones son esencialmente iguales, ya se trate de huidas hacia lo que llamamos Dios o de darle importancia al sexo.

El cultivo del fragmento debe conducir inevitablemente a la destrucción y el sufrimiento, ya sea ese fragmento la nación, una creencia particular, la familia o una idea. El cultivo de la glo-

ria y el éxito del fragmento tiene que dividir, separar y, por consiguiente, generar caos en el mundo. Hasta ahora el cultivo del fragmento ha sido el objetivo principal de la educación, de la sociedad. Este cultivo parcial fomenta necesariamente el temor y, en consecuencia, la búsqueda constante de seguridad, tanto externa como interior. Ésta es la sociedad en la que vivimos, con sus guerras, violencia, brutalidad, agresión y sufrimiento siempre en aumento.

Si en una escuela le damos toda la importancia a la adquisición de conocimientos técnicos y, como seres humanos, descuidamos por completo la inmensidad de la mente, nos volveremos mecánicos, unos aburridos de la vida y fundamentalmente indolentes. Esto es lo que está pasando. Se puede cultivar un fragmento pero no se puede cultivar todo el campo porque uno no posee el instrumento con el que penetrar en esa vastedad. No nos damos cuenta de esto y así el intelecto cobra una importancia suprema o le rendimos un culto emocional y entusiasta a cierta ideología del Estado, a la propia imagen o a un concepto de esa vastedad, al que se le da el nombre de religión. Lo que el hombre cultiva en sus temores se convierte en tradición.

De manera que nuestro problema no es sólo recibir una formación de primera en conocimientos técnicos sino también penetrar tentativamente en el interior de esta mente extraordinaria, con toda su inmensidad. Inevitablemente usted preguntará cómo se puede hacer esto. El 'cómo' es el método, el sistema y si usted adopta un sistema o método, no importa el que sea o de quien sea, estará cultivando nuevamente el fragmento. Cuando se dé cuenta de esto no preguntará cómo.

De manera que usted ya se ha embarcado en una investigación distinta. Esta investigación requiere una libertad total. Esta libertad no es desorden; no es una actitud permisiva. Si alguna vez se ha exigido a sí mismo esta libertad, usted también se ha formado una imagen, un concepto o idea de lo que es esa libertad y, obviamente, la libertad no es eso. La libertad no es algo

que se encuentre en el cielo sino en nuestras vidas diarias, en el desprendimiento de la brutalidad, la violencia, la codicia, etc. Sin estas bases de libertad, el crecimiento del fragmento conduce al caos y causa daños y aflicción incalculables.

La verdadera cultura es un movimiento en libertad, no dentro de la pauta de una ideología, la cual se convierte en la tradición.

58

La obediencia

El temor genera autoridad

La libertad es una de las cosas más importantes de la vida, quizás la más importante. Todos los gobiernos, tanto los tiránicos como los democráticos, así como las religiones del mundo entero, han abusado masivamente de esta palabra. La libertad e independencia personales no existen, excepto posiblemente en el mundo científico. No existen en el mundo de los negocios ni en las organizaciones religiosas que el hombre ha instituido a base de miedo y creencia; no existen en los gobiernos ni en ninguna rama de la actividad humana. Pero el hombre ha perseverado en su afirmación de que es libre y se ha quejado de que lo que lo esclaviza es el entorno. La libertad, que es independencia para pensar con claridad por sí mismo y no actuar según los dictados de la sociedad o de las propias inclinaciones personales, es muy difícil, pero sin libertad jamás se puede descubrir o llevar una vida que sea totalmente distinta de la calamidad que todos experimentamos en el día a día.

La libertad no es el mero desprendimiento de algo sino que es libertad como tal. Esto no significa libertad para hacer lo que uno quiera, por lo que uno tiene que comprender no sólo de modo verbal, sino concretamente, lo que esa palabra implica. No estamos tratando de definir lo que es la libertad; cada cual la interpretará según su propio antojo, tendencia o educación y algunos incluso negarán absolutamente la existencia de algo semejante. La libertad no se encuentra buscándola sino compren-

diendo lo que aprisiona la mente. Cuando esos muros carcelarios se derrumban, entonces hay naturalmente libertad y uno no tiene que buscarla. De manera que lo importante no es cómo alcanzar la libertad ni preguntar qué es sino indagar por qué la mente, que es producto del tiempo y del medio ambiente y que ha tenido tantísimas experiencias de aflicción y conflicto, no es libre.

Lo importante es examinar por qué la mente todavía sigue estando tan fuertemente condicionada después de tantos millones de años. Ésta es la prisión en la que vive. La mente está condicionada por la sociedad con sus culturas, leyes, preceptos religiosos, presiones económicas, etc. Al fin y al cabo, la mente es el resultado del pasado y este pasado es la tradición. Vive en esa tradición con todas sus luchas, guerras y agonías. Uno debe plantear la pregunta de si la mente puede liberarse de su propio condicionamiento. Algunos han dicho que necesariamente permanecerá siempre condicionada y que nunca puede ser libre y otros han dicho que esta liberación del condicionamiento nunca se puede alcanzar aquí sino exclusivamente en algún futuro cielo o al cabo de un largo sacrificio, de una disciplina o programa de mayor conformismo a una pauta de lo que se ha dado en llamar práctica religiosa. Si no se libera del condicionamiento, la humanidad permanecerá siempre prisionera y la vida seguirá siendo un campo de batalla.

Lo primero que hay que comprender en esta investigación es la naturaleza de la autoridad. La ley y el policía son necesarios en cualquier comunidad, pero también hemos introducido un gendarme en el dominio interno del pensamiento y del sentir. En dicho ámbito, la tradición, la experiencia y el hábito han implantado la obediencia a los padres, a la sociedad y al sacerdote. Pero la obediencia nace del temor, del temor a perderse, a actuar de manera independiente, a no sentirse seguro, a no formar parte de la comunidad, a tener que valerse por sí mismo, a equivocarse. O sea, que el miedo es lo que genera autoridad; uno

quiere vivir de la forma respetable y permisible establecida por la sociedad. Este mismo temor es el que ha condicionado la mente; el miedo es el que ha constituido la sociedad de la que la mente se ha hecho esclava. La mente ha creado esta sociedad mediante su temor, codicia, ambición, envidia, etc.

Una disciplina que se da con naturalidad, sin ningún conformismo, es la simple observación de todos estos temores, ansiedades y envidias, ver los propios miedos, las propias ambiciones como se ve un árbol. Este ver es su propia disciplina. La palabra *disciplina* significa aprender, no conformismo, supresión u obediencia. Aprender acerca de la naturaleza y estructura del condicionamiento genera un orden que no es el orden de la sociedad, el cual es desorden.

O sea que ver lo que es el mundo, con sus guerras, odio, lucha y confusiones, es verse uno a sí mismo tal cual es. Y verse de esa manera es ver el mundo que uno ha creado en base a lo que uno es. En este ver hay libertad. Ver un peligro es evitarlo. Ver el peligro de este fuerte condicionamiento del hombre es evitar todo condicionamiento. Lo importante en todo esto es ver no sólo con el intelecto sino también con los propios ojos.

59

El conflicto

La separación conduce al conflicto

Rehuir el mundo es ser mundano. Lo rehuimos de muchas formas. Esa escapatoria es resistencia a *lo que es*. El idealista y el intelectual, el hombre emotivo, el religioso y el hombre de mundo, todos ellos, cada cual a su manera, se resisten a *lo que es*. De modo que nunca hay un cambio o revolución radical. Esta resistencia o rechazo se cultiva desde la infancia hasta el día de la muerte. Ésta ha sido la tradición no sólo en Oriente sino también en Occidente; no pertenece ni a uno ni a otro, porque el hombre no es europeo, asiático o americano. La cuestión fundamental es si es posible vivir cada día sin ninguna resistencia, o sea sin ninguna defensa. ¿Se puede ser vulnerable y, por tanto, sumamente sensible y, no obstante, continuar normalmente con nuestras ocupaciones cotidianas?

Como esto no se hace, la consecuencia inevitable es el proceso separativo que uno mantiene mediante el mecanismo de defensa. Y esta separatividad tiene necesariamente que conducir al conflicto en todas las relaciones. Este conflicto interno se convierte en el conflicto exterior, el cual deriva en las divisiones nacionales, religiosas, morales, etc. ¿Se puede vivir en la sociedad sin conflicto, sin resistencia, sin evadirse de ninguna manera de *lo que es*? *Lo que es* siempre está en el presente activo. La resistencia a esta actividad viviente proviene de los recuerdos de lo que ha sido y de la esperanza de lo que podría ser. El recuerdo del pasado y la esperanza del futuro son las vías de escape de

lo que es. Nos resistimos a lo real. Lo real es ira, sufrimiento y desesperación o un instante de dicha. ¿Puede uno observar el sufrimiento sin ninguna clase de resistencia o escapatoria, percibirlo con los sentidos y sin el proceso de autocompasión, sin condenarlo ni aceptarlo, pues ambas son formas de evitar *lo que es*? *Lo que es* es pena o dolor.

El acto de mirar sucede siempre en el presente. Si usted dice, «He mirado», y mira el presente con lo que ha aprendido de esa mirada, con su recuerdo, entonces en realidad mira con los ojos nublados por los recuerdos de ayer y, por consiguiente, no mira en absoluto. Percibir este sufrimiento, con el que la humanidad ha convivido desde sus orígenes, es observar sin tiempo. El sufrimiento pierde su fuerza cuando no hay resistencia. Por el contrario, aceptar el sufrimiento, adorarlo o justificarlo son formas de no entrar nunca en contacto directo con él.

La red de evasiones que hemos cultivado mediante el alcohol, el sexo, los credos organizados a los que damos el nombre de religión y la obediencia al Estado o a cierta ideología, de hecho es resistencia y rechazo de *lo que es*, tanto en el ámbito interno como en el externo. Todo cultivo de la tradición de la resistencia niega la libertad. El recuerdo de la acción pasada es inacción, porque la acción es un movimiento en el presente, la acción que surge de *lo que es* y no del recuerdo de *lo que fue*.

60

La cooperación

La educación consiste en romper moldes

La cooperación y la agresión nunca pueden ir juntas. La cooperación es absolutamente necesaria en un mundo que está sumamente fragmentado por creencias nacionales y religiosas, disparidades económicas e hiperdesarrollo y subdesarrollo intelectual. En las relaciones más íntimas, como en la familia, existe cierta clase de cooperación, pero aparte de eso siempre hay diferencias de opinión, de inclinación y conocimiento. Estas diferencias se ven exacerbadas por la ambición y la envidia y, evidentemente, esto impide la cooperación.

Tradicionalmente por cooperación se ha entendido la acción de colaborar en torno a un individuo dominante o por una ideología o ideal utópico, cooperación que cesa o se desintegra cuando el individuo o la ideología desaparecen. Ésta es la pauta que el hombre ha seguido, confiando en operar un cambio en las circunstancias del mundo o en beneficio propio. Colaborar con un fin, teniendo cada individuo su motivo personal para alcanzarlo, debe ineluctablemente generar conflicto. Dicha colaboración obedece a un concepto y no a una necesidad real. La colaboración deja de ser una fórmula no sólo cuando se comprende su necesidad, sino cuando además existe una relación resultante del amor. Esta relación desaparece cuando hay agresión. El hombre es agresivo por naturaleza; su agresión proviene del animal. Esta agresividad, esta violencia se potencia en la familia, en la educación, en el mundo de los negocios y en las instituciones religiosas.

La agresividad adopta la forma de la ambición, la cual, a su vez, es fomentada y respetada. La agresión es violencia y, para contrarrestar esta violencia, que es tan preponderante en el mundo, se han elaborado distintas clases de ideología; pero esto sólo contribuye a esquivar el hecho concreto de la violencia. La violencia no se limita sólo al campo de batalla sino que es ira, odio y envidia. La envidia es lo que nos hace competitivos, cosa que también es sumamente respetada en la sociedad, cuya estructura misma se basa en la violencia.

La mayoría de nosotros puede percibir la pauta de todo esto, al menos de forma intelectual, pero lo que nos hace *actuar* no es el entendimiento intelectual sino percibir la verdad de la cuestión. Ver la verdad es el único elemento liberador, no todos los argumentos intelectuales, los ajustes emocionales o las meras racionalizaciones. Ver es actuar y esta acción no es el resultado de la ideación.

Tiene que haber cooperación y ésta no podrá existir jamás mientras cada individuo esté compitiendo con otros seres humanos y persiguiendo su propia realización. Si queremos cooperar no puede haber nada de realización individual, familiar o nacional, porque dicha realización acentúa la separación y niega la cooperación. Cuando se ve todo esto como un peligro para el bienestar íntegro de la humanidad y no como idea descriptiva, entonces ese mismo ver produce una acción que no es agresiva y que, en consecuencia, es solidaria. Ver es amar y alguien que ama se encuentra en un estado de cooperación. Al comprender la cooperación, también comprenderá cuando no cooperar.

En la plenitud de la cooperación, la bondad, que no es sentimentalismo, puede florecer. La autoridad es lo que destruye la cooperación, pues el amor no puede existir jamás donde haya autoridad. Nos hemos mantenido durante tanto tiempo dentro de las pautas establecidas de vida que éstas se han vuelto tradicionales y la libertad, el amor y la cooperación han perdido sus significados fundamentales. La educación consiste en romper estos moldes. En esa misma ruptura reside la percepción de la verdad de lo nuevo.

61
El orden
La obediencia al pasado es desorden

Cuando uno mira a su alrededor ve que, tal vez exceptuando en la naturaleza, hay mucha desdicha, violencia y confusión. El hombre no hubiera conseguido crear en el mundo tal caos como el generado por la actual condición de destrucción, odio y anarquía ni aunque se lo hubiera propuesto adrede. Esta situación es el resultado de las generaciones anteriores, cuyas vidas, actitudes, valores y supersticiones son las causas determinantes de este caos.

A menudo se oye decir que el futuro está en manos de la generación de los jóvenes. ¿Es eso cierto o las jóvenes generaciones también están fuertemente condicionadas por el pasado, de lo que acaso no sean conscientes, y sólo se rebelan de forma superficial contra el orden establecido? Esta rebelión superficial les da cierta pujanza y novedad, lo que se confunde con un rumbo nuevo. Cada generación se ha rebelado contra el pasado en mayor o menor grado, pero al rato ha caído presa de ese pasado, de la sociedad y la cultura en la que ha vivido. Todo esto es bastante obvio y no requiere un análisis detallado.

Lo más urgente es que cada uno de nosotros, como seres humanos que somos, piense, actúe y viva de una forma totalmente distinta que no se base en la agresión, la codicia y el instinto depredador que el hombre ha heredado. Esta revolución no se sitúa dentro del ámbito social o económico, sino a una profundidad mucho mayor: en la propia estructura de la conciencia hu-

mana. De manera que la crisis no se deriva de que la juventud se oponga a las generaciones precedentes, de que una fórmula religiosa sea contraria a otra fórmula o un país esté enfrentado a otro, sino que reside en las mismísimas raíces de nuestro ser. La decisión es si continuamos con el pasado o encontramos una forma de vida en la que no exista conflicto de ninguna clase.

Para descubrir una nueva forma de vida se necesita orden. El orden no es imitación o aceptación de una pauta como forma de vida. No es obediencia a una autoridad superior, ya sea esta autoridad externa o interna. El orden tampoco es sometimiento a una forma de vida establecida por la tradición o que uno ha cultivado por su cuenta. Toda esta clase de orden es esencialmente una forma de aceptación o conformismo. El orden no puede existir cuando hay miedo; el miedo y el desorden van juntos. La estructura social en la que vivimos produce este desorden porque ésa es su naturaleza. Dicho desorden es lo que nos asusta y entonces cultivamos cierta moral para superar ese miedo. De manera que lo que llamamos moralidad no es más que una adaptación al desorden.

Cuando hablamos de orden nos referimos a un estado mental que es la consecuencia natural de la comprensión de la verdadera naturaleza del desorden. No consiste en el cultivo de una nueva pauta o sistema a seguir sino en ver la naturaleza y el peligro del desorden. Evidentemente uno no verá el peligro de este desorden si se aferra al antiguo modelo de vida. De manera que la percepción del desorden es la disciplina y no al revés. Al contrario de lo que generalmente se supone, la libertad no proviene de la disciplina, o sea de conformar, reprimir, obedecer, etc. La disciplina significa aprender. Así que usted tiene que convertirse en discípulo de la libertad; y no hay gurú ni maestro que le enseñe lo que es la libertad. De manera que el orden es posible sólo cuando se aprende sobre la libertad. Este aprendizaje es la continuación de la libertad en acción.

De este modo se extingue la autoridad. Por supuesto que la

autoridad del policía y de la ley tiene que existir, pero no hay ninguna otra autoridad. Porque la libertad, que es orden, no puede existir a la sombra de la autoridad, ya se trate de la autoridad de la tradición o de la que uno ha adquirido a fuerza de experiencia y de saber. La autoridad proviene siempre del pasado y la obediencia al pasado es desorden.

62

La moral

El conformismo es la negación de la virtud

Los gobiernos y los padres tiránicos han intentado establecer orden mediante el temor y el castigo. Se arrogan la autoridad de la mismísima «Providencia» para dominar y formar las mentes según sus conceptos y tradiciones de lo que el orden debería ser. La tradición puede tener diez mil años o un solo día de antigüedad. En la familia esta autoridad la ostentan los padres y los gobiernos tiránicos la imponen mediante diversas formas de persuasión, intimidación y asesinato. Una vez se han asentado en el poder, es muy fácil para los gobiernos asegurarse la continuidad de su autoridad instituyendo a base de propaganda una tradición que acaba siendo aceptada paulatinamente. La familia, la Iglesia y las tiranías así lo han hecho en todas las épocas. El principio fundamental de este proceso es el acatamiento, la obediencia y el conformismo, un conformismo que tanto el tirano como el padre de familia consideran como generador de orden. Para ellos orden significa guiarse por lo que ellos estiman como el bien supremo tanto para la comunidad como para el individuo.

Este 'orden' trata de reglamentar la relación entre individuos y entre el individuo y la comunidad. Dicha relación está condicionada y dado que la totalidad de la vida es relación, obligarla a que encaje dentro de un molde determinado tiene naturalmente que causar conflicto. Este conflicto se manifiesta en la rebelión contra la pauta, lo cual crea desorden; y para superar

este desorden y generar 'orden' se vuelve a ejercer la autoridad. Esta pauta manifiesta puede verse en acción en la vida diaria de los gobiernos, las organizaciones religiosas y de todo poder establecido. Esto no es orden en absoluto.

El orden debe provenir de la libertad, no orden primero y luego libertad. No puede haber libertad si no hay disciplina; pero la disciplina según las normas del poder, según una tradición arraigada o conforme a la necesidad no es disciplina en absoluto. Como ya dijimos, la disciplina es aprendizaje. Aprender requiere una mente activa, no una mente que ha acumulado conocimientos y que los incrementa mediante lo que llama aprender. Aprender requiere atención, pero la inatención es lo que se fomenta a fuerza de acumulación de conocimientos y de hábitos. El hábito y el saber son contrarios a la virtud. La virtud es lo que crea orden. La moral es costumbre y hábito, y la virtud no lo es. Cuando comprendemos el mecanismo del hábito y de la costumbre, no de manera intelectual sino entrando en contacto directo con él, entonces ese mismo ver es el factor que nos libera de la costumbre y del hábito. El hábito y la costumbre constituyen la tradición profundamente arraigada que los seres humanos han guardado celosamente y que consiste en el acatamiento de la tiranía, la moralidad y el orden establecido de la sociedad.

De manera que en todos los seres humanos existe esta tendencia compulsiva a acatar y a obedecer, lo cual es la absoluta negación de la virtud. La virtud en la conducta, en el comportamiento sólo puede florecer en bondad cuando la moral deja de ser una costumbre. Así que el orden no es una costumbre impuesta por la autoridad, ya sea ésta externa o interna, sino el florecer de la conducta que no está determinada por el entorno. Dicha conducta es rectitud. Sin recto comportamiento no hay orden. Estamos tan acostumbrados al desorden, cuya manifestación es el conflicto, que da miedo existir sin ese patrón. El miedo sólo genera resistencia y agresividad, pero nunca orden.

El amor no es el recuerdo de la imagen del placer o del deseo, porque ésta genera contradicción y conflicto, los cuales son una de las causas de desorden. El amor no es la foto en la repisa, la imagen en la iglesia o la memoria sexual, las cuales generan hábito, costumbre y, por consiguiente, desorden. El amor es rectitud y conducta en el presente activo. Esto es orden.

63

La acción

La vida es acción en relación

No cabe duda de que todos buscamos una forma de vida en la que no haya lugar para el conflicto. Los seres humanos se han enclaustrado en los monasterios, convertido en monjes mendicantes o abandonado el mundo retirándose a una cueva o a una torre de marfil con la esperanza de encontrar una forma de vida conducente a la extinción del sufrimiento y el dolor. Por otra parte, la humanidad ha aceptado la guerra, tanto por dentro como por fuera, como una forma de vida. Incluso el monje experimenta una serie de luchas, de ansiedades, de confusiones y desorden. Hemos aceptado que la vida es un campo de batalla en el que no sólo nos enfrentamos unos a otros, sino que además nos encontramos interiormente divididos en la conciencia limitada de nuestro propio ser. De manera que la única forma de vida que conocemos es la de la turbulencia y la acción conducentes a una mayor ansiedad y desesperación.

Ahora podemos preguntar si existe acción alguna que no genere conflicto. La acción no es un concepto ideológico de lo que la acción debiera ser. La acción es el acto mismo de *hacer* en el presente. La acción nunca es lo que ha sido o lo que será. Lo que ha sido es el recuerdo de la acción y lo que será es la proyección en el presente de lo que ha sido. Planificamos una acción y la ejecutamos en el presente, modificándola si fuese necesario; o sea, que nuestra acción es algo que el pensamiento ha elaborado en el pasado. La acción, por consiguiente, nunca radica en el pre-

sente, pues siempre la cubre la sombra del pasado. Esa sombra es memoria, experiencia y saber, una ideología o un concepto de lo que la acción debiera ser. Y de ese modo nunca hay acción.

Esta división de la acción como pasado en el presente cuyo fin es producir un resultado en el futuro es obra del pensamiento. El pensamiento es la respuesta del pasado y, por consiguiente, es siempre viejo. No hay nada nuevo en el pensamiento, así que cuando el pensamiento domina la acción, ésta deja de ser acción y no es más que un resultado, un efecto. Pero vivir, sentir, relacionarse siempre existen en el presente, que es el movimiento activo. De manera que siempre hay una contradicción entre *lo que es* y *lo que ha sido,* y esa acción, por consiguiente, siempre causa conflicto.

Cuando uno ve toda esta estructura de lo que llamamos acción, con sus conflictos resultantes, uno se pregunta si la acción puede proceder no del pensamiento sino de un estado mental de absoluta quietud y silencio. Sólo entonces puede la acción dejar de ser un resultado y, por consiguiente, no producir dolor y sufrimiento.

La meditación es el vaciado de la mente del pasado y entonces la acción es meditación. Al fin y al cabo, la vida es acción en relación. La acción de la meditación consiste en la liberación de la mente de la imagen del pasado.

64

El prejuicio

La relación no está en el nivel intelectual

La violencia y el nihilismo se están extendiendo por todo el mundo. Cuanto más organizada sea la sociedad, mayor es la posibilidad de que haya violencia, y el nihilismo, que es la actitud de no-cooperación, tiene que ir en aumento. La ley no puede resolver este problema porque todos dependemos los unos de los otros. Si un grupo sumamente especializado se declara en huelga contra otro grupo y la huelga es legal, no hay manera de impedir ese desorden. Los Estados tiránicos han prohibido las huelgas, pero ésa tampoco es la respuesta. Cada sector especializado de la comunidad se opone a otro colectivo de especialistas; y los pobres, en vista de la opulencia, naturalmente quieren su parte.

De manera que en el seno de la sociedad se está librando una lucha tremenda, la cual conduce a toda clase de violencia. El orden de la ley y de la policía no puede traer paz al mundo y debemos tener paz para poder sobrevivir. La paz no la establecen los políticos; la suya es sólo una paz entre dos conflictos. La paz reside en la relación entre los seres humanos, ya sean negros, blancos o color rosa, comunistas o católicos, etc. La relación no está en el nivel intelectual. Una relación en ese nivel no es relación en absoluto. La relación es en el nivel humano de la comprensión y el afecto. Esta relación se anula cuando la acción se ajusta o acomoda a una imagen creada por el intelecto. Para nosotros las ideas son

mucho más importantes que la relación humana de afecto y consideración.

¿Por qué las fórmulas se han vuelto tan importantes? ¿Se debe a que no sabemos actuar y, por consiguiente, nos evadimos mediante las ideas y las fórmulas con las que esperamos resolver los problemas? Matar un animal o a un ser humano es el acto de violencia más extremo. Todos lo reconocemos en lo profundo de nuestros corazones, pero no obstante encontramos razones, lógicas e ilógicas, para justificar por qué deberíamos matar. Y de ese modo matar se convierte en la forma tradicional de resolver los problemas que nos plantea la vida. No sólo se mata con la bayoneta o con la bomba, sino también con las actitudes, las opiniones, los juicios y los gestos que uno emplea para destruir a los demás. Se nos enseña a odiar desde la infancia. Los padres les dicen a los hijos: «No trates con fulano, no es un buen hombre», o «Ella no es de los nuestros». Así se siembra el germen del odio. Lo desgraciado de todo esto es la importancia que se le concede al prejuicio, a los valores establecidos y a cosas peligrosas como el nacionalismo o los dioses sectarios a los que uno se ha acostumbrado. La recogida de basura y el ministerio divino son ocupaciones especializadas que la gente emplea para crear monopolios, por lo que esa misma gente se convierte en fuente de violencia.

La mayoría de nosotros comprendemos todas estas cosas, algunos de manera intelectual y otros con cierta aprehensión emocional, pero la humanidad parece ser incapaz de volver a empezar, de observar todos estos problemas con ojos nuevos. Los que se rebelan en contra del pasado acaban cayendo en otra trampa. Éste ha sido el proceso histórico: de un día para otro los dioses nuevos se convierten en los antiguos dioses.

Observando todo esto sin sentimentalismo y, desde luego, no de manera intelectual, vemos que la acción que no procede de las ideas sino de un estado mental muy distinto se ha conver-

tido en una necesidad urgente. Al fin y al cabo, el amor no es el monopolio de ningún Estado ni de ninguna religión; no puede ser domesticado o domado y confinado dentro de la estructura de la familia. Es feroz y apasionado, libre de las cenizas inertes de ayer. La acción que nace del amor es relación y ésta es la única salida.

65

Una educación diferente

La esencia de la cultura es la armonía total

A pesar de poseer significados inapropiados, hay que emplear la palabra *educación* para transmitir lo que en general está pasando en el mundo. El uso que se hace de esta palabra, ya sea en Oriente o en Occidente, implica la asistencia a clases desde la infancia hasta la universidad, obtener diplomas y acumular cantidad de información acerca de diversas materias, desde la física teórica a la horticultura, de la música a la medicina, etc. Este cultivo de la memoria se ha constituido en una necesidad dentro de la actual estructura económica y social. Para conseguir un buen empleo en la rama de la educación, en el terreno de la política o en el mundo de los negocios, se considera esencial tener un título. Para conseguir dicho título uno debe someterse a la estructura del saber y al orden establecido de la sociedad o del Estado, ya sea éste socialista, comunista o capitalista. En la adquisición de estas modalidades de conocimiento, el cerebro debe retener cantidad de datos empíricos, de experiencias y tradiciones. Al cabo de muchos años dedicados a la adquisición de información y a su puesta en práctica, el cerebro debe condicionarse ineluctablemente; en consecuencia, y a pesar de poseer libertad de funcionamiento dentro de su área limitada, se vuelve mecánico. La totalidad de la existencia está encaminada a ganarse la vida, a conformarse a una pauta y a vivir con lo conocido.

La operación del cerebro se limita al campo del saber, de lo

conocido. Lo conocido es el pasado, como lo es el saber, y es en base a eso que se generan el futuro y el presente. Por muy complejo y sutil que sea, el saber está siempre dentro del ámbito del tiempo, de lo conocido. Y el pensamiento tiene sus raíces en el pasado. El pensamiento puede ir muy lejos, explorar muchos campos en el pasado o en el futuro, en las ciencias abstractas o la antropología; puede explorar el espacio.

Desde la infancia al cerebro se le prepara para ser competitivo y ambicioso, para rendirle culto al éxito; esto le concede importancia al 'mí', al 'yo', al ego y así se destruye la esencia de la cooperación. Todo esto es a lo que en general se le llama educación, incluso en los niveles superiores que confieren estatus social, el cual ha adquirido mayor importancia que la función. Esto es a lo que en todo el mundo se le da el nombre de educación y, en consecuencia, uno comienza a cuestionar o poner en duda esa palabra.

La cultura es algo totalmente distinto. La palabra *cultura* no se refiere únicamente al cultivo del saber, sino también al de la esencia íntegra, tanto interior como exterior, del hombre. Esta división entre interior y exterior es artificial; lo real es la armonía total en la que no hay división alguna. Las culturas del mundo actual se desvanecen con toda rapidez y, como están desapareciendo, están siendo sustituidas por el saber y no por la sabiduría. La esencia de la cultura es la armonía total. Esta armonía es el núcleo central de la mente religiosa. Sin religión no hay cultura; pero no se trata de la religión de la propaganda organizada, que es lo que son todas las religiones, ni la búsqueda personal de alguna experiencia extraordinaria. La mente religiosa no se fundamenta en ninguna creencia, fe o autoridad; su esencia es la total ausencia del ego. Cuando en la desintegración de una cultura el sexo, los gurús, la autoridad y sus adeptos proliferan cual hongos en una extensión húmeda de bosque en descomposición, entonces la tradición y el libro asumen la mayor importancia. Esto es lo que básicamente está pasando en las pro-

fundidades de la mente humana cuando se cultivan un misticismo fantasioso, visiones placenteras y dioses y salvadores que uno mismo ha proyectado. Cuando el saber, lo conocido, ha adquirido una importancia suprema, entonces la mente se lanza a la búsqueda de misterios, persigue las experiencias ajenas y establece nuevos dioses.

La cultura es la puerta a la realidad, la cual no se encuentra en la filosofía, en la psicología o en el análisis. Sin la belleza de la religión, la cultura no tiene ningún sentido. Es como una bella flor sin aroma a la que desmenuzamos para encontrarle el perfume.

El amor es armonía. Esta armonía no puede ser cultivada, como puede serlo el saber; de manera que hay un desfase cada vez mayor entre lo conocido y la armonía de la percepción. Ver es hacer, pero el saber, debido a su aspecto temporal, impide la acción instantánea. La mente religiosa posee esta propiedad de acción inmediata.

Se necesita otra clase de educación. No se trata del mero cultivo de la memoria, con todo su énfasis en la coacción, el conformismo y la imitación, cosas que conducen a la violencia, sino la cultura total del hombre en la que el 'usted' y el 'yo' desaparecen y no son sustituidos por el Estado o por una nueva figura de santidad. El propósito de esta educación diferente abarca el saber, la libertad, *lo que es* y su trascendencia.

La sabiduría no se encuentra en ningún libro ni en la perfección del saber. Reside en el movimiento de la libertad en el aprendizaje. Aprender no tiene fin y la sabiduría es el fin del sufrimiento.

66

La libertad fundamental

Sin responsabilidad no hay libertad

La libertad es uno de los factores más importantes de la vida. El hombre ha luchado por la libertad política en todo el mundo. Las religiones han prometido libertad, no en este mundo sino en el otro. La libertad individual existe, hasta cierto punto, en los países capitalistas, mientras que en el mundo comunista ha sido suprimida. Desde la antigüedad, la libertad ha tenido un gran valor para el hombre y también ha tenido sus detractores, tanto en política como en religión, que la combatieron mediante la Inquisición, la excomunión, las torturas, los destierros y la negación total de la búsqueda humana de libertad. Se han librado guerras ofensivas y contraofensivas por la libertad. Ésta ha sido la pauta de los esfuerzos humanos por alcanzar la libertad a lo largo de la historia.

En ciertas partes del mundo hay libertad de expresión, de palabra y pensamiento, pero en otras partes no la hay. Los que han sido condicionados se rebelan en contra de sus condicionamientos y reaccionan de manera pueril. A esta reacción, que adopta distintas formas, se le llama 'libertad'. La reacción en contra de la política a menudo consiste en evitar todo contacto con ese campo. Una reacción de tipo económico consiste en formar pequeñas comunidades, basadas en cierta ideología o bajo el liderazgo de cierta persona, en las que no se admite la autoridad y donde se procura conseguir la autosuficiencia; sin embargo, por lo general estas comunidades acaban por desintegrarse. La

reacción en contra de las instituciones establecidas de los credos organizados consiste en rebelarse, ya sea afiliándose a otras organizaciones religiosas, siguiendo a cierto gurú o líder, uniéndose a una secta o rechazando toda la empresa religiosa. ¿No son todas estas cosas indicativas de movimientos meramente externos hacia la libertad?

Uno considera la libertad únicamente como libertad de movimiento, ya sea movimiento físico o de pensamiento. Al parecer uno siempre busca la libertad en la superficie: el derecho de desplazarse de aquí para allá, de pensar lo que guste, de hacer lo que quiera, de elegir y de perseguir más vastas experiencias. Es evidente que ésta es una libertad muy limitada que conlleva cantidad de conflictos, violencia y guerras. La libertad interior es algo totalmente distinto. Cuando hay libertad profunda y fundamental, la cual no tiene sus raíces en la idea sino en la realidad, entonces dicha libertad abarca todo movimiento, todas las empresas del hombre. Sin esta libertad la vida siempre será una actividad circunscrita dentro de los límites del tiempo y el conflicto.

Así que cuando hablamos de libertad estamos hablando de una cuestión fundamental. No se trata de liberarse de algo sino de la cualidad de una mente y un corazón que son libres y en la que no hay ningún objetivo determinado. Liberarse de algo no es más que una continuación modificada de lo que ha sido y, por consiguiente, no es libertad. Cuando hay un objetivo no puede haber libertad porque el objetivo implica división y, por tanto, elección y conflicto.

No existe la libertad individual sino sólo la libertad. La propia palabra *individual* significa indivisible y no un ente enfrentado a la colectividad. Pero hemos creado un concepto de la individualidad, con sus características peculiares, sus tendencias y demás respuestas del condicionamiento, y la situamos en oposición a lo colectivo. Este condicionamiento forma parte de la cultura económica, social y demás en la que la mente se

educa. La libertad se encuentra más allá de ese condicionamiento, no dentro del ámbito de la conciencia con el contenido que la constituye. La responsabilidad que trasciende el condicionamiento es distinta de la responsabilidad de lo que llamamos libertad.

La responsabilidad de una mente condicionada es irresponsabilidad, como se puede percibir en las culturas de la sociedad actual, ya sea ésta oriental u occidental. Esta irresponsabilidad se manifiesta en la educación, en la injusticia social, en las divisiones nacionales con sus distintas ideologías conducentes a la competición, a las guerras, la opulencia, la pobreza y el hambre. La irresponsabilidad de las religiones organizadas se muestra en su apoyo y sustento de dichas culturas. Estas religiones predican la moral pero mantienen la corrupción. Están en guerra entre sí, afirmando que sólo ellas poseen la verdad, que los suyos son los dioses y salvadores verdaderos. Esta irresponsabilidad se demuestra cuando se interpone un mediador entre lo real y lo humano. Esta irresponsabilidad se manifiesta cuando los templos, las mezquitas y las iglesias constituyen uno de los poderes de la sociedad.

La responsabilidad tiene un significado muy diferente cuando hay libertad. La responsabilidad no excluye la libertad sino que van juntas. Cuando la realidad profunda y fundamental de la libertad existe, la responsabilidad abarca la vida entera y no solamente uno de sus fragmentos; abarca todo el movimiento y no un movimiento específico; abarca toda la actividad de la mente y del corazón y no una actividad o tendencia en particular. La libertad es la armonía total en la que la responsabilidad es tan natural como la flor en el campo. Esa respuesta no es inducida o impuesta; es el resultado natural de la libertad. Sin responsabilidad no hay libertad. Responder a cada reto desde la libertad es responsabilidad. La respuesta inadecuada es irresponsabilidad. La mente que es dependiente en el apego se vuelve irresponsable en su relación con el todo.

De manera que la libertad es amor, cuya naturaleza es ser responsable para con la flor al borde del camino y con el prójimo, ya sea éste el vecino de al lado o alguien que se encuentra a mil kilómetros de distancia.

La compasión es la esencia de la libertad.

67

La relación

La relación es la sociedad

La libertad no es algo que se pueda buscar. No es algo a cultivar. Viene con naturalidad mediante la negación de lo que no es libertad. Algo básico que hay que comprender es que no es una reacción. La reacción ante *lo que es* es su continuación de otra forma. *Lo que es* puede ser modificado, estructurado de otra manera, racionalizado y convertido en algo funcional, pero eso no es libertad. Esta reacción puede manifestarse en forma de opinión, evaluación o juicio, pero eso no es libertad. La reacción en contra del antiguo régimen, la tradición y diversas formas de autoridad no es libertad. La reacción a partir de la tendencia, idiosincrasia o características personales, que son la respuesta del condicionamiento, no es libertad. La reacción en contra de la instrucción recibida de refrenar, controlar y obedecer consistente en irse en otra dirección, agradable o desagradable, neurótica o racional, no es libertad. Y por muy agradable que sea, pasar de una ortodoxia a otra, de un credo a otro, de una autoridad a otra, no es libertad; intercambiar una ideología por otra no es libertad. Hacer lo que uno quiera es una libertad imaginaria. La afirmación de la individualidad personal y la identificación de los propios deseos con algo considerado grande desde una perspectiva romántica o mística, no es libertad.

La libertad es la comprensión de todo esto, no sólo de forma verbal sino trascendiéndolo de veras. Por eso es tan importante observar claramente las reacciones repetitivas que se dis-

frazan de libertad y experiencia. Mediante la negación de estas reacciones y su trascendencia, uno afronta los hechos reales, *lo que es*. *Lo que es* es la relación.

La relación es la sociedad, esta sociedad que la humanidad ha instituido. Como usted y yo la hemos organizado, somos sus responsables. La sociedad es nuestra, no de 'ellos'. No sólo ha sido creada por sus padres sino que usted también es responsable de ella. Usted, como ser humano, está creando y forma parte de esta sociedad. De manera que usted es la sociedad, el mundo.

Su relación con el prójimo, su conducta, sus conflictos, sus ambiciones, su competitividad es lo que ha generado la estructura en que vivimos. Repito que es muy importante comprender esto. La comprensión no está en el nivel intelectual o verbal; la comprensión es acción. No se trata de comprender primero y actuar después; son cosas simultáneas y que van juntas. Usted no sólo está relacionado con su amigo íntimo o con su vecino, sino con gente a la que nunca ve y que puede estar a miles de kilómetros de distancia. La responsabilidad de la relación es enorme. No se puede vivir sin relación; la vida es relación. Por mucho que uno quiera aislarse por razones neuróticas o debido a alguna clase de especialización, uno sigue estando relacionado.

De manera que la relación es de suma importancia. No hay relación si la vida diaria gira en torno a las actividades egoístas de cada uno. No hay relación si uno levanta un muro a su alrededor porque ha sido herido, porque no puede conseguir lo que quiere o porque está tratando de realizarse en una actividad específica. No hay relación si está atado a una creencia firme o a una conclusión, ya se la haya transmitido otro o se la haya fabricado usted mismo. No hay relación si pertenece a un grupo en oposición a otro o si se ha comprometido a seguir un programa de acción basado en cierta conclusión racional o irracional. No hay relación si uno tiene una imagen de sí mismo o del otro. Esa imagen puede basarse en su conocimiento y experiencia, y tales

imágenes, tanto las tradicionales como las propias, lo separan a uno del prójimo. Donde haya cualquier clase de separación nacional, religiosa, económica o social, tiene que haber conflicto en el propio interior y, por consiguiente, con el mundo. Y donde hay conflicto no hay relación.

El amor no tiene conflicto. Cuando el amor se convierte en placer, ése es el principio del conflicto. El deseo no es amor y la consumación del deseo es la negación del amor.

Uno no sólo está relacionado con los demás seres humanos sino con la naturaleza, con el árbol y con el animal. Cuando perdemos el contacto con la naturaleza, lo perdemos entre nosotros. Cuando se pierde el contacto con los pájaros, con la tímida y huidiza codorniz, también se pierde el contacto con el hijo y con el vecino de la acera de enfrente. Cuando se sacrifica un animal para comerlo, también se está cultivando la insensibilidad que matará al hombre del otro lado de la frontera. Cuando se pierde el contacto con el movimiento enorme de la vida, se pierde toda relación. Entonces usted, el ego, con todas sus pulsiones, exigencias y aspiraciones fantasiosas, se convierte en lo más importante y el abismo entre usted y el mundo se expande en una serie infinita de conflictos.

O sea que la relación y la libertad van juntas. La negación de lo que no es relación y la negación de lo que no es libertad genera una acción de responsabilidad total. Y eso es amor.

68

La autoridad

La libertad no tiene autoridad

La libertad viene acompañada de creatividad. Ésta no tiene nada que ver con la creación que se produce a partir del conflicto. No hay libertad si la mente está condicionada. El condicionamiento es el resultado de la cultura social, económica y religiosa. Cuando está condicionada, la mente funciona dentro de un área muy limitada de especialización. A este funcionamiento, ya sea sumamente tecnológico o un movimiento en el área del condicionamiento, por lo general se le da el nombre de creatividad. Este movimiento condicionado genera su propia energía, y esta energía se expresa en la literatura, la ciencia, la música y en las distintas ramas humanistas.

Pero todo esto se encuentra dentro del ámbito del condicionamiento, ya sea éste estrecho o amplio. Esta actividad marca una senda que es aceptada y seguida pero que sigue estando dentro de los confines del condicionamiento. El hombre busca libertad dentro de esos límites y al ejercicio de esa libertad se le llama libre albedrío o libertad de elección, pero eso sigue estando guiado o determinado por el condicionamiento. Es como un hombre encarcelado que buscara la libertad dentro de los muros, ya fueren estrechos o espaciosos, de su prisión. Eso no es libertad.

La libertad es algo totalmente distinto. Es la comprensión, tanto verbal como no verbal, del condicionamiento, de manera que la mente lo trascienda. Esta libertad no se encuentra en un

libro ni por mediación de otra persona y no es un ideal. No se puede adquirir mediante ninguna práctica o disciplina, porque la práctica y la disciplina implican aprobación y autoridad. En esta libertad no hay objetivo ni autoridad. Esta libertad es inteligencia y es responsable. No está determinada por las circunstancias o los sucesos. Esta libertad es la negación íntegra de toda la estructura de la prisión que el pensamiento ha construido a su propio alrededor. Dicha negación es la acción positiva de la libertad. Dicha libertad no puede existir donde haya desorden. El desorden externo e interno es lo que genera la necesidad de autoridad, del dictador, del dirigente.

La libertad no tiene autoridad. No ha conocido nunca la autoridad. No es el rechazo de la autoridad sino su inexistencia. La autoridad y la ley, tanto internas como externas, son creaciones del pensamiento. La autoridad externa, a veces racional y a veces irracional, tiene su función y su responsabilidad; uno no puede descartarla y la inteligencia de la libertad conoce tanto su necesidad como sus limitaciones. La autoridad interna, que es más sutil y más profunda, es mucho más compleja. Las directrices, que al parecer ofrecen certidumbre y seguridad, se convierten en la pauta, en la norma, la cual se convierte en la autoridad. Esta autoridad puede ser tradicional: una persona, un símbolo o una idea. La mente, que consciente o inconscientemente se da cuenta de su propia perturbación y desorden, crea la autoridad tanto externa como interna. Un grupo desordenado pronto encuentra a su líder, quien procede a dirigir y controlar. La reacción contra esto no es libertad. La libertad es la comprensión de la naturaleza del desorden y de la perturbación y el acto de trascenderlos.

El acatamiento de la autoridad lo causan la perturbación y el desorden. El efecto es la autoridad y la reacción consiste en conformarse o rechazarla. Este rechazo asume asimismo otra forma de autoridad. Donde no hay libertad tiene que haber autoridad. Esto produce represión, control o evasión y la propia evo-

lución de estas cosas culmina en un principio o credo, en un estándar que asume el dominio. La causa nunca es permanente; la causa se convierte en el efecto y el efecto en la causa siguiente. Cuando se comprende esto con claridad, no de forma intelectual sino de hecho, entonces la anulación de esta cadena es libertad. El saber posee su propia autoridad en la experiencia y la memoria. Pero mientras uno se mantenga dentro de ese ámbito, no existirá el movimiento creativo de la libertad. La libertad es espacio y el espacio es orden.

69
La coacción
Aprende sin coacción

Cuando hay desorden no hay libertad. El desorden genera autoridad y la autoridad en cualquiera de sus formas es, si me permiten emplear la palabra, maligna. Donde hay libertad no puede existir el desorden o la falta de orden; no obstante, la mente desordenada siempre está buscando libertad. Dicha mente definirá la libertad en términos de su propia confusión. No tiene ningún sentido que una mente desordenada busque la libertad o la proclame. Una mente desordenada invoca las distintas formas de disciplina que la autoridad impone en sus vertientes política, religiosa y social, entre ellas la tiranía estatal y el dogma eclesiástico.

¿Para qué se nos educa? ¿Es para hacer que la mente se conforme a la pauta establecida por las generaciones anteriores o para comprender y trascender toda la estructura, tanto interna como externa, de nuestra vida desordenada? ¿Es solamente para adquirir conocimientos o para liberarnos del desorden y de ese modo crear una nueva sociedad?

Si uno reflexiona en serio sobre esto, es evidente que el propósito de la educación es generar una libertad total en la mente de manera que no sólo sea capaz de ordenar su propia vida, sino que en ese mismo acto cree además una estructura social diferente. Esta acción no es la de la mente que está comprometida con un determinado programa de acción, con una creencia o ideal específicos, o con una acción influida por el entorno.

Lo que nos concierne es la educación y cómo generar orden sin coacción. Donde exista cualquier forma, explícita o sutil, de coacción no sólo habrá conformismo e imitación sino que también se generará temor. Nuestro problema en estas escuelas es cómo educar sin ninguna clase de autoridad y coerción. Sabiendo cómo se genera la autoridad y los efectos que tiene la coacción, ¿cómo puede una mente desordenada liberarse de forma natural y sin esfuerzo de su confusión? Los estudiantes provienen de familias y de una sociedad desordenadas. Ellos también están confusos e inseguros y reaccionan desde su condicionamiento. Su rebelión, a la que llaman libertad, es la respuesta de su confusión. Así que ése es el estado de los estudiantes. Ellos quieren seguridad y afecto, los cuales no pueden existir si hay coacción. En su ansiosa rebelión no sólo rechazan la palabra *disciplina*, con su autoridad, sino cualquier forma de coerción. Cuanto más sensibles son, más fuertes son sus reacciones y, desafortunadamente, su rebeldía se expresa de muchas formas superficiales.

Educación no es la palabra justa pero tenemos que emplearla con el fin de transmitir el significado correspondiente al cultivo real de la mente humana en todas sus relaciones y actividades. Nuestra responsabilidad es el cultivo de la mente y del corazón.

El estudiante ya viene condicionado y las reacciones que tienen su origen en ese condicionamiento constituyen su temperamento, su peculiaridad, su deseo de triunfo. De manera que el educador, que también está condicionado con sus propias características peculiares, en su responsabilidad de relacionarse con el estudiante debe ser consciente tanto de sus propias limitaciones como de las del estudiante, de manera que ambos se estén educando juntos. Si el educador es desordenado en su vida privada y adopta una vida ordenada de cara al exterior, su palabra no significa nada. Cuando le dice al estudiante que sea ordenado se convierte en un hipócrita. De manera que el educador ne-

cesita ser educado al igual que el estudiante. La acción principal es ésta: que ambos están aprendiendo y que, por consiguiente, el principio de autoridad no interviene para nada en su relación. Cuando uno comprende esto con claridad y a fondo, entonces tiene que establecer una relación de la que la coacción y el conformismo han desaparecido por completo.

¿Cómo puede un estudiante, que está confuso y es desordenado, aprender a ser ordenado sin coacción? El orden es necesario. El orden se expresa en la conducta. El orden es la naturaleza misma del universo. Hay orden en la naturaleza. Sólo hay desorden cuando el hombre interviene en la naturaleza, porque él mismo es desordenado. El orden es la acción de la virtud. El orden es amor. No hay orden cuando hay esfuerzo o contradicción. El orden es la forma suprema de inteligencia. La inteligencia no es capacidad intelectual; no es el contraste de opiniones y conclusiones; no es la mera capacidad de razonar, por muy lógica que pueda ser. La inteligencia es la forma suprema de sensibilidad externa e interior, tanto en relación con los demás como consigo mismo.

¿Cómo se despierta esta inteligencia? Evidentemente no mediante un método o sistema. Sólo es posible despertarla cuando tanto los mayores como los jóvenes son conscientes del mundo que les rodea, de la naturaleza y de sus propias actividades, cuando están al tanto de la actualidad de lo que acontece en el mundo y se dan cuenta de sus propias reacciones internas. Este darse cuenta no es algo que haya que practicar y reducir a una mecánica. Uno tiene que darse cuenta de todas las actividades de la propia mente y del propio cuerpo, de cómo se sienta, está de pie y camina. Uno escucha su propia voz y el significado de sus palabras, de sus opiniones y actitudes, del lenguaje de la mirada y del gesto, del lenguaje de la conducta y su impacto sobre los demás. Todo esto supone una toma de conciencia de las propias motivaciones y actividades egocéntricas.

Hemos establecido una separación lógica entre nosotros y

el mundo. Esta separación es más lingüística que real. La realidad es que nosotros somos el mundo y el mundo es nosotros. No somos plenamente conscientes de esto. Tal vez aceptemos esta idea de manera intelectual, pero no es una realidad. Del mismo modo, nos dividimos a nosotros mismos en cuerpo y mente, en sentimiento y emoción. Nunca nos observamos como un todo. Esta fragmentación la causa el pensamiento y mediante el pensamiento esa toma de conciencia es imposible. En este darse cuenta, la identificación con los propios deseos y la elección desaparecen. Eso significa que los jóvenes y los mayores están aprendiendo a *ser*. El darse cuenta no sólo se aplica en el aula sino en el comedor y en el patio de recreo. También se debe aprender cuando uno se pasea en solitario a través de los campos o se sienta tranquilamente en su habitación. De esta percepción sensible surge la inteligencia.

¿Cómo se puede transmitir y mantener esto? Evidentemente hablando de ello, observando lo que pasa en el entorno y en las propias reacciones. Esta inteligencia es la que creará orden. Cuando se activa este darse cuenta, la puntualidad, el comportamiento, la amabilidad y el respeto se convierten en algo natural, no autoimpuesto u obligado. El educador y el educando son uno. Por tanto, el observador es lo observado. Cuando se establece esta relación, que sólo puede darse cuando hay esa cualidad de inteligencia, entonces existe la posibilidad de que haya un ser humano psicológicamente diferente.

Para esto existen estas escuelas y nuestra responsabilidad es cerciorarnos de que se haga realidad.

70

La disciplina

Aprender es disciplina

Cuando uno mira a su alrededor tiene una extraordinaria sensación de orden, de equilibrio y armonía, no tanto en el mundo de los seres humanos como en la naturaleza, en el firmamento. Cada árbol y cada flor tienen su propio orden, su propia belleza; cada otero y cada valle poseen su propio ritmo y estabilidad. Aunque el hombre trate de controlarlos y contamine sus aguas, los ríos poseen su propia corriente, su propia amplitud de movimiento. A excepción del hombre, en los mares, en el aire y en la vastedad de los cielos se percibe una extraordinaria pureza y una existencia ordenada. Aunque el zorro mate a la gallina y los animales más grandes vivan a expensas de los más chicos, lo que aparenta ser una crueldad es, excepto en el caso del hombre, una pauta de orden en este universo. Cuando el hombre no interviene, hay una gran belleza de equilibrio y armonía. Esta armonía sólo puede existir en libertad, no en la restricción ni en el conflicto.

En la naturaleza todo tiene su razón, su muerte y renacimiento. El hombre es el único que vive en confusión, en conflicto y desorden. Si ha observado, en un bosque todos los seres vivos tienen sus costumbres instintivas, sus propias pautas de vida que son inmemoriales e infinitas. Pero el hombre está determinado por su egoísmo y su llamada 'espontaneidad' está dentro del ámbito de su interés propio. Es amoldado y controlado por la cultura, por la circunstancia en la que vive. La sociedad le dice

lo que tiene que hacer; los mayores tratan de condicionar las mentes de los jóvenes para que acaten, obedezcan y vivan en un ámbito muy reducido tanto por fuera como por dentro. La reforma es la ruptura de un esquema para conformarse a otro. Tenemos una vida muy corta y la vivimos en conflicto, miedo y sufrimiento. Sólo cuando somos muy jóvenes semejamos ser absolutamente felices y despreocupados. Todo esto se desvanece pronto y entonces empieza el conflicto agobiante de la existencia.

En toda esta confusión no existen ni la libertad ni el orden de la espontaneidad, porque la libertad es una gran sensación de espontaneidad. En la sociedad, en la familia, en la escuela, si no hay orden no hay relación. Y, no obstante, queremos una relación con otra persona, relación que en realidad es un apego carente del sentimiento interno de armonía, plenitud e integridad. Si uno pasa junto a una plaza de armas, ve al pobre soldado que está recibiendo instrucción día tras día al son del tambor y de la voz del sargento para hacer que obedezca, acate y cumpla órdenes. Está siendo transformado en una máquina cuya finalidad es matar y protegerse a sí mismo. De manera similar, se nos instruye desde la infancia para que nos protejamos conformándonos a lo antiguo o a lo moderno. Esta instrucción continúa en la oficina, en el taller, en la iglesia y en la escuela. A eso se le llama orden y es lo que le interesa a la mayoría de los padres. Esto viene sucediendo de generación en generación y el desfase entre dos generaciones no es más que un intervalo en el que cobra forma una pauta nueva.

¿No se puede tener orden sin esfuerzo, sin la lucha entre los que ven que el orden es necesario y los que se rebelan contra cualquier forma de coerción? ¿Existe un orden sin conformismo? ¿Existe una acción que no conduzca a la rutina y al aburrimiento? Éste es uno de los problemas que tenemos en el ámbito de nuestras relaciones. Toda persona inteligente, ya sea joven o mayor, ve la necesidad de orden, de levantarse, aprender, ju-

gar, etc. Si uno quiere ser un buen golfista, tiene que golpear con el palo de cierta manera; si quiere ser un buen nadador, debe aprender las brazadas. Aprender a ser un buen jugador de golf o de tenis genera su propio movimiento natural de control. Este control no lo impone nadie sino que el propio movimiento de la mano y del brazo, del cuerpo, es infinitamente coordinado y sutil. Cada oficio tiene su propia disciplina y la disciplina es aprender.

Disciplina es una palabra desafortunada. En ella están implícitos la instrucción, la práctica, el conformismo, el sometimiento, la restricción y el conflicto de la indolencia. En el diccionario el significado de la palabra *disciplina* es aprender, sólo aprender y nada más que aprender. Si uno no quiere aprender, entonces los padres, el colegio y la sociedad le obligan a conformarse, le guste o no. Por muy moderna que sea, la sociedad lo fuerza a integrarse. Los religiosos han sacado partido de esto mediante el uso de la recompensa y el temor. Uno o bien aprende por interés espontáneo o lo obligan a aprender a la fuerza. Cuando a uno le obligan a aprender, entonces su conocimiento es mecánico y lo emplea de forma mecánica. Luego se queja de que la vida no tiene sentido y trata de evadirse por medio de diversas ilusiones, mediante la fantasía o el lenguaje especulativo. Los clubes nocturnos, las diversiones de fin de semana y las vacaciones son las trivialidades de la evasión. La vida ha sido reducida a la familia y a la responsabilidad que conlleva, al trabajo sin fin y a lo inevitable.

Aprender sin premio ni castigo es un tema muy distinto. Si uno comprende y ve esto con mucha claridad, cuando juegue al fútbol, al *cricket,* o cuando estudie una materia, descubrirá que aprender libera la mente en vez de condicionarla. El saber de por sí condiciona la mente y la envejece. Las escuelas y las universidades están envejeciendo las mentes. Condicionan en el conformismo porque el saber, o sea la adquisición de conocimientos, se ha convertido en lo más importante y no el aprender. La

mente vieja es la que se conforma, no la mente que siempre está aprendiendo. En dicho aprendizaje hay libertad en la que el saber puede emplearse cuando sea necesario. No convierta su mente en un mero almacén del pasado, que para eso hay enciclopedias y ordenadores. Esto es orden.

Pregunta: ¿Quiere usted decir que no tengo que adquirir conocimientos en ninguna materia, que no tengo que estudiar?

Krishnamurti: En absoluto. ¿A qué obedece que usted haga esa pregunta? ¿Es que no quiere estudiar porque le aburre? ¿O está preguntando cómo aprender, o sea cómo prestar atención? Cuando no quiera prestar atención, no preste atención. Lo importante es tener una mente que nunca haya sido formada en el conflicto, en querer y no querer prestar atención. En eso hay conflicto. Si quiere mirar por la ventana, hágalo abiertamente, sin el conflicto de afirmar que debe mirar al libro. Mire por la ventana con todo su ser, con los ojos, los oídos, la mente y el corazón. Cuando luego vuelva la vista al libro que tiene delante, sea cual fuere la asignatura, mírelo de la misma forma en que miró por la ventana. Lo hará si no tiene conflicto. Esto es lo más importante que hay que aprender: a no tener conflicto nunca, bajo ninguna circunstancia. Porque ha aprendido a mirar libremente por la ventana, sin ninguna restricción u obligación, mirará al libro de la misma manera. Esto es aprender. Ambas cosas son aprendizaje: mirar por la ventana y mirar al libro. Aprender a liberarse del conflicto no es ni indiferencia ni permitirse no hacer nada.

Pregunta: Si me libro del conflicto entonces haré exactamente lo que me guste.

Krishnamurti: ¿Puede realmente hacer lo que quiera? ¿No es lo que quiere una reacción en contra de lo que le han orde-

nado que haga? ¿Está lo que quiere libre de la estructura de la sociedad en la que vive? Lo que usted quiere es el cultivo de su placer particular. Entonces llevará una doble vida: en secreto se dedicará a la satisfacción del placer mientras que en público la cultura en la que vive le obligará a conformarse a lo respetable. De manera que usted está generando conflicto: queriendo sus placeres y no pudiendo alcanzarlos, o consiguiendo satisfacerlos y pagando por ello. Obviamente todo esto sostiene el conflicto. Aprender sobre el conflicto es comprender toda la pauta de comportamiento del placer.

Pregunta: ¿Me está usted negando el placer?

Krishnamurti: Al contrario. Si fuera a negarle el placer, usted se resistiría, se pondría violento y encontraría el medio de satisfacer su placer, con lo que recaería nuevamente en el conflicto. Siempre estamos atrapados entre el premio y el castigo, o sea en el temor; aprender acerca de esto significa liberarse del conflicto.

Pregunta: ¿Está usted diciendo que la disciplina es mala?

Krishnamurti: No; no estamos diciendo eso.

Pregunta: Entonces, ¿por qué tenemos reglamentos?

Krishnamurti: ¿Ha escuchado lo que se ha dicho sobre la cuestión de la disciplina o sólo la parte que le agrada? Si sólo ha escuchado a medias, ha extraído una conclusión o una idea y usted va a actuar o a no actuar a partir de ahí, según lo que el placer determine. Dijimos que el orden es necesario. Todo el universo, a excepción del hombre, se desenvuelve en el ámbito del orden. El hombre se ha permitido vivir en esta condición contradictoria, la cual es la fuente de toda su desdicha.

Considere todo esto de otra manera, no en términos de placer y castigo, sino constatando la existencia de una forma de vida en la que toda forma de conflicto se extingue. Usted tiene que aprender acerca de esto y ese mismo aprender crea su propio orden.

La cordura

La libertad es vivir sensatamente en el día a día

La libertad es una palabra que se emplea de manera tan descuidada que ya no tiene verdadero sentido. Aunque hablemos incesantemente de ella en la escuela, en el instituto, en política y religión, de hecho no queremos libertad. Lo que queremos es una seguridad total en todos los aspectos de nuestra vida. Nos rebelamos contra la autoridad pero en realidad lo hacemos para expresar nuestra exigencia de identidad y de acción. La libertad es algo realmente peligroso. Es desprendimiento de la desdicha y confusión totales que existen tanto por dentro como por fuera. La negación total de la estructura de las ideas y de la acción basada en ellas es libertad. No es la expresión del egoísmo individual imperante. La negación no verbal sino efectiva de eso también es libertad. Valerse por sí mismo sin aislarse es cordura. La cordura significa salud mental, integridad y también santidad. En dicho estado no hay desequilibrio. Esto es libertad.

Dicha libertad no es una idea o concepto sino una forma sensata de vivir nuestra vida diaria. La acción de los desequilibrados es una cosa y esta acción es otra: conduce al florecimiento de la bondad. Si uno observa el mundo que le rodea, ve lo demencial que es todo: las madres que mandan a sus hijos a la guerra para matar y para que los maten; las divisiones religiosas y los gobiernos con sus conflictos y corrupción; el discurso de la paz mientras se hacen preparativos para la guerra; la interminable clasificación de los seres humanos por categorías y tempera-

mentos, con sus gurús y analistas. Esta locura tiene su propia actividad, la cual es contradictoria, mimética y divisoria. Tal como se practica en la actualidad, la educación consiste en conformarse a la pauta de la locura. Esta acción del 'yo' y del 'usted' es la raíz de la corrupción, ya sea en nombre de la sociedad, de la nación o de Dios. La educación consiste en desembarazar la mente de esta locura y sus actividades.

¿Cuál es, pues, la acción de la cordura? Lo que nos importa en la vida es la acción porque la vida es acción en la relación. No existe 'su' acción y 'mi' acción. De existir, ésa es la operación de la locura en nosotros. El hombre ha dividido la acción en multitud de clases, en las categorías de una mente que en sí misma está fragmentada.

O sea que sólo hay acción, no la actividad del artista, del escritor, del político, etc. Cuando la acción se divide en categorías inventadas por el hombre, se instala la corrupción. Si esto se comprende muy claramente —es decir, cuando se capta su verdad intrínseca, su realidad—, entonces la acción es la resultante de la totalidad. Entonces uno no está comprometido con un plan de acción determinado sino con la totalidad de la vida, que es acción. Cuando uno se compromete con una acción específica que acaso le proporcione satisfacción y expresión personales, entonces descubre que ese acto conduce a la autocontradicción y, por consiguiente, al desgaste de energía. La totalidad de la acción no es en sí contradictoria y, por tanto, libera una gran energía. O sea que la acción es inacción total.

Uno debe señalar una vez más que éstas no son palabras, ideas y especulaciones abstractas sino hechos. La acción del hecho, de *lo que es*, es inmensamente distinta de la acción de una idea. Para la mayoría la idea es mucho más importante que la acción: el concepto y la acción son dos cosas diferentes; hay un espacio entre ambas y en ese intervalo existen el tiempo y la división de la acción, porque la acción trata de ajustarse a la idea o de conformarse al concepto o a la fórmula y, por consiguien-

te, hay conflicto. El conflicto es esta división entre la idea y la acción.

Donde hay cordura hay acción y no la idea de la acción. Hemos cultivado el intelecto y por eso el intelecto se ha vuelto sumamente importante: el intelecto que concibe, formula, recuerda, calcula e imagina. Cuando el intelecto interviene, siempre hay remordimiento, perdón y dependencia de la relación causa-efecto. En dicha relación causal la acción es el efecto de una causa anterior, la cual obedece a un motivo, y que a su vez se convierte en la causa de otra acción.

Donde hay cordura la acción no tiene futuro. No existe el 'haré' o 'intentaré'. Sólo existe el *hacer* sin tiempo, sin mañana. Para el amor no hay mañana. El mañana sólo existe en una acción que se basa en una idea porque se necesita tiempo para salvar la distancia entre el concepto y la acción. De manera que para dicha acción siempre hay un mañana, con todos sus remordimientos, frustraciones e irresolución.

Así que uno comienza a ver lo que es la acción, no según alguien, pues entonces esa persona se convierte en la autoridad a seguir. Cuando uno ve por sí mismo la verdad de esta integridad, la acción tiene un sentido totalmente distinto. El mañana desaparece por completo aunque, no obstante, siga teniendo cabida en la organización y planificación de la vida diaria; pero dicha planificación está enmarcada en la totalidad y no es algo separado de ella.

Existen dos acciones: la acción del pensamiento y la del no-pensamiento. La acción del pensamiento tiene su función correspondiente, pero no conduce al florecer de la bondad. La acción del no-pensamiento sí lo hace. El pensamiento no engendra amor; genera satisfacción, placer, la actividad egocéntrica que no tiene nada que ver con el amor o la bondad. La integridad de la acción es amor.

Pregunta: ¿Está usted diciendo que no debemos acomodarnos a lo que hacen los demás? Es divertido hacer lo que los otros

hacen; me proporciona una sensación de compañerismo, facilita la conversación y también es divertido meterse en problemas. ¿No deberíamos tener la experiencia de meternos en algún lío? La mayoría de la gente lo hace. ¿No aprenderíamos algo de ello?

Krishnamurti: La educación consiste en sensibilizarle a uno no sólo en lo que respecta a sus deseos, antojos y problemas personales, sino también en lo que concierne a los de los demás. ¿Puede usted ser sensible, o sea sumamente inteligente, si se acomoda, por muy agradable que eso pudiera resultar momentáneamente, si imita lo que hace todo el mundo? ¿Le dejará la inteligencia meterse en problemas? ¿Qué se aprende de los problemas? Supongamos que hurta algo en una tienda o que le roba a su amigo. Si comete ese acto, usted acabará en una comisaría de policía. ¿Es ésa la acción de la sensibilidad, de la inteligencia? ¿Qué se aprende de los problemas? Uno o bien aprende a no meterse nunca en ellos, o bien se siente emocionalmente estimulado y entonces va de emoción en emoción, procurando siempre obtener mayores sensaciones. ¿Y qué se aprende de eso?

¿Se aprende lo que el compañerismo supone: que uno necesita depender de otros para su autoestima, para tapar sus deficiencias, su sensación de que lo quieren en cierto lugar, pero no en otro? ¿Realmente se aprende esto, o la palabra *aprender* sólo se usa para encubrir la búsqueda de diversión? Uno debe divertirse, debe poder reírse y conversar con otra persona, pero eso debe salir del propio interior. Eso es la juventud. Tener que recurrir a la extroversión en busca de entretenimiento conduce a toda clase de problemas, lo cual forma parte de esta locura del mundo en que vivimos. Es como acudir al templo o a la iglesia en busca de Dios. Puede que usted no vaya a esos sitios, pero quiere conseguir su pequeña diversión en otro lugar de por ahí. Da lo mismo una cosa que otra. Si usted realmente está aprendiendo, eso está aquí adentro y no ahí fuera.

Pregunta: No estoy seguro de ser lo suficientemente listo como para comprender todo lo que usted ha dicho. No puedo refutarlo ni estar de acuerdo con ello, pero la seriedad con la que usted lo dice me afecta de algún modo. No obstante siento que eso no basta. ¿Cómo se agudiza mi mente lo suficiente para comprender todo esto?

Krishnamurti: Esto no tiene nada que ver con ser *listo*. Ésa es una palabra horrible: incluye mucha astucia, un ligero engaño, un toque de hipocresía, una conducta afectada. No se necesita una mente lista. Si me permite señalarlo, lo que de verdad se necesita es la capacidad de observar, de escuchar: observar sin todo el clamor que hay detrás de la observación, sin el ruido de las opiniones, la justificación y la condena. Uno puede observar de la manera más sencilla una hoja en la brisa; puede observar una mosca en la habitación; y también puede observar su propio comportamiento, por qué hace una cosa u otra, por qué se siente herido, por qué atesora esa herida, por qué cede y por qué se obstina. Nada más observar y escuchar sin ningún susurro de su propio agrado y desagrado.

¿Sabe? Para hacer eso tiene que prestar atención y aprender a hacerlo es atención. En esto hay mucha fruición, mucha más de lo que cree. Es un goce que viene por sí mismo y que es real. El de la otra clase se desvanece.

72

El orden y la libertad

El orden es la acción de lo nuevo, o sea de la inteligencia

La libertad es orden absoluto; ni la libertad ni el orden son relativos. Uno o bien es libre o no lo es. O bien existe un orden total en uno mismo o hay desorden. El orden es armonía. Al parecer a los seres humanos les gusta vivir en desorden tanto por fuera como en su interior. Esto se ve en la política. Todos los gobiernos son corruptos, unos más y otros menos. Están liderados por gente que en sí es desordenada, ambiciosa, engañosa, aquejada de antagonismos y vanidades personales. Por eso hay guerras económicas, los muy ricos y los muy pobres, y todas las desdichas que se derivan de las tribulaciones de la miseria.

Esta confusión se constata en educación, la cual tiene como fin primordial el cultivo de la memorización del conocimiento, pasando por alto toda la estructura psicológica del hombre. Este desorden se ve expresado cuando un grupo de personas matan a otro grupo y se preparan para la guerra mientras hablan de paz. La ciencia se ha convertido en una herramienta del gobierno. Los negocios y el progreso están destruyendo la tierra, contaminando el aire y el agua de los mares.

Cuando uno mira a su alrededor, ve el caos, la confusión y la tremenda desdicha exteriores. Y por dentro los seres humanos también son infelices, llevan vidas contradictorias, batallando sin fin, en conflicto, buscando seguridad y no encontrándola ni en los credos ni en las posesiones. Hay dolor en la vida y en la muerte. El desorden interior del hombre genera la estructura del desor-

den externo. Todos éstos son hechos evidentes. Aunque hablemos de libertad, al parecer son muy pocos los que la encuentran.

La educación consiste primordialmente en generar orden en nuestra vida diaria y en comprender el significado íntegro de la vida. Comprender el orden y vivir en él requiere la forma más elevada de inteligencia, pero no se nos educa para eso. Nuestro principal objetivo es la adquisición de conocimientos como medio de supervivencia, una supervivencia conflictiva en un mundo caótico.

El orden es algo extraordinario. Posee su propia belleza, su propia vitalidad independiente del entorno. Uno no puede decirse a sí mismo que va a ser ordenado en su forma de ser, en sus acciones y pensamientos. Si lo hace, pronto descubre que eso crea una pauta de conducta que luego se vuelve mecánica. Este hábito mecánico del pensamiento o de la acción, y por consiguiente de la conducta, forma parte de la confusión. El orden es inmensamente flexible, sutil y ágil. No se puede confinar dentro de un marco y luego procurar vivir conforme a esa demarcación. La imitación es una de las causas de que haya confusión y conflicto. No se pueden establecer reglas para el movimiento del orden. De hacerse, entonces esas mismas reglas se convierten en la autoridad que exige obediencia y conformismo. Éste es otro factor que también ha contribuido a generar sufrimiento en el hombre.

Luego está la persona que tiene que tener todo lo que le rodea justo en su sitio, sin que nada esté fuera de lugar. Para dicha persona el orden consiste en que todo se mantenga en línea recta y se siente neuróticamente molesto si esa línea se tuerce o se desvía. Semejante persona vive enjaulada en su propia neurosis. En el mundo hay una serie de monjes y ascetas que han disciplinado sus mentes y sus cuerpos para obedecer; a su dios sólo se puede acceder por las puertas de la creencia y la aceptación estrictas. La disciplina es el ejercicio habitual en nombre de la virtud, del Estado, de Dios, de la paz o de lo que fuere.

Por consiguiente, ¿qué es el orden? La definición según el diccionario es una cosa y según el razonamiento, inclinación o temperamento personales es otra. Lo que nos interesa es el significado que consta en el diccionario y no lo que uno opine que es. Nos interesa de forma objetiva y no desde ninguna perspectiva personal. El punto de vista personal sobre cualquier cosa distorsiona *lo que es*. Lo importante es el hecho, no lo que uno piense acerca de *lo que es*. Cuando se observa todo el movimiento de la vida a partir de una reacción u opinión personal y condicionada, entonces la vida se fragmenta entre el 'yo' y el 'usted'; el 'usted' es lo externo y el 'yo' es lo interno. Esta fragmentación es la causa principal de la confusión y el conflicto internos y externos. El orden surge en una mente que no está fragmentada o escindida por el pensamiento.

El orden del pensamiento es una cosa y el orden de una mente íntegra es otra. El primero conduce a la maldad y el segundo al florecer de la bondad. El orden del pensamiento que se expresa en la legislación tiene su función; sin embargo, en la conducta y en la relación ese orden se convierte en desorden porque el pensamiento es la actividad de la fragmentación. El pensamiento ha dividido a la gente en religiones sectarias, en naciones, en comunistas y no comunistas, en 'nosotros' y 'ellos'. No hay pensamiento sin palabra, sin imagen y símbolo. Éstos son los que han dividido a las personas. El pensamiento ha constituido este mundo monstruoso y tratamos de crear un mundo nuevo mediante el pensamiento sin darnos cuenta de que el propio pensamiento es el que genera las actividades de la confusión, la división y el conflicto.

El orden de una mente íntegra es algo totalmente distinto y aquí reside la dificultad. Cuando usted lee esta afirmación, la convierte en un proceso de pensamiento y de ese modo su lectura es una abstracción. Una vez ha convertido la declaración en una abstracción, usted trata de emparejarla con una abstracción que ya existe en su memoria. Cuando no hay ninguna corres-

pondencia, usted dice que no entiende lo que esa declaración significa y dice que entiende cuando ambas abstracciones concuerdan. Sea consciente, pues, de lo que está pasando en su mente, de la rapidez con la que interviene el pensamiento, de que nunca escucha o lee con una mente desprovista de la carga del pasado. El saber es el pasado. Dicho conocimiento tiene su sentido utilitario, pero cuando se emplea en nuestras relaciones empiezan la confusión, el conflicto y el dolor.

Así que el orden es la acción de lo nuevo, o sea de la inteligencia.

Ahora demos vuelta atrás y examinemos todo esto. Decíamos que el orden absoluto es libertad. Este orden absoluto sólo puede existir cuando en el propio interior ha cesado toda clase de conflicto. Cuando ese orden exista, entonces uno no se planteará la cuestión del desorden en el mundo. Usted sólo se hará esa pregunta cuando usted sea el mundo y el mundo sea usted. Cuando usted no pertenezca al mundo, o sea cuando haya orden absoluto en su interior, su relación con el mundo habrá experimentado un cambio total. Usted estará en el mundo pero no formará parte de él.

Sea, pues, consciente del desorden del mundo y del desorden en sí mismo. Entonces no habrá división entre usted y el mundo, sólo habrá desorden. Cuando la mente es consciente de dicho desorden sin elección, sin movimiento alguno del pensamiento, entonces el orden sobreviene por sí mismo. Lo que se induce no es orden: la invitación proviene del desorden. El orden y el desorden no están relacionados entre sí, no son opuestos. El orden no resulta del conflicto entre los contrarios: o bien hay orden o no lo hay. Cualquier pretensión de llevar una vida ordenada nace del desorden.

Donde hay orden, hay humildad.

* * *

Las escuelas Krishnamurti

Las escuelas que fueron fundadas por Krishnamurti o en su nombre son las siguientes:

En Europa:

Brockwood Park School
Bramdean, Near Alresford
Hampshire SO24 0LQ
Inglaterra
E-mail:
admin@brockwood.org.uk

En Estados Unidos:

The Oak Grove School
220 West Lomita Avenue
Ojai CA93023
EE.UU.
E-mail:
office@oakgroveschool.com

En India:

Rishi Valley School
Rishi Valley Post
Chittoor District
517 352, A.P.
E-mail:
office@rishivalley.org

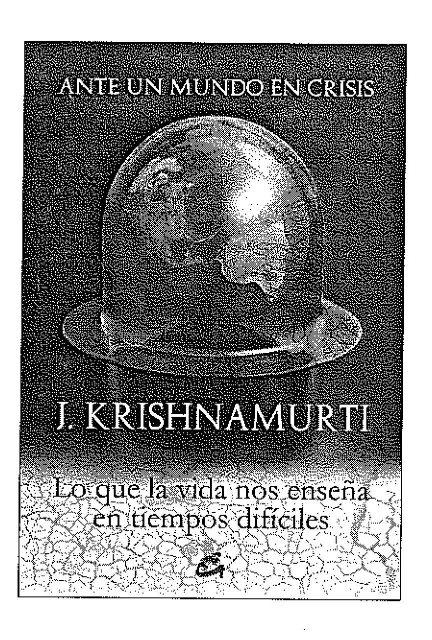
Rajghat Besant School
Rajghat Fort
Varanasi 221 001, U.P.
E-mail:
rajghatschool@sify.com

The Valley School
Haridvanam
Thatguni
Bangalore 560 062
E-mail:
thevalleyschool@sify.com

Bal-Anand
Akash-Deep, 28 Dongersi Road
Malabar Hill
Mumbai 400 006

The School – KFI
Damodar Gardens
Besant Avenue
Adyar, Chennai 600 020
E-mail:
alcyone@satyam.net.in

Sahyadri School
Post Tiwai Hill
Taluka Rajgurunagar
Pune 410 531, Maharashtra
E-mail:
sahyadrischool@vsnl.net



ANTE UN MUNDO EN CRISIS

LO QUE LA VIDA NOS ENSEÑA EN TIEMPOS DIFÍCILES

J. Krishnamurti

Lo que Krishnamuti nos ofrece no son teorías o explicaciones, sino declaraciones o preguntas que sirven de punto de partida a nuestra propia indagación. La vida es algo que necesitamos explorar por nosotros mismos; es más grande, dice, que cualquier maestro o enseñanza. Verla de otra forma es ser un «ser humano de segunda mano».

Su mensaje se dirige directamente a cada individuo. Habla de la responsabilidad personal y de la importancia de conectar con un mundo más abierto, habla de unidad y totalidad, y nos lo presenta alejado de todo sectarismo u opción política de cualquier signo: como una afirmación de vida de manera directa y definitiva.

Aprender es vivir consta de 72 cartas, todas ellas escritas personalmente por J. Krishnamurti para los educadores y estudiantes de las escuelas que fundó en India, Inglaterra y Estados Unidos.

Cada una de estas cartas transmite la fuerza y la intensidad con la que Krishnamurti exponía su concepción de la Educación, un tema fundamental de su enseñanza. Más allá de preparar profesionales para la sociedad actual, el propósito primordial de las escuelas no era otro que el cultivo de la totalidad del ser humano.

Por ello este libro va dirigido sobre todo a aquellos que sienten, que viven y que se preocupan por la educación y por sus valores; a todos quienes saben de su importancia. Aunque también, sin duda, es una obra que satisfará a todas las personas interesadas en el ser humano y en su relación con uno mismo, con los demás y con la propia naturaleza, al facilitar la respuesta a muchos de los candentes interrogantes que el hombre se plantea en la actualidad

J. KRISHNAMURTI

APRENDER ES VIVIR

Espiritualidad
Filosofía
Maestros orientales





www.alfaomega.es

